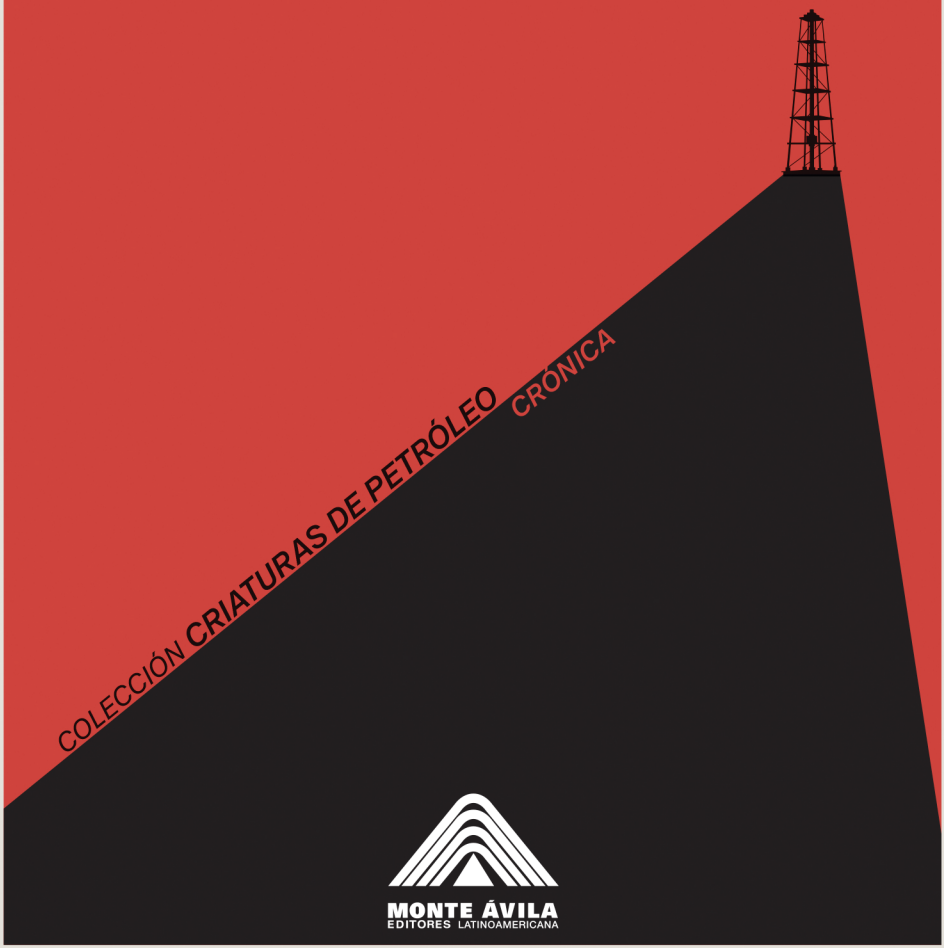
AUDIO CEPEDA FERNÁNDEZ

Crónicas de las puertas del infierno y otras historias



COLECCIÓN CRIATURAS DE PETRÓLEO CRÓNICA

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN
CRIATURAS DE PETRÓLEO

Desde los primeros destellos del siglo XX, la identidad venezolana se edificó no solo sobre su pasado épico, sino sobre lo que Rodolfo Quintero bautizó como «La cultura del petróleo».

Más allá de la deriva económica, la narrativa, el ensayo, la poesía y la dramaturgia han sido los verdaderos laboratorios donde esa metamorfosis social pasó de ser un dato para convertirse en una encrucijada disruptiva y política: una manera singular de pensar, sentir e imaginar a Venezuela.

Criaturas de petróleo congrega voces consagradas y miradas contemporáneas en un espacio de resonancia común. A través de distintos géneros, esta colección no busca simplemente compilar títulos, sino poner en diálogo las obsesiones, las grietas y las ficciones de un país modelado por el eterno sueño de la riqueza sin esfuerzo.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

AUDIO CEPEDA FERNÁNDEZ

Crónicas de las puertas del infierno y otras historias



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2024.
2.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026.

Crónicas de las puertas del infierno y otras historias
© Audio Cepeda Fernández

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2026.
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, El Silencio,
Caracas, Venezuela, 1010.
Teléfonos (+0058 212) 4828989
www.monteavila.gob.ve

Edición y Corrección
Karla Oropeza

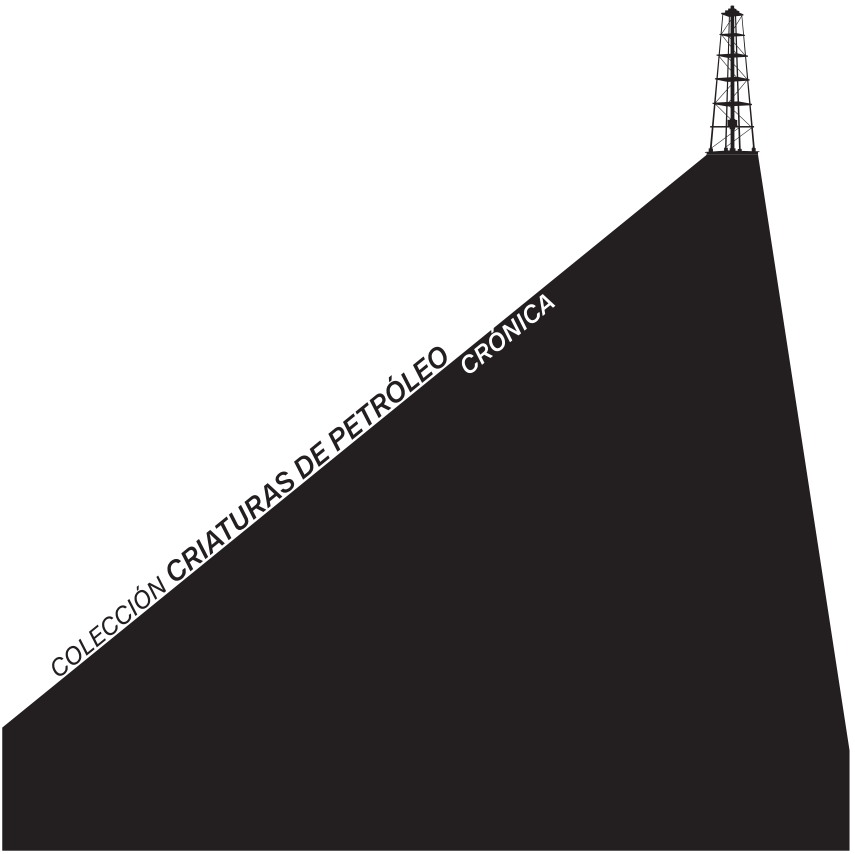
Diseño de portada y diagramación
Mónica Piscitelli

ISBN: 978-980-01-27-15-5
Hecho el Depósito de Ley:
Depósito legal: DC20260011914

Caracas, Venezuela, 2026
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

AUDIO CEPEDA FERNÁNDEZ

Crónicas de las puertas del infierno y otras historias



Por la ruta del café

A Patricia y Américo

I

Un niño descalzo camina detrás de la fila de porteadores que llevan sacos de café sobre sus cabezas. Trotan desde el puerto de Maracaibo hasta los depósitos de una casa comercial alemana. El niño juega con los granos de café que se escapan por los agujeros de los sacos de fibra y luego los guarda en una bolsa de cuero crudo. Esos granos sin tostar, más el destinado al consumo de las familias pudientes, será el único café que se quedará en la ciudad, el resto irá a los mercados de Europa y Norteamérica.

A miles de kilómetros, cruzando el océano, un sábado de noviembre de 1886, en el inmueble número 1 de la Rue Auber, París, se celebraba el compromiso matrimonial entre el duque Carlos de Morny, heredero arruinado de la más rancia nobleza europea, con la venezolana Carlota Guzmán Ibarra. Era una reunión almuerzo con la presencia de algunos familiares del duque y un selecto grupo de amigos y familiares de los Guzmán Ibarra llegados de Caracas para la ocasión. A las 12 m., unos músicos interpretaron la primera estrofa del *Gloria al bravo pueblo* y un elegante mayordomo anunció en francés: *son Excelence*. Después de tan rimbombante anuncio entró al salón,

adoptando una pose napoleónica, el general Antonio Guzmán Blanco, padre de la novia y electo por tercera vez presidente de Venezuela. Algunos venezolanos que conocían a Guzmán desde los tiempos de la Guerra Federal, no olvidarían nunca la impresión que les causó tan pomposa y teatral presentación en una reunión familiar y pudieron comprobar, una vez más, que el ancestro gitano-andaluz y la figurería del autonombrado Ilustre Americano no tenían límites.

Después del banquete, Guzmán y su futuro yerno se retiraron a la privacidad del estudio biblioteca para tratar asuntos relacionados con el contrato matrimonial. Guzmán estaba al tanto de la situación económica de la familia Morny y había redactado un contrato mediante el cual se establecía un sistema de separación absoluta de bienes, que regiría entre los futuros esposos. Ajustado a convenios muy precisos, como, por ejemplo: excluir de la comunidad conyugal las deudas o hipotecas anteriores al matrimonio y las contraídas después de la boda que pudieran gravar los bienes adquiridos, por cualquiera de los contrayentes, mediante donación o herencia.

El duque de Morny salió visiblemente impactado de la reunión privada con su futuro suegro, pero era un hombre paciente y sabía que Guzmán, en su país, era un hacedor de fortunas, repartidor de prebendas y dispensador de dignidades y favores.

Cuando regresaron al salón del banquete ya el café estaba servido y los hombres se reunían en torno a la mesa para hablar de sus negocios. Guzmán Blanco se interesaba por saber todo lo que en su país había acontecido desde su ausencia, a pesar de que estaba informado por los canales oficiales. Henry Lord Boulton Jr., con sus abundantes patillas cubriéndole la mitad del rostro, sus elegantes quevedos de corrección y su traje a la inglesa, le explicaba al duque de Morny la procedencia del «Café Maracaibo», que en ese momento degustaban. Le decía que a partir de 1860 el café, que era considerado una bebida

exótica, se había convertido en muy buen negocio, hasta el punto de desplazar al cacao como producto comercial. Habló de los retrasos que se producían a causa del pantanoso camino real de los arrieros, entre los Andes y Puerto Zulia; y del interés que tenía su casa comercial, asentada en Maracaibo, junto a otras importantes casas mercantiles criollas y extranjeras, en la construcción de una vía férrea que facilitara el traslado de los productos andinos; sobre todo el café, que producía excelentes ganancias al ser exportado a los mercados europeos. Habló largamente del negocio del café y se preocupó por informarle de las peripecias e incomodidades que sufrían sus agentes para negociar las cosechas andinas de Chiguará, Santa Cruz de Mora, Bailadores, Tovar, Zea, Piñango, Lagunillas y otras comarcas productoras. Contó con lujo de detalles los recorridos selváticos y pantanosos que sus empleados enfrentaban, a lomo de mula y navegando por ríos caudalosos, para negociar con los productores. Estos viajes podían durar meses, y desgraciado aquel a quien le tocara viajar durante la estación de las lluvias, porque todo se transformaba en ríos de barro líquido, donde se hundían hasta la mitad del cuerpo hombres y bestias, y solo con grandes esfuerzos lograban salir de los pantanos, caños y lodazales. Viajaban las numerosas recuas cargando el café y otras mercancías entre la maleza, con sus conductores semidesnudos cubiertos de barro, animando a las bestias con gritos que se oían a grandes distancias. Las mulas muchas veces morían atascadas en el lodazal y los zamuros solo podían aprovechar el lomo y la cabeza del animal, pues el resto era engullido por el fango.

El duque escuchaba el relato atento y asombrado, todo le parecía fantástico, propio de regiones selváticas y primitivas.

El banquero Manuel Antonio Matos, con ademanes un tanto afectados y mirando al general Guzmán, comentó que era necesario tomar en cuenta que ese primitivo sistema de

transporte, de un producto tan codiciado en el mercado europeo como el café, encarecía el costo por encima de su valor original en las plantaciones andinas y complicaba su comercialización, porque retrasaba su traslado desde las plantaciones al puerto de Maracaibo. El atildado Matos tenía fama de hábil financista y había hecho su fortuna a la sombra Guzmán.

«Algo habrá que hacer», dijo Guzmán Blanco pensativo y mirando a su futuro yerno, el elegante duque de Morny, que conversaba en perfecto español con Henry Lord Boulton Jr.

II

En el preciso momento en que se llevaba a cabo esta reunión en París, Riquilda Inciarte, que ya había escuchado los gritos de los arrieros animando a sus mulas mientras pasaban por el caño La Maroma, empezó a preparar los establos, la casa y la cena para dar de comer a los hombres y las bestias que seguramente venían calados de barro hasta la cabeza, aunque aún no comenzaba la época de los grandes aguaceros. El viaje desde la población de El Vigía duraba hasta cinco jornadas, con buen tiempo. El camino real de recuas comenzaba y llegaba hasta su casa, ubicada en la margen derecha del río Escalante y en la única calle de la población de Santa Bárbara del Zulia. Las cargas de café se depositaban en las bodegas de Aureliano Bravo y don Feliciano Urdaneta. Cada una de las casas mercantiles de Maracaibo, dedicadas al negocio del café, tenía un espacio reservado en esos depósitos y cada cierto tiempo un representante de estas casas importadoras llegaba al pueblo, navegando por lago y río, para despachar la carga a Maracaibo, desde donde se enviaba a los puertos europeos, principalmente al de Hamburgo.

Cuando llegaron los últimos arrieros del día a la casa de Riquilda Inciarte, se escuchó un alboroto en las orillas del río.

El alemán Otto Richter, hombre de una estatura descomunal, rojo como un camarón y con un vozarrón que hacía temblar los depósitos de café, había caído al río cuando transitaba por el improvisado puente flotante entre Santa Bárbara y San Carlos del Zulia. Otto tenía una semana en el pueblo esperando las caravanas de arrieros que traían el café de Breuer Möller & Co. La única forma que había conseguido para soportar el calor, los zancudos y la humedad, era emborracharse todos los días. El ron le iba enrojeciendo el rostro, le enredaba cada vez más la lengua y su paso, a cada trago, se hacía más vacilante. Por fortuna para él, siempre había buenos nadadores a orillas del río, pero fue necesaria la participación de diez musculosos estibadores, más los aparejos y cabos de un vapor anclado en el malecón, para rescatarlo antes de que su enorme cuerpo se tragara toda el agua del Escalante y las embarcaciones quedaran varadas en el malecón y los peces, desconcertados, saltando en el cauce seco del río. Cuando los muchachos de la calle La Marina empezaron a gritar «¡Se ahogó el musiú!», «¡Se murió el alemán!», y Bertila Morillo venía con un espejito para comprobar si la respiración seguía, Otto se levantó de un salto y corrió gritando «*¡Oh herr, mein Gott!* ¡Mierda!». El río había lavado su rostro y estaba blanco como un papel. Al día siguiente zarpó con la carga de café en el vapor *El Progreso*. Nunca más regresó al pueblo.

En esa época Santa Bárbara de Zulia contaba con 221 vecinos y 23 casas hechas de bahareque y techos de palma. Distaba del lago 70 kilómetros navegando por el Escalante. Era un puerto importante por donde salían los productos de los andes merideños y se recibían las mercancías manufacturadas que llegaban del puerto de Maracaibo. Ya había pasado por el pueblo, rumbo a la ciudad de Mérida y por el camino real de recuas, el naturalista y dibujante alemán Anton Göering, quien dejó un interesante texto sobre este recorrido y muchos dibujos y acuarelas del paisaje selvático del Sur del Lago.

III

Otto Richter había pasado todo el día en el café Grenoble de la Avenue Gabriel de París. Después de aquel chapuzón en el río Escalante, había acelerado el regreso a su patria, planificado desde hacía tiempo con los ahorros de doce años de trabajo en la empresa mercantil alemana, en Maracaibo. Aprovechando las relaciones y el conocimiento adquirido en el mercado del café, había decidido emprender un negocio de comercialización junto a unos familiares en el puerto de Hamburgo. Estaba pasando unas cortas vacaciones en París, una ciudad que siempre quiso conocer. Un poco antes del mediodía, cuando se disponía a pagar la cuenta, un grupo de personas hablando español ocuparon la mesa contigua. Por el acento supo que eran venezolanos. Hablaban a todo pulmón de la boda de la hija de un jerarca de su país, con un francés de la nobleza napoleónica. Tenía solo dos días en París y pensó que Venezuela, ese país polvoriento y a la vez pantanoso, lo perseguía. Al llegar a su hotel consultó la prensa, los periódicos anunciaban la boda del duque de Morny con la señorita Carlota Guzmán Ibarra, hija del presidente reelecto de Venezuela, general Antonio Guzmán Blanco. Al final de la nota se comentaba que la fortuna de Guzmán Blanco era considerable y también mencionaba una concesión para construir un ferrocarril entre las regiones del estado Zulia y Mérida, otorgada al duque Carlos Augusto Morny, futuro yerno del general.

Otto Richter, por experiencia propia, estaba al tanto de la necesidad de una vía férrea en este trayecto infernal de agua y lodo que complicaba el comercio. Esa noche soñó que regresaba a Santa Bárbara del Zulia y conducía una gigantesca locomotora, que arrastraba interminables vagones repletos de arrieros que cantaban alegremente montados sobre sus mulas cargadas con sacos de café. Se despertó sudando a chorros en

un París invernal en el momento en que los rieles se hundían en las aguas de un río caudaloso. Se le ocurrió ofrecerle sus servicios a la Empresa Francesa de Ferrocarriles, argumentando su experiencia en la zona donde se construiría la línea férrea; pero durante el desayuno descartó la idea y esa misma tarde se embarcó para Hamburgo vía Le Havre. En un restaurante del puerto, antes de embarcarse para Alemania, Otto conoció al ingeniero Jean François Regent que partía hacia Venezuela para construir un ferrocarril en el Sur del Lago de Maracaibo. «Qué pequeño es el mundo», pensó.

En 1889, cuando los caraqueños derrumbaban las estatúas de Guzmán Blanco, Otto Richter murió en Hamburgo a causa de una epidemia de cólera y su cuerpo fue incinerado junto a miles de víctimas de la peste. La noticia de su muerte llegó varios meses después a Maracaibo, donde conservaba amistades y era conocido como «El Alemán». A pesar de que la colonia alemana en Maracaibo era numerosa, el único de sus integrantes conocido por su gentilicio era Otto Richter. El Alemán era recordado en el puerto de Maracaibo por su descomunal fuerza física, su vasto abdomen, su carácter extrovertido, su locuacidad y la potencia de su voz gutural, que se alzaba por encima del griterío de los estibadores y buhoneros del puerto, y hacía huir a las palomas y los buchones.

IV

Un niño recogiendo granos de café crudo en una calle de tierra, fue lo primero que vio el francés Jean François Regent, ingeniero de ferrocarriles, al desembarcar en el puerto de Maracaibo.

Regent había llegado en el vapor Bermuda desde Curazao y se hospedó en el hotel Italia, cerca de la bahía. Esa noche tuvo un sueño intranquilo y, antes de salir el sol el griterío y

los golpes de las lavanderas en el lago llegaron hasta su habitación y acabaron con su sueño matinal. Salió muy temprano a conocer el puerto y la ciudad. Había sido contratado por la Compañía Francesa de Ferrocarriles Venezuela, para gerenciar la construcción de una vía férrea desde el puerto de Santa Bárbara del Zulia hasta la ciudad de Mérida.

En Maracaibo pasó tres meses esperando el primer envío de herramientas y materiales desde Francia. Contrató una draga y una embarcación, hizo trámites oficiales y reclutó personal para la empresa. La Casa Exportadora H.L. Boulton Jr. & Co., previa comunicación que traía en su cartera, le había facilitado un espacio de oficina en la calle del Comercio. Las lavanderas lo habían acostumbrado a madrugar y caminaba todas las mañanas por el puerto, contemplando la gran exhibición de productos agrícolas del interior que llegaban en vapores, barcazas y bongos. Piñas, plátanos, yuca, naranjas, limones, guayabas, mangos, hortalizas, cacao, café, animales vivos o beneficiados, todo rodeado de un enjambre de moscas que atormentaban al visitante. Pero, sobre todo, llegaban sacos de café y cacao destinados al comercio internacional.

En el confuso griterío del mercado se movían los representantes de las razas y tipos más opuestos del género humano: zambos, mulatos, negros, indios y blancos europeos. En una de sus caminatas, Regent encontró a un hombre que anunciaba «la suerte del periquito». Dentro de una pequeña jaula, con una gaveta llena de papeles manuscritos bien ordenados, el ave tomaba y ofrecía al cliente, después que este depositaba una moneda en una pequeña caja de madera. Su curiosidad le obligó a someterse a esa suerte de adivinación y el periquito le entregó en sus manos un trozo de papel donde le aconsejaba cuidarse del contagio de graves enfermedades y de las mujeres de la mala vida. Al mismo tiempo, un indígena ofrecía a gritos vermífugos para curar enfermedades desconocidas en su país y mostraba frascos

con lombrices de diferentes tamaños y colores, botellas de ron de culebra para sanar fracturas de huesos y olorosas resinas de árboles medicinales. Los extranjeros representantes de las casas de comercio, con sombreros y trajes blancos, supervisaban las mercancías que llegaban desde el interior del estado, los Andes y Colombia.

Tres meses después de su arribo al puerto de Maracaibo, una tarde lluviosa, Jean François Regent zarpó hacia Santa Bárbara del Zulia. La lluvia los acompañó toda la noche hasta convertirse, poco antes del amanecer, en un torrencial aguacero con enormes descargas eléctricas. Cuando cesó la lluvia avistaron hacia el oeste los suaves y silentes destellos del relámpago del Catatumbo y al despuntar el día observó el gran lago de Maracaibo quieto y plano como un espejo. Hacia el oeste, la sierra de Perijá y al este la cordillera Andina. Antes del mediodía llegaron a la desembocadura del Escalante, en ese punto dejaron la draga y navegaron por un río de aguas turbias y mansa corriente rodeado por una naturaleza fértil. En sus orillas se levantaba una vegetación exuberante, trabada de bejucos, con grandes árboles cuya sombra cubría enormes espacios. Los más bellos árboles europeos no eran sino raquíticos arbustos al lado de aquellos gigantes de la naturaleza tropical. Era un paisaje habitado por una fauna que se dejaba ver y se hacía sentir: caimanes, pájaros, loros, guacamayos que adornaban el cielo con sus colores, insectos voladores y rastreros, serpientes que se descolgaban de los árboles, graznidos, silbidos y el bramar de los monos araguatos que perseguían la embarcación escondidos entre los árboles. Cuando el vapor se detenía a causa de algún obstáculo, nubes de mosquitos, emboscados en la orilla del río, atacaban sin dar tregua. El aguacero que se desató hizo callar la fauna y navegaron entre plantas acuáticas los últimos sesenta kilómetros del viaje. Jean François sintió que viajaba por un mundo tan primitivo y desconocido, que superaba las crónicas

de viaje de Alexander von Humboldt y de Anton Göering, que había leído antes de salir de París. Cuando llegaron a Puerto Zulia, seguía lloviendo con sol, pero la actividad en el puerto no cesaba. El calor le golpeó el rostro y se sintió flotando en el vapor de una olla hirviendo donde se cocinaban frutos de múltiples olores y sabores. Por la tarde vio los últimos arrieros del día llegando desde El Vigía hasta la casa de Riquilda Inciarte. Con la mirada recorrió aquel caserío de una sola calle y eligió hospedarse en la pensión de Bertila Morillo, donde cenó. Pasó la noche debajo de un mosquitero dormitando y recordando su breve pasantía en la construcción del Canal de Panamá. Los mosquitos y la malaria hicieron huir a los franceses de la zona del Darién.

V

Los primeros dos meses, en el pueblo, los empleó Regent en instalar las oficinas de la Compañía, contratar personal y viajar dos veces por semana por el río, hacia el lago, para supervisar el dragado. Una vez creadas las condiciones de navegación, el vapor Santa Bárbara comenzó a transportar, desde Maracaibo, los equipos y materiales para el tendido de la vía férrea. El propio Regent encabezó la expedición que levantó el trazado de la línea y se marcaron los espacios donde se construirían las tres estaciones en el primer tramo del recorrido de 60 kilómetros hacia El Vigía. Para esta expedición contrató una caravana de arrieros con sus mulas para cargar los equipos y provisiones, una cuadrilla de macheteros, personal de servicio y un topógrafo con su ayudante. Tardaron diez días en llegar a El Vigía y cubrir el primer tramo de la vía que, según el contrato, terminaba en la ciudad de Mérida. En la vía consiguieron algunos campesinos con sus familias, habitando los espacios donde terminaba cada jornada de los arrieros. En estos espacios se

habían formado pequeños conucos plataneros, de caña de azúcar y maíz y en algunos se exprimía el jugo de la caña con trapiches de bueyes y se fabricaba papelón.

En este primer recorrido, Regent pudo verificar la inestabilidad y dificultad del terreno debido a las constantes inundaciones de los ríos, fundamentalmente el Chama, que en cada crecida anegaba gran parte del recorrido de la futura vía. Regent recomendó a la Compañía Francesa de Ferrocarriles de Venezuela, la canalización del río Chama y el levantamiento de diques, consciente de que esto retrasaría la construcción del ferrocarril y argumentando la seguridad de la misma y su mantenimiento. Esta recomendación no fue tomada en cuenta debido a la urgencia que el Estado venezolano tenía por inaugurar la vía férrea, la empresa francesa por terminarla y la presión de los comerciantes exportadores e importadores junto con los caficultores de las tierras andinas. Después de este informe, los trabajos se detuvieron hasta que la empresa y el gobierno discutieran un nuevo contrato, donde se estipulaba que la vía cubriría solamente el recorrido de 60 kilómetros entre Santa Bárbara del Zulia y El Vigía, y no hasta la ciudad de Mérida como inicialmente se había establecido en la contratación con el duque de Morny en París. Además, fue eliminado el monopolio de la navegación por el río Escalante hasta los puertos del lago, por considerar que este afectaba los intereses de la nación y el de las grandes casas comerciales asentadas en el puerto de Maracaibo. Cuando el duque de Morny negoció el contrato de la construcción de ferrocarril con la compañía francesa, ya se había acordado esta modificación y Guzmán ya había abandonado el país para residenciarse en París hasta su muerte.

Cuando se reanudaron los trabajos y empezó el tendido de los rieles, se despertó una época de bonanza en la región, sobre todo en Santa Bárbara y San Carlos del Zulia, sede de la compañía. La gente que trabajaba en la construcción del ferrocarril

ganaba salarios nunca vistos en la comarca, las morocotas y libras esterlinas corrieron por el pueblo, muchos se enriquecieron con la venta de casas y terrenos para la instalación de talleres, pensiones, comedores, oficinas de personal y depósitos de materiales. Cuando los franceses se fueron y el ferrocarril estuvo listo, desapareció gran parte de estas riquezas que habían sido dilapidadas en mabiles, bailes, ruleta y ron.

VI

Jean François Regent era un hombre alto, de pocas carnes, desgarbado y de una fortaleza física que no se correspondía con su imagen. Hablaba un perfecto español arrastrando las erres. En el puerto de Santa Bárbara decían que le agregaba más erres de las que tenía la palabra ferrocarril. Había nacido en Pas-de-Calais en el seno de una familia burguesa y católica. En la Universidad de París se había contagiado del ateísmo y la sensibilidad social leyendo las novelas de Émile Zola. De niño había leído también las crónicas de los franceses exploradores, sobre todo, las de François Depons, quien vivió tres años en Caracas durante la primera década del siglo XIX y había realizado importantes exploraciones en Venezuela. A pesar de haber hecho una carrera técnica, conocía los poetas franceses y había leído toda la obra de Julio Verne; era un apasionado de las historias de aventuras y viajes. Podía considerarse un francés culto de su época. A Santa Bárbara llegó con varios volúmenes de escritores europeos, que se quedaron en su cuarto de pensión cuando abandonó de urgencia el pueblo y dejó instrucciones para que se los enviaran a la dirección de H.L. Boulton Jr. & Co. en Maracaibo.

Después de un año hospedado en la pensión de Bertila Morillo, frente al puerto de Santa Bárbara del Zulia, sabía de memoria el ritmo del malecón. Desde su cama, en las

madrugadas, percibía el fragor de las piraguas, vapores, bongos y canoas saliendo o llegando a Santa Bárbara y por el sonido al desplazarse sabía si zarpaban río arriba o río abajo rumbo a Maracaibo. Conocía el grito de cada patrón, y por sus voces sabía el nombre de cada piragua anclada en el malecón. Por los gritos de los estibadores adivinaba qué producto se estaba cargando o descargando. Este era un ejercicio de memoria que practicaba todas las madrugadas antes de bajarse de la cama, desayunar y salir a dar su paseo matutino por el puerto para enterarse de las noticias de Maracaibo y supervisar la construcción del nuevo malecón de cemento armado.

Hizo amistad con Teófilo Gómez, nativo de Puerto Real, hombre emprendedor e inteligente con quien recorrió los caseríos y montes cercanos y con quien tuvo una amistad franca y transparente. Le había llamado la atención este hombre fuerte y moreno que había sobrevivido a tres accidentes mortales en la línea del ferrocarril, Regent le llamaba «Bonne mort». Un día Teófilo le preguntó el significado de tan extraño apodo y Regent le aclaró que el «Buenamuerte» era un personaje de la novela *Germinal* de Zola, quien había sobrevivido a tres accidentes en una mina. Con Teófilo le dio rienda suelta a su espíritu explorador y llegó a internarse por caminos de serpientes hasta el puerto de Encontrado, para conocer la estación del Gran Ferrocarril del Táchira, y recorrió el río Catatumbo en una canoa hasta su desembocadura en el lago. Para esos días, Teófilo Gómez planificaba una excursión a la sierra de Perijá, por las riberas del río Tarra, a un sitio que otros exploradores bautizaron «La Puerta del Infierno». Allí brotaba un aceite negro de olor penetrante que salía de la tierra en grandes chorros y explosiones. Regent conversó varias veces con su amigo sobre tal fenómeno, pero no logró que lo incluyeran en la expedición. La sierra de Perijá, decía Teófilo para desanimar a su amigo francés, estaba habitada por pueblos guerreros dispuestos a

defender sus tierras y cuando menos se lo espera el explorador, salen de los montes mortales flechas capaces de atravesar a un hombre. Supervisando la línea férrea hacia El Vigía, Regent conoció también las poblaciones de Garcitas, Los Coquitos y Puerto Concha y recorrió el curso del caudaloso río Chama desde el pie de monte hasta su desembocadura en el lago.

Los martes a media mañana llegaba el correo en el vapor *Santa Bárbara* y Regent lo esperaba con ansiedad para conocer las noticias de su país, de sus amigos y familiares. Cuando salió de París se estaba construyendo la Torre Eiffel y en el correo de ese día venía una fotografía que mostraba el paisaje urbano de París con la torre terminada. Esa noche se fue a la cama más cansado que nunca, soñó que escalaba los 300 metros de la torre y cuando llegó a la mitad, hubo de pararse a descansar, se sentía sudoroso y extremadamente cansado, la ciudad de París daba vueltas antes sus ojos cubiertos por una cortina amarillenta. A media mañana, en la posada y en la oficina, extrañaron su presencia, entraron a su dormitorio y lo encontraron debajo del mosquitero hablando incoherencias en francés y titiritando entre sábanas húmedas de sudor. Al día siguiente abandonó el pueblo en el vapor de la compañía, víctima de fiebre amarilla.

Durante su travesía por el lago, de regreso a Maracaibo, no dejó de pensar en el niño recogiendo café en la calle polvorienta y en el periquito de la mala suerte o del mal presagio como él decía. Jean François Regent no estuvo presente el 1º de mayo de 1893, día de la inauguración del Ferrocarril del Zulia. La noticia de la inauguración le llegó por correo a París, venía con algunas fotografías de las instalaciones. Se veían ahí los dos almacenes frente al malecón en Santa Bárbara; un grupo de trabajadores posando en el puente La Maroma; tramos de la vía férrea que se perdían entre la selva y las tres estaciones entre Puerto Zulia y El Vigía: Los Cañitos, Caño del Padre y El Castillo. Una foto mostraba los vagones cargados de café

transitando por el puente del Caño del Padre y perdiéndose entre un platanal. Había otra foto que mostraba una caravana de arrieros llegando a la estación del ferrocarril en El Vigía y comprobó que todavía se necesitaban los caminos de herradura desde los Andes hasta esa estación. Recibió también una carta de su amigo Teófilo Gómez donde le informaba que por fin había llegado a «Las Puertas del Infierno» y había comprobado que el aceite negro era petróleo.

Teófilo Gómez, el Buenamuerte, trabajó como maquinista del tren hasta 1912, se retiró a vivir y a cultivar plátanos en una parcela cercana a la estación de Caño del Padre y lo mató la ponzoña de un guayacán en 1920. Jean François Regent se quedó en París, se aficionó al café de Maracaibo y lo promocionaba entre sus amigos en tardes de cafés. En sus ratos libres ordenaba el diario que se había comenzado a hacer en el Sur del Lago de Maracaibo y en sus días de aventuras por la ruta del café. Tuvo una larga vida, murió en París a los noventa años de edad.

VII

Un sábado 1º de mayo de 1954, los resoplidos de la máquina de vapor, del último tren, llegaron a Santa Bárbara del Zulia. La mayoría de los vagones venían cargados de plátanos, solo un vagón traía algunos sacos de café y, escondido entre ellos, venía de polizón, un niño andino. De tanto escuchar a su abuelo hablar de las grandes cosechas de café, del ferrocarril y del puerto de Santa Bárbara, decidió escaparse para hacer el viaje. Habían anunciado en la estación de El Vigía el cierre definitivo del ferrocarril y esa era su última oportunidad para cumplir con su sueño inspirado por los relatos de su abuelo. Durante el recorrido comprobó que quedaba muy poco de la selva tropical y en su lugar vio rebaños de vacas pastando en

potreros cercados con alambres de púas. Cuando llegó al puerto de Santa Bárbara caía una fina lluvia que se confundía con el sudor de su cuerpo. Todavía el puerto de las piraguas conservaba el dinamismo que describiera su abuelo en tardes de relatos en las frías montañas de Chiguará. El antiguo muelle de hormigón estaba lleno de frutos y productos de la región. Llegaban desde Maracaibo cajas con herramientas, barriles de clavos, ropa, telas, muebles, zapatos, alpargatas, sombreros y cualquier otra cosa necesaria para surtir los negocios de Santa Bárbara y San Carlos del Zulia. Unos hombres bregaban para meter una vaca a una piragua, pero el animal se soltó, intentó subir el empinado malecón y cayó al río con un estruendo de aguas y un mugido de muerte. Algunos hombres contaban plátanos y cargaban huacales con gallinas, frutas y papelón. Llegaban y salían pasajeros para los diferentes puertos río arriba o río abajo. El niño polizón se perdió en el ajetreo del puerto, entre el olor a frutas frescas y podridas. La gente se comunicaba a gritos. A la izquierda, después de la cabecera del puente que comunicaba con San Carlos, ahora de madera, con paso peatonal y de una sola vía para automóviles, había un edificio blanco de dos plantas coronado por una enorme chimenea de donde empezó a salir un aullido largo como de ferrocarril que alertó a los comerciantes establecidos en la orilla del malecón. Eran las doce del mediodía y empezaba un nuevo turno en la fábrica procesadora de leche; era la hora del almuerzo para todos. Los hombres y niños que pescaban con anzuelos debajo del puente salieron con sus ensartes de bagres, bocachicos y pámpanos, los vendedores de guarapo, arepas, plátanos asados, chicha y empanadas hicieron su aparición. Unos hombres que jugaban barajas encima de una veintena de sacos de café sintieron un vacío en el estómago y otros que ponían su dinero sobre una mesa con figuras de colores chillones mal pintadas, donde un hombre viejo, esmirriado y de manos enormes como garras

lanzaban tres desgastados dados, retiraron sus apuestas y suspendieron la jugada con bostezos de hambre. El pito de la fábrica de leche en polvo se alojaba en los estómagos del puerto y del pueblo y reclamaba alimentos. Las mujeres se apresuraban en los fogones.

El niño sabía que su padre abandonaría muy pronto la búsqueda. Sus siete hermanos, menores que él, exigían atención y había que trabajar en el cultivo de hortalizas, en las tierras que antes habían sido una próspera hacienda cafetalera.

Trino, que así se llamaba, durmió dos noches en las bodegas vacías del ferrocarril. Tres días después se embarcó en la piragua *La Diáfana* rumbo al puerto de Maracaibo. El patrón de la piragua, Emiliano Fernández Lubo, le propuso llevarlo a su casa en San José de Potreritos, donde seguramente tendría un futuro de mandadero. Para un niño de la montaña, para un niño sin río, el recorrido por el Escalante fue un espectáculo de vegetación y fauna. La salida al gran lago fue un asombro ante la enorme masa de agua y cuando aclaró el día, pudo ver a su derecha la cordillera, su hogar, y se sintió solo, pero ya se había apoderado de él un espíritu aventurero que lo animó rápidamente. Navegaron por aguas tranquilas, bajo un cielo despejado hasta Maracaibo, donde llegó asombrado por la ciudad que vio desde la piragua. Era tan grande que no cabía en su imaginación, pero no la recorrió, se quedó en el puerto comiendo cualquier cosa y durmiendo en *La Diáfana*. Dos días después hizo el viaje de regreso y conoció las mangueras y las toninas.

Llegó a El Vigía a bordo de un camión platanero y por una carretera recién asfaltada. En El Vigía abordó otro camión rumbo a Mérida que lo dejó en la entrada de Chiguará y se fue caminando hasta el conuco de su padre. Ahora se sentía un hombre de mundo, tenía muchas cosas que contarle a sus hermanos. Les dijo que había conocido a las sirenas y que había visto un chorro de agua que salía de las profundidades del

lago lleno de peces vivos que caían en la cubierta de la piragua dando saltos, contó que había visto una chimenea que aullaba de hambre y una vaca que lloraba nadando en las aguas turbias del río Escalante. Les habló de una ciudad que no cabía en su imaginación y en la cual tuvo miedo de adentrarse para no correr el peligro de quedar atrapado en sus calles y perderse para siempre en un mundo desconocido que nadie le había contado.

VIII

«¡Buenamuerte! ¡Buenaamueertee!, ¡nos matamos!, ¡nos descarrilamos, Buenamuerte!». El fogonero intentaba gritar por encima del resoplido de la máquina de vapor, pero el maquinista no se daba por enterado. Miraba como hipnotizado el tendido de los rieles que se perdían en un bosque de ceibas y soñaba con una mujer que lo saludaba desde un jardín de rosas. Repentinamente el paisaje cambió, ahora era un potrero y el tren se descarriló en el puente del Caño del Padre. El café y los plátanos navegaban sobre la corriente del caño y su abuelo, muerto de risa, corría por el platanal, al tiempo que la joven mujer seguía saludando desde el rosal, a otro tren que pasaba por la estación.

Teófilo Becerra despertó sobresaltado. La hamaca colgaba de los rieles de tren que servían de columnas al porche de su casa. Cada vez que allí dormía la siesta, soñaba con su abuelo Teófilo Gómez, o Buenamuerte, como lo nombraban. Cuando se recuperó de la pesadilla, se sentó en la hamaca, se restregó los ojos, escuchó los golpes en la cerca de la calle y vio a un hombre viejo y a una pareja de jóvenes. Se acercó a ellos, tenía un sabor a óxido en la boca y las piernas entumecidas por el mal sueño. Ya no era un hombre joven.

—¿A quién buscan los amigos?

—Bueno —dijo el más joven—, pasábamos, nos llamó la atención su cerca y nos detuvimos a curiosear. Son durmientes de ferrocarril, ¿verdad?

—Sí señor, algunos tienen los clavos todavía. Mi abuelo me dijo que los clavos eran franceses, la madera sí es de por aquí. Esta parcelita me la dejó mi padre y a él se la dejó mi abuelo, que fue maquinista del tren. Cuando hicieron la carretera negra y eliminaron el ferrocarril, dejaron en esta parcela algunos rieles, durmientes y unas piezas de hierro que están enterradas en la parte trasera de la casa. Mi abuelo se quedó con la parcela, sembró un platanal e hizo esta casa con los rieles y los durmientes. Dicen que aquí sale el fantasma del ferrocarril, pero... yo no creo en esas vainas, bueno... no, no creo, pues, ¿y qué les trae por estas tierras?

—Estamos de paso —comentó el más viejo—. Alguien nos dijo que esta había sido la vía del tren y nos desviamos para ver si todavía quedaba algo. Yo viví en Santa Bárbara cuando era niño y recuerdo el tren llegando al pueblo.

—Ahí alantico hay un vagón metido en el monte, se ve desde la carretera, fue un descarrilamiento, eso decía mi padre. ¿De dónde vienen los amigos?

—De Maracaibo —contestó la mujer—, llegamos ayer a Tucaní, compramos café y nos regresábamos por la Panamericana, pero la vía está bloqueada con bombonas de gas, la gente protesta porque desde hace dos meses no tienen gas para cocinar. Decidimos irnos por la Machiques-Colón, nos dijeron que esos trancones pueden durar todo el día.

—Bueno, que les vaya bien, por ahí es más largo, pero algo han adelantado ya. Por esa vía escasea la gasolina, la frontera está muy cerca.

Fernando, Rosa María y Eugenio habían salido de Maracaibo el día anterior, compraron café y durmieron en Tucaní. Por la carretera Panamericana vieron enormes colas de carros en las

estaciones de servicios para surtirse de gasolina. Hombres y mujeres que discutían, comían, se emborrachaban, orinaban al borde de la carretera, jugaban dominó, barajas y miraban sus teléfonos, algunos dormían en sus carros. Las areperas y restaurantes del camino estaban vacíos y tristes, sus empleados permanecían recostados sobre el mostrador, las chiripas y cucarachas caminaban libres del alboroto de una clientela numerosa. «¡A esos precios no hay quien compre!», dijo un trasnochado viajero, mirando a los tres amigos que tomaban café en la barra de una solitaria arepera. Un hombre intentaba sacar gasolina de su carro con una manguera y en la primera chupada el combustible saltó y le cayó en el pecho, carraspeó, escupió y siguió intentando.

Los tres amigos llevaban reserva de gasolina en el maletero del carro. En Santa Bárbara del Zulia la crisis de gasolina era aún peor. En el puerto de las piraguas y vapores no había ni lanchas pesqueras y el río ahora solo es un canal donde van a parar las aguas negras de las casas cercanas. El malecón inclinado de hormigón que construyera la empresa ferrocarrilera, hace ciento treinta años, hoy está pintado de rojo, frente al puerto todavía estaban de pie los depósitos del ferrocarril y el puente entre Santa Bárbara y San Carlos es ahora una sólida estructura de dos vías para automóviles y dos para peatones. Salieron de San Carlos de Zulia, rumbo a Maracaibo por la carretera Machiques-Colón. Les tocaba sortear las múltiples alcabalas de la vía, que seguro se empeñarían en decomisarles los treinta kilos de café tostado y en grano que habían comprado en Tucaní.

Fernando llevaba su tesoro: había logrado arrancar de la cerca de durmientes, un clavo. Como les dijo Teófilo Becerra, un clavo francés.

IX

Mientras los tres amigos cruzaban el puente entre Santa Bárbara y San Carlos del Zulia, a miles de kilómetros, cruzando el océano, en París, Antoine Rivet, habitué de un modesto café en una esquina de la Rue la Fayette, está sentado leyendo el periódico en la mesa de siempre. Ese día tenía buen ánimo y se atrevió a preguntarle al mesero que lo atendía desde hacía meses:

—¿Por qué tus compañeros y el patrón te dicen «El Duque»?

—Es una vieja historia —contestó con sorna el mesero—, mi bisabuelo era un noble de la alta alcurnia, un duque arruinado, que murió arruinado. Si llegan a averiguar cómo se llamaba mi otro bisabuelo, seguro que empezarán a llamarme «El Ilustre Americano». Además del café, ¿quiere algo más, *monsieur*?

—El café solamente, por favor.

Antoine Rivet, dijo para sí: «El mundo cabe en un puño, sí, señor, en un puño». Desde hace algún tiempo, revisa las fotos y el diario de viaje de su bisabuelo Jean François Regent. El texto inicial describe el paisaje selvático de un territorio surcado por un río llamado Escalante, en cuyas orillas hay árboles gigantescos y una fauna maravillosa. En cada curva del río se presentan nuevos animales y una vegetación desconocida. Pájaros de mil colores huyen al paso de la embarcación; el calor que sale del agua, de la tierra, de la selva profunda es asfixiante. Hay varias fotografías de la construcción de un ferrocarril en esa zona selvática. De todo el juego de fotografías hay tres que siempre han llamado poderosamente su atención: en la primera, su bisabuelo posa con un rifle, a su lado un hombre moreno, fornido y calvo. La imagen habla de camaradería. Detrás de ellos se ve un río caudaloso. En la orilla opuesta hay un bosque y el cielo está cargado de nubes a punto de desatarse en aguas. En el reverso se lee:

«Bonne mort et moi-Santa Bárbara del Zulia, 1891». Otra imagen muestra un niño descalzo posando para la cámara; detrás de él, una fila de hombres que llevan bultos sobre sus cabezas y salen de una embarcación anclada en un puerto; en el reverso, con la letra clara y enérgica de su bisabuelo, se lee en español: «Puerto de Maracaibo, 1891». En la tercera fotografía, los rieles de un tren se pierden en la selva, al pie de esta se lee:

«Por la ruta del café»

La Diáfana

Soñaba con el rumor de la playa y con una piragua que partía hacia el sur. Soñaba con hileras de cocoteros que se perdían de vista y con la voz de su madre que gritaba: «¡Epaaa... esos muchachos que están a medio freo!». Se soñaba caminando descalzo por la tierra asoleada que quemaba sus pies, por la arena surcada de huellas de serpientes y machorros formando un mapa incomprensible. Caminaba entre tunas, cardones y perdices que se espantaban a su paso. A media noche lo despertaron los mosquitos y un calor húmedo como si estuviera metido en baño de María. Un concierto ensordecedor de sapos y ranas que salía del pantano cercano lo mantuvo despierto el resto de la noche navegando entre sábanas húmedas. Con los primeros rayos del sol la orquesta de anfibios desafinados y conducidos por un imaginario director desquiciado dejó de sonar y se impuso el griterío de los loros conversando entre las ramas de los árboles que rodeaban una ciénaga que, en tiempos no muy lejanos, había sido un río de aguas cristalinas que desaguaba en el gran Escalante, obligándolo a corregir el rumbo.

Vitelio había llegado siete días antes a esa tierra feraz y pantanosa. En esa época todavía se observaban los estragos dejados por la gran creciente de 1890, que amplió el cauce del río Escalante con su fuerza de arrastre. Los zulieros no olvidaban la plaga de langostas que azotó la región el año 1882, nublando el sol desde el amanecer hasta el anochecer y acabando con los

cultivos y los bosques. Algunos de sus familiares, colonizadores de estas tierras desde mediados del siglo XIX, se habían visto obligados a regresar a las tierras yermas de sus pueblos de origen en La Cañada.

Vitelio había nacido en El Carmelo, donde su abuelo, sobreviviente de la langosta y las crecientes, construía embarcaciones de madera a orillas de la playa y le contaba historias fantásticas mientras aserraba, claveteaba y calafateaba juntas.

Una tarde mágica, con luna y estrellas tempraneras, su abuelo le contó que hubo un tiempo que solo la imaginación humana puede explicar, donde las aguas de los ríos y pantanos se juntaban con la humedad del aire y los peces se confundían con los pájaros y los insectos voladores. Hasta que empezaron a llegar hombres que desplazaron a los habitantes originarios y la naturaleza comenzó poco a poco a transformarse. Estos hombres venían acompañados de sus animales de carga, sus herramientas, su tenacidad y su instinto depredador, para cruzar pantanos y ríos a lomo de mulas transportando el fruto de los cultivos de las tierras altas a los nuevos puertos, desde donde eran llevados en pequeñas embarcaciones a vela que aprovechaban la corriente de los ríos y el buen viento del lago para llegar al puerto de Maracaibo.

Le contó su abuelo que estos hombres, con sus mulas cargadas de café y otros productos, solo acondicionaron espacios para pernoctar después de cada jornada de camino. La urgencia del transporte, la puntualidad en la entrega de las mercancías y las dificultades de las tierras pantanosas, no les permitieron fundar caseríos permanentes. Fueron los cañaderos, carpinteros de orilla, criadores de cabras, agricultores de barbacoas y huérfanos de tierras fértiles, quienes se aventuraron por esos ríos, pantanos y lagunas, con sus embarcaciones de vela, sus mujeres y sus muchachos, para fundar conucos de caña de azúcar, cacao, y plátanos y con el tiempo haciendas de ganado vacuno. Llegaron bordeando

el lago a los puertos de Concha, Encontrados, Santa Rosa y Santa Bárbara y crearon un nuevo gentilicio: los zulieros. Los que no se hicieron hacendados o conuqueros, fundaron una amplia red de piraguas para el transporte de mercancías y pasajeros.

La embarcación que construía el abuelo se empezaba a convertir en una hermosa piragua de 8 varas de largo por 3 de ancho. Con cada tabla claveteada, con cada junta calafateada, su abuelo le iba contando historias de sus aventuras por las tierras pantanosas. Un día le contó que al llegar a la boca de los ríos la brisa del lago ya no los acompañaba y había que usar palancas para sortear las arenas acumuladas en las desembocaduras y la navegación río arriba se hacía con remos hasta llegar a los puertos.

Cuando llegaron los franceses a construir el ferrocarril, dragaron la desembocadura del río Escalante para dar paso a embarcaciones de motor y de mayor calado. La Compañía de Ferrocarriles Franceses tuvo muchos inconvenientes para el tendido de los rieles y los técnicos se quejaban de las lluvias y las inundaciones. El abuelo le contó que había trabajado con los franceses y que durante esos años hubo un derroche de morocotas y libras esterlinas. Los trabajadores del ferrocarril ganaban muy bien, pero todo lo gastaban en el juego, la bebida y las mujeres «malucas».

En Encontrado había conocido unos hombres que se internaban en los montes de Perijá buscando bálsamo de copaiba. En esos montes tenían que cuidarse de las flechas de los motilones, que salían de la maleza sin previo aviso, de las serpientes y de los zancudos que se paraban sobre la piel dura y sudorosa del explorador, buscaban un poro, hundían su aguja y empezaban a chupar hasta que, hartos de sangre, se alejaban torpemente. Al cabo de unos días el hombre deliraba de fiebre en su hamaca. Uno de estos hombres, el negro Fuenmayor, le contó que en las márgenes del río Tarra habían encontrado las puertas del

infierno. Era una montaña de donde salían chorros de agua caliente y un aceite negro que se regaba por el monte y navegaba por los ríos. Con el tiempo, se supo que era petróleo.

«En esas tierras –le dijo un día– todo es distinto». Se desatan aguaceros interminables que dejan los caminos intransitables, pero también es una tierra bondadosa que solo espera la semilla para germinarla. Llegó a ver racimos de plátanos tan grandes que solo dos hombres muy robustos podían levantarlos. «Esa es la tierra prometida de nosotros los cañaderos», eso le dijo.

Un sábado en la mañana la piragua amaneció flotando, se veía hermosa e invitadora, estaba muy cerca de la playa, presa a la orilla por una larga cuerda amarrada al tronco de un cocotero, su blancura contrastaba con el lago y el cielo. Su abuelo la contemplaba orgulloso sentado en su silla favorita, fumando tabaco y hablando con su hijo del largo viaje que harían muy pronto. Él, Vitelio, tal como su abuelo y su padre, también estaba orgulloso, la sentía propia y la piragua se balanceaba suavemente disfrutando la frescura del agua del lago que rozaba su cuerpo de madera pintado de blanco. A cada lado de la proa exhibía su nombre *La Diáfana* y unos ojos que a ratos miraban hacia el sur, otras veces a la playa o a los pequeños y curiosos peces que nadaban a su alrededor.

Los días siguientes, antes del viaje, se ocuparon en hacer los arreglos necesarios y en proveerse de los alimentos, enseres y mercancías para el largo recorrido.

Una tarde, su padre lo llevó a cazar conejos, iguanas y perdices entre los cardonales, en las tierras de Hato Viejo, antigua hacienda de la familia del general Rafael Urdaneta y donde aseguran los cañaderos que nació el prócer. Se internaron en el monte por caminos de cabras y regresaron muy avanzada la tarde con algunas presas. Fue la última vez que vio y pisó el paisaje reseco de El Carmelo. Al día siguiente, en la madrugada, zarparon en *La Diáfana*.

Como ya les he dicho, me llamo Vitelio, ese es también el nombre de mi padre y mi abuelo. En El Carmelo, a nuestra casa le decían a que los Vitelios.

–Muchacho, vaya a que los Vitelios y me trae un litro de aceite de coco.

En un principio mi madre dijo que la piragua debería llamarse «Los Vitelios», pero mi abuelo dijo que las piraguas son mujeres y deben tener nombres de mujer, y la bautizó *La Diáfana*. «Así se llamará –dijo– porque es una embarcación luminosa, blanca, liviana, casi transparente». Era medio poeta mi abuelo. Él mismo le dibujó el nombre en la proa con letras muy bonitas y le pintó dos ojos para que no perdiera nunca el rumbo.

Una mañana, antes de que saliera el sol ya estábamos navegando en *La Diáfana*. Soplaba buen viento y la vela estaba hinchada y gozosa, con un viento frío oloroso a monte. Desde el fogón llegaba un sabroso aroma a plátanos verdes asados, desmenuzados y revueltos con huevos de gallina y cebolla que recogimos en la barbacoa de mi madre, que también venía con nosotros. La navegación era lenta y apacible. A media tarde avistamos una manguera que se alejaba de nosotros y yo iba maravillado con las toninas que nos escoltaban a corta distancia. Después de cinco días de navegación y de paradas en algunos pueblos de palafitos para pernoctar, vender mercancías y comprar pescado salado, una mañana llegamos a la desembocadura del río Escalante. Palanqueando y remando tardamos dos días para llegar al puerto de Santa Bárbara del Zulia. Hubo que pernoctar a orillas del río, donde los zancudos nos atacaron con saña. Antes de anochecer, los monos nos tiraban frutas desde lo alto de los árboles, los caimanes se lanzaban al agua y las garzas, pájaros y patos, huían de nuestra presencia. En la selva pantanosa, de noche, animales desconocidos y ocultos en la oscuridad, cantan, silban, gruñen y braman. La selva no duerme, siempre está al acecho.

Llegamos a puerto el día siguiente, empezando la tarde. De los vagones del ferrocarril desembarcaban plátanos y café.

* * *

Llegamos hace siete días y hoy voy camino al puerto de las piraguas. Un escuadrón de pequeños sapos marcha militarmente por la calle embarrialada. *La Diáfana* regresa a La Cañada, va cargada de plátanos y mi abuelo Vitelio Barboza me saluda desde el timón. Yo me quedaré atrapado en la exuberancia de este verdor, mi padre está a mi lado.

Nunca más regresé a La Cañada. La desafinada orquesta de anfibios y la incoherente conversación de los loros ya no me quitan el sueño. Mi abuelo, en su sano juicio, un día decidió morirse y *La Diáfana* naufragó en el lago, dicen que chocó con un taladro y se incendió. Rara vez sueño con las tierras resecas de mi infancia. Ahora soy zuliero.

El Infierno

Crónica del petróleo en el Sur del Lago

I

Avanzaron ceremoniosamente hacia la orilla del lago. Iban metidos en una cúpula de silencio, moviéndose entre la algarabía de los piragüeros y vendedores ambulantes que gritaban sus mercancías y se apartaban respetuosamente, al paso del afligido grupo. Una mujer, la más vieja, sacó de su bolso una bandera cuidadosamente doblada. Desde la cubierta del remolcador, seis hombres morenos desembarcaron un bloque de cemento y lo depositaron en el malecón. El grupo rodeó el féretro de hormigón y la mujer lo cubrió con una bandera de barras y estrellas. El más joven de los hombres, el más gordo, el único de traje y de zapatos cuarteados por el betún, susurró para sí: «Killed by an arrow», mientras un clérigo presbiteriano pronunciaba una oración en inglés. El más viejo de los hombres, al que todos miraban con respeto, el que por su formación técnica jamás decía una palabra inútil, dijo en perfecto español para que todos los presentes entendieran: «Era un buen profesional». Al terminar el breve acto, un funcionario del gobierno regional hizo que todos los presentes firmaran el oficio que llevaba cuidadosamente protegido en una carpeta de manila y el cortejo se retiró en sus carros negros y rotulados, rumbo al norte de la ciudad.

La gente del puerto se agolpó alrededor del bloque de cemento. Un niño descalzo se acercó y lo toco, miró su mano atrevida y exclamó con un grito de sorpresa: «¡Verga, me quemé!». En la tarde toda la ciudad ya estaba enterada. Algunos decían que en el bloque de cemento había un tesoro que sería llevado a los EE. UU. Otros aseguraban que el cadáver sería trasladado a su país, donde la ciencia estaba tan avanzada, que lo revivirían y muy pronto volvería a Venezuela nuevecito. «Esa gente sabe mucho —dijo un vendedor de horchata—, ¡saben que jode! Eso me lo dijo un primo mío que vivió allá».

Una anciana que pasaba por el lugar besó el cristo crucificado que colgaba de su cuello y, mirando fijamente a un vendedor de plátanos, exclamó: «Mijo, al cadáver de un cristiano no se le debe meter en un bloque de cemento, ¡esas son vainas del demonio!». Al tiempo que un hombre agitaba en su mano derecha unos papeles manuscritos y gritaba: «Lea la décima del gringo que se enfrentó a los motilones... ¡y no digo más, pa' que me la compréis!».

El presidente del estado ordenó custodia policial, pero al siguiente día todo el cuerpo policial se negó y amenazaron con la renuncia colectiva si se les obligaba a cumplir la orden. Argumentaban que por las noches salía una voz ininteligible desde el interior del bloque de cemento.

El féretro permaneció entre las mercancías y expuesto al inclemente sol de Maracaibo hasta que otra embarcación lo trasladó al puerto de Nueva York, donde un estricto funcionario de aduana se empeñó en romperlo. Tuvo que intervenir la empresa petrolera, con sus influencias y dinero, cuando el aduanero ya estaba a punto de partirlo con un martillo hidráulico.

El cadáver atravesó medio país hasta el estado de Kansas. Sus padres lo esperaban para darle cristiana sepultura en el cementerio privado de su granja cerealera, en el condado de Rawins.

II

Dieciocho meses antes, la noticia de que una empresa buscaría petróleo en los montes de Perijá se había regado rápidamente por todas las oficinas y campos de las empresas petroleras. Se comentaba en las dependencias gubernamentales, en los bares de la plaza Baralt y hasta los limpiabotas y buhoneros conocían la noticia y la comentaban a su manera: «Estos musiúes están locos: si no los matan el paludismo y las culebras, los motilones los atraviesan con sus flechas». Un vendedor de billetes de lotería comentó: «¡No joda! Si hay buena paga, yo voy. He vivido en esos montes, ¡yo conozco esa vaina por allá!». La noticia la había traído un griego barbudo, gigante, parlanchín y colorado, con un español enrevesado y voz de trueno que una mañana atracó su viejo remolcador en el malecón de Maracaibo. El gigante, rodeado de algunos zagaletones descalzos que merodeaban por el malecón, caminó hasta la fuente de soda de los extranjeros, pidió todos los platos que ofrecía el menú y comentó para que todos le oyeran:

—Me llamo Demetrius Kokinos, pero me dicen John el Griego y tengo mucha hambre. Vengo navegando en esa chatarra desde Puerto Rico y apenas puse un pie en el puerto conseguí contrato con una empresa petrolera, ¡qué maravilla es este país! Sí, señor, buscaré petróleo en una selva, yo que nada sé de petróleo y espérenme, señores, una vez que haya saciado mi hambre, cerraré el negocio con ustedes.

III

Al otro lado del lago, en las tierras áridas de Falcón, Teresa Villasmil, de luto cerrado, acomodaba el velo que colgaba de su sombrero negro y se quedaba mirando a la docena de hombres desdibujados por el polvo y la resolana que se alejaban rumbo a

Mene Mauroa. Uno de esos jóvenes es José del Carmen Bolívar, su hijo mayor, otro, el más joven, Elías Bolívar, los demás son vecinos del pueblo. Cuando los hombres desaparecieron en el cardonal, Teresa miró el oxidado aviso que se mecía quejumbroso anunciando el pueblo de Casigua y caminó hacia la calle principal, seguida por la curiosidad de dos bisures acezantes que la miraron caminar y levantar el polvo a cada paso. Un perro flaco intentó ladrarle, pero ante la mirada severa de Teresa se retiró quejándose con el rabo entre las patas. Teresa se paró en la iglesia a rezar por su difunto marido que apenas había sido enterrado el día anterior y por sus dos hijos que se marcharon en pos de esa cosa que llaman *petrólio*. Antes de entrar a la iglesia sacudió la tierra pegada a su falda negra y desde el altar el cura la miró a contraluz rodeada de finas partículas de polvo que brillaban con el sol mañanero. El cura sabe de su tragedia: su marido muerto, sus dos hijos emigrando a tierras del Zulia y el escuálido rebaño de cabras abandonado a merced de los cuatreros. Antes de que la mujer llegue al altar, el cura va hacia la ventana, otea el cielo blanco y ruega al Señor para que llueva.

Algunos días el cielo se llena de nubarrones e intenta llover, pero la lluvia se queda a medio camino interceptada por el calor que sube de la tierra pelada y los nubarrones huyen empujados por el viento marino hacia las lejanas montañas. Las pocas gotas que logran llegar a la tierra sedienta se evaporan y solo queda un vapor sudoroso a ras del suelo que recrudece el calor. La sed ha sido siempre la tragedia de este pueblo y, en los tiempos que corren, la partida de los jóvenes en busca de trabajo a los campos petroleros del Zulia.

José del Carmen solo había salido de su pueblo a los montes cercanos a cazar conejos y a buscar cabras extraviadas, hasta que un día llegó su primo Alfonso, con ropa nueva, reloj de oro y regalos para toda su familia. Hablaba de cabrias, malacates, guachimanes, grúas, tuberías, gringos, bares y putas. Decía que

podía conseguirles trabajo a todos en un nuevo proyecto que la empresa tenía en la Sierra de Perijá, con buena paga, mejor que la de Cabimas. Una noche reunió a todos los jóvenes y no tan jóvenes en la bodega de don Chepe y les brindó cerveza. Ese día les calentó las orejas. Les dijo que se podían morir de sed acezando como los bisures en ese pueblo reseco, o irse de una vez por todas a los campos petroleros a ganar mucho dinero.

Ese mismo día, en las elegantes oficinas de una empresa petrolera en Nueva York, el joven geólogo Robert Teagle, esperaba ser atendido. Le preocupaba su aspecto. Cada vez que la secretaria se distraía, acomodaba su traje comprado de urgencia, alisaba su cabellera rebelde y miraba sus incómodos zapatos nuevos. Robert era un joven de cabellera negra y ojos azules, tenía impreso en su aspecto un dejo de pradera y, a pesar de sus años de universidad, conservaba el acento nasal de la gente de su pueblo. Se había graduado de geólogo en la Universidad de Stanford y su único trabajo hasta la fecha había sido en la granja de su familia. Cuando por fin se abrió la puerta y lo invitaron a pasar, un frío le recorrió la columna vertebral. El director era un hombre corpulento, de grandes manos y cabellos blancos; lo invitó a sentarse, sus ademanes amables y su seguridad lo tranquilizaron. Le explicó que su empresa, The Colon Development, filial de Shell, había negociado una concesión de ochocientas mil hectáreas, con muy buenas perspectivas, al oeste de Venezuela y comenzarían a perforar en dos meses. «Nosotros, aquí en Nueva York, somos una oficina para reclutar personal y estamos necesitando geólogos jóvenes que entiendan el español y que no le tengan miedo al monte».

IV

Los primeros criollos que se internaron en la Sierra de Perijá eran cazadores y recolectores de resinas medicinales, que

negociaban en las poblaciones ribereñas y a través del gran lago, en el puerto de Maracaibo, donde además de los bálsamos traían los relatos de sus aventuras por la peligrosa Sierra. Con esos relatos, los vendedores de bálsamo de copaiba, caraña, tacamahaca y otras yerbas curativas, atraían a su clientela y justificaban el precio de sus mercancías.

Decían que habían descubierto las puertas del infierno, custodiadas por los bravos motilones. Algunos aseguraban que se habían acercado a la barranca por donde salía agua hirviendo y aceite negro disparados por un cañón desde el fondo de la tierra. El estruendo se escuchaba a varios kilómetros. El aceite negro inundaba el bosque y navegaba por la corriente de los ríos envenenando los peces. El olor del demonio, ligado al de los animales muertos que se quedaban atrapados, se percibía a varios kilómetros.

Esta información llegó a oídos del general Wenceslao Briceño Méndez, asiduo visitante del puerto de Maracaibo, y con esta información, en 1876, el curioso general exploró la región de Tulé. Hizo un inventario de las minas de carbón y de los rezumaderos de petróleo de la zona de los ríos Tarra y Sardinata en la sierra de Perijá, aunque nunca pudo llegar a las puertas del infierno. A su regreso, presentó un minucioso informe sobre los rezumaderos descubiertos y los ubicó en un croquis que anexó a su comunicación dirigida al gobierno regional. Cuenta en ese informe que los petróleos de la zona visitada son de la densidad requerida en los mercados británico y estadounidense. Mencionó que por los ríos Catatumbo, Sardinata y Tarra había navegación franca para embarcaciones chatas con porte de cuarenta a cincuenta toneladas, pero era indispensable hacerse acompañar de baquianos experimentados que conocieran los caminos de agua y tierra y pudieran advertir la presencia de los bravos *motilones*, siempre dispuestos a defender su territorio. Cuatro años después, el informe fue

presentado al Congreso de la República y el gobierno otorgó una concesión de ochocientas mil hectáreas para explorar y explotar petróleo en la Sierra de Perijá.

V

A finales del año 1914, desde los EE. UU., empezaron a llegar los suministros al puerto de Maracaibo y John el Griego, con su remolcador, los llevaba a San Lorenzo. Entre los tubos, herramientas de todo tipo, rieles y máquinas, viajaban los obreros de Maracaibo enrolados en la nueva aventura petrolera.

La mayoría del personal contratado para la expedición eran obreros con experiencia en el trabajo petrolero. Llegaron los margariteños, buenos para los trabajos en el agua, los corianos y gochos para tumbar monte y los maracuchos para trabajos menores, acostumbrados como estaban a vivir del comercio y el rebusque en el puerto. Gran parte de los falconianos alistados para la expedición eran de Casigua, un pueblo ubicado en el camino entre Coro y Los Puertos de Altagracia. El Griego comentaba con grandes risotadas: «O ese pueblo de Casigua es muy grande o quedó sin hombres. El petróleo arrastra gente. ¡Yo crucé medio mundo para llegar aquí!».

José del Carmen Bolívar pensaba que esa vaina de ir de Casigua a la Sierra de Perijá era de mala espina: en las sabanas de Casigua había pernoctado el alemán Ambrosio Alfinger en su camino hacia el lago para fundar la primera ranchería europea con el nombre de Maracaibo. En esa ranchería dejó a los viejos, mujeres y niños para seguir hacia la Nueva Granada y murió flechado por los indígenas de la Sierra de Perijá. José del Carmen tenía en sus venas la sangre aventurera de su padre, José María Bolívar, quien en el año cinco se había alistado en una montonera llamada «La Libertadora», organizada por un tal general Matos y financiada por una empresa petrolera. El

ejército de Manuel Antonio Matos fue derrotado por el Cabito, en los campos de Aragua. Ahí quedaron a merced de los zamuros doce mil muertos. José María, con varias heridas en su cuerpo, había caminado, escondiéndose entre los montes, hasta la población falconiana de Casigua.

Robert Teagle, aturdido por el ronquido del motor de la nave y por la algarabía de los obreros maracuchos, pensaba en los trigales de la granja familiar y miraba las toninas jugueteando en el lago. Maracaibo se alejaba con el ronroneo de la nave y veía caer el sol a plomo sobre las casas, sobre las calles y sobre los menguados árboles, como si la ciudad se secara al sol. El lago y el sol lanzaban sobre el poblado un resplandor que lo abrasaba como una lámina de metal caliente. Robert, con su español de erres guturales, se había aprendido la primera frase del poema de Baralt; «tiegrra del sol amada».

Llegaron a San Lorenzo antes del amanecer. Un gentío se iba acumulando alrededor del improvisado muelle. Los hombres colgaban sus hamacas en cualquier parte y preparaban sus alimentos debajo de los árboles; otros habían hecho ranchos con maderas de embalaje. Los empleados extranjeros se hospedaban en las pocas casas que la compañía había construido recientemente cuando empezaron a explotar el petróleo del cerro La Estrella. En ese mismo espacio, la Caribbean estaba construyendo la primera refinería de Venezuela y de América Latina.

En las tardes, un grupo seleccionado del personal criollo y extranjero se entrenaba en el uso de armas de fuego y practicaba el tiro al blanco con los cocoteros, los buchones y cuanto pajarito inocente se les cruzara en el camino. Algunos hombres sacaban machetes de unas cajas de madera de pino y los amolaban con esmeriles de manilla. En la noche jugaban barajas o dominó, alumbrándose con mechurrios de petróleo que espantaban los mosquitos y les dejaban las narices negras. Algunos,

al atardecer, cuando se calmaba el ajetreo del campamento, pescaban en el lago para aprovechar los peces que salían del manglar cercano donde se escondían durante el día para desovar, o para protegerse del ruido infernal de los preparativos del campamento.

Cualquier desprevenido que pasara por el lugar podía pensar que se trataba de una nueva aventura armada, esta vez, dirigida directamente por generales extranjeros.

Una tarde se instaló en las afueras del campamento la remendada carpa del circo Variedades. Tenía un espectáculo variado, pero por la exigencia del público, todos hombres, solo pudo presentarse la trapecista una y otra vez, todas las noches. Cada vez que el presentador, con su atiplada voz, anunciaba otro número, lo abucheaban. La agraciada mujer quedó exhausta y al tercer día no pudo levantarse de la cama. El circo tuvo que retirarse de urgencia resguardado por la policía, cuando una turba de obreros enardecidos intentó raptar a la equilibrista, que huyó despavorida a los matorrales cercanos.

Después de este incidente, se apresuraron los trabajos de adecuación de las embarcaciones que trasladarían los equipos y el personal, al suroeste del lago, a la selva de Perijá.

VI

Antes de despuntar el día, un sábado, comenzaron a cargar montañas de suministros en las lanchas y bongos que desde hace algún tiempo se acondicionaban en el muelle de San Lorenzo. Cargaron todo lo necesario para trabajar y vivir en la selva: un equipo de perforación a percusión, tuberías y juntas, madera, alambre, herramientas, alimentos, medicinas, carpas, mosquiteros y una locomotora con sus rieles.

El convoy partió rumbo al suroeste del lago la madrugada del 10 enero de 1915. El primer día la navegación fue serena,

solo perturbada por los malestares, mareos y vómitos del personal que no tenía experiencia en las faenas marinas. A medida que se acercaban a la zona pantanosa del Sur del Lago, las lluvias se hacían más frecuentes y algunas noches se desataban infiernos de truenos y descargas eléctricas que iluminaban las embravecidas aguas del lago. En la desembocadura del delta del Catatumbo, esperaron a los baquianos contratados en el puerto de Encontrados. Expertos conocedores de los bajos y canales que llevan directamente al cauce principal del Catatumbo, que bajaba crecido desde Colombia. Después de atravesar una amplia laguna, las embarcaciones fueron guiadas por un estrecho pasadizo arbolado lleno de flores silvestres, fauna rampante, zancudos, insectos sin nombre y colibríes que se mantenían como por un milagro suspendidos en el aire, alimentándose del néctar de las flores. Parecía imposible que las embarcaciones pudieran pasar por los estrechos canales y los hombres tuvieron que palanquear con largas varas de mangle, hasta llegar al cauce principal del gran río, que navegaron sin dificultades hasta uno de sus afluentes, el Tarra. Iban asombrados por la fauna y la vegetación. La selva tropical es como un tigre, hermoso y peligroso.

Ya en el río Tarra, uno de los baquianos se percató de que en la orilla izquierda los pájaros volaban espantados, los monos callaron sus rugidos y los caimanes se lanzaban presurosos al río. El baquiano dio órdenes a gritos para que las embarcaciones se acercaran a la ribera opuesta, justo cuando una andanada de flechas caía en el agua y sobre la cubierta de los bongos. Milagrosamente no hubo heridos. Los motilones persiguieron las embarcaciones corriendo tras el ramaje sin que la tripulación pudiera verlos.

Después de un mes de dificultosa navegación y obligatorias paradas, llegaron al espacio señalado por los baquianos y establecieron un campamento en plena selva, muy cerca del

fenómeno que los recogedores de bálsamo de copaiba llamaban «El Infierno», en la confluencia de los ríos Tarra y Sardinata.

VII

La selva tropical era un mundo de trampas, de mentiras, de falsa apariencia, de una belleza que deslumbraba y de seres que se deslizaban sinuosamente, malignamente, para atacar. Todo parecía otra cosa en un mundo que ocultaba la realidad, y esa realidad, algunas veces, era una serpiente esperando en cualquier hojarasca o escondida debajo de un árbol derribado por las termitas y podrido por la humedad. La selva era un pequeño mosquito que infectaba la sangre e incendiaba el cuerpo con calenturas. Hasta las más atractivas frutas podían ser trampas de la jungla para defenderse de los extraños, de los intrusos, de los que no la conocen y pisan sus señuelos. El terreno, sin accidentes aparentes, tenía ocultos entre la maleza, grandes huecos llenos de barro que en esas tierras llaman «tatucos» y que no son más que obstáculos para atrapar a los desprevenidos. Solo era una agradable realidad el canto de los pájaros y su plumaje multicolor.

Un mes tardaron en talar, limpiar y acondicionar el espacio donde se estableció el primer campamento, a orillas del río Tarra, en el punto llamado Puerto Paloma. Los motilones atacaban con frecuencia. En esa jornada tuvieron el primer trabajador muerto y varios heridos que fueron atendidos por el personal sanitario de la carpa hospital. El espacio fue bautizado con el nombre de El Cubo y mientras se levantaban cabañas con la madera de los árboles derribados, se limpiaba otro espacio separado dos kilómetros del campamento, donde los geólogos indicaron que se empezaría a perforar. Otra cuadrilla de macheteros tumbaba el monte para hacer una trilla por donde

pasaría el ferrocarril de vía angosta, inicialmente tirado por bueyes y mulas, que llevaría el material de perforación desde Puerto Paloma hasta el emplazamiento.

Se estableció un sistema de vigilancia diurno y nocturno con los mejores tiradores y se estableció un correaje hasta un punto del lago, donde el remolcador del Griego llegaba cada quince días con el correo y los suministros necesarios. Las lanchas que hacían este recorrido por el río Tarra eran atacadas frecuentemente por lluvias de flechas que salían de las márgenes del río. Al entrar al ancho cauce del Catatumbo podían navegar por el centro del río poniéndose a salvo de los ataques y desplazándose con rapidez impulsadas por la corriente, hacia el lago. Desde la población de Encontrados se llevaban productos del campo para la alimentación del personal y desde los pueblos ribereños empezaron a llegar mujeres para encargarse de la preparación de los alimentos y otras necesidades. Los hombres, llegados de varios puntos del país, se acostumbraron rápidamente a vivir y a trabajar en la selva, por encima de los conflictos que ocasiona toda concentración humana.

En el campamento de El Cubo la gente se acomodó en guetos de acuerdo a su procedencia: los andinos se agruparon en el espacio más alto, para disfrutar de sus costumbres y sus guisos. Los margariteños, añorando el mar y el pescado fresco, se acomodaron a orillas del río Tarra. Los falconianos, mayoritariamente casigüenses, discretos y retraídos, formaron su grupo e hicieron conucos deslumbrados por la fertilidad de la tierra, ellos venían de tierras yermas. Los extrovertidos maracuchos, habitantes de una ciudad puerto, ligeros de palabras y acostumbrados al trato con los extranjeros, se ubicaron muy cerca de la alambrada divisoria del campo residencial de los jefes.

Cuando se suscitaban conflictos entre el personal criollo, los extranjeros, el grupo jerárquico, el más coherente imponía sus reglas. Algunas veces, estos conflictos eran diluidos en la

práctica de algún deporte, normalmente el béisbol, que jugaban los gringos con la participación de algunos aprendices criollos; o en reuniones festivas, en un espacio que hacía las veces de club, amenizadas por el conjunto musical *The Casigua Happy Boys* de dos hermanos trinitarios que hablaban el español como si tuvieran la boca ocupada con estopa y que los criollos llamaban los *maifrén*. Nadie sabía cómo habían llegado los *maifrén* al campo, nadie los recuerda en las embarcaciones que llegaron de San Lorenzo. Los trabajadores criollos, por la imposibilidad de pronunciar sus nombres, los llamaban *maifrén-uno* y *maifrén-dos* o uno y dos, para simplificar. Algunas tardes, el saxofón soprano de un gringo de Luisiana acompañaba el *steel band* de los trinitarios; y así se escuchó por primera vez el jazz en el campamento. En el campo se empezó a formar un nuevo estilo de vida impuesto por la disciplina del trabajo petrolero y la incorporación de vocablos en inglés, inicialmente para nombrar las nuevas herramientas. Todo lo relativo al petróleo estaba impregnado por el espíritu y la lengua de los creadores de esta gigantesca industria. Los criollos que no se adaptaban a las reglas eran despedidos y colocados en una «lista negra» acordada por todas las empresas petroleras que operaban en el país. Nunca más conseguirían trabajo en otra empresa petrolera y tenían que regresar a sus lugares de origen, o a las ciudades, a rumiar su desdicha.

VIII

El jefe de geología era Thomas Dixon. Había llegado a Venezuela en la primera década del siglo XX. Llegó con el equipo de geólogos de Ralph Arnold. Cuando Thomas se enteró de que la Colon Development iba a perforar en la Sierra de Perijá se enroló en la expedición. Tenía suficiente experticia para ser el jefe de geología y perforación, además necesitaba comprobar personalmente

sus sospechas de que la Sierra era un espacio de gran futuro petrolero. Dixon fue el primer extranjero en el campamento El Cubo que enfermó de malaria.

En esos días se corrió la voz, entre los criollos, de que Fermín Sulbarán, encargado de la limpieza de las cabañas de los extranjeros, había perforado el mosquitero del jefe de geología, el comentario circulaba entre los trabajadores criollos. Los musiúes, con su español instrumental y de emergencia, no se enteraron de las habladurías del maracucho, quien se vanagloriaba de su hazaña y cambiaba la historia cada día. Hasta llegó a decir que él había criado el mosquito y cuando estuvo grande, lo metió en el mosquitero de uno de los gochos que ya estaba enfermo de malaria, luego, cuando el gringo se fue a trabajar, lo introdujo en su habitación.

Cuando Thomas Dixon abandonó el campamento y fue sustituido por Robert Teagle, el joven geólogo de Kansas, ya habían transcurrido dieciocho meses y los trabajos de perforación todavía no arrojaban resultados satisfactorios; apenas un pozo, con tan baja producción que no podía considerarse comercial. A Robert Teagle le correspondía esta responsabilidad en condiciones muy desfavorables: ya había estallado la gran guerra, los suministros escaseaban y mantener el campo era muy costoso, pero los trabajos de perforación continuaron con lo poco que llegaban de los campos de la Costa Oriental del Lago. La malaria mantenía en cama, con fuertes calenturas, a buena parte de los trabajadores criollos, sobre todo a los que pernoctaban en hamacas sin mosquiteros, en el espacio que llamaban los colgados. Un diluvio bíblico inundaba los caminos y hacía dificultosa la navegación. La lluvia mantenía todas las operaciones detenidas.

IX

De no ser por el estrépito del aguacero que retumbaba en el techo metálico de la cabaña del nuevo jefe de perforación, la mañana hubiese sido agradable. Teagle había decidido quedarse en su casa-oficina. Sabía que era imposible llegar hasta el sitio de perforación y se dispuso a terminar el informe mensual que debía enviar a las oficinas de Maracaibo. Sentado en la rústica mesa que le servía de escritorio, intentaba concentrarse y de vez en cuando giraba su silla para contemplar la lluvia a través de la ventana cubierta con malla metálica. El aguacero lo cubría todo y le producía una especie de aletargamiento melancólico que le confundía las ideas. Después de una hora de intentarlo, apenas había logrado fechar el documento, a pesar de que tenía anotaciones previas con las actividades del campo; sobre todo el desarrollo de los trabajos de perforación. En un sobre especial ya tenía resguardado el material fotográfico que enviaría junto con el informe. Cuando por fin se dispuso a escribir, sintió que alguien lo observaba desde la maleza a través de la cortina de agua. Giró la silla y no vio a nadie. Cuando se dispuso a escribir, una larga flecha pasó limpiamente la tela metálica, atravesó el espaldar de la silla y la sintió en la espalda como el azote de un martillo punzante. La lluvia empezó a convertirse en un rumor lejano y cuando quiso abrir los ojos una nube negra se los cubrió. Años después, el perforador Smith recordaría la expresión de espanto y sorpresa dibujados en el rostro de Teagle, que solo alcanzó a decir: «No me entierren en esta maldita selva».

Con la muerte de Teagle, la falta de suministros, la malaria y la perseverancia de los motilones, se suspendieron las actividades en el campo El Cubo. Algunos criollos, sobre todo los falconianos, se quedaron. No quisieron regresar a la aridez de su tierra, se adaptaron a las condiciones del lugar y antepusieron a la denominación El Cubo, el nombre de su pueblo natal.

Muchos años después que en las márgenes del río Tarra se fundara un campamento petrolero, y después de que este se convirtiera en un pueblo llamado Casigua El Cubo, José del Carmen Bolívar, sentado debajo de un tamarindo en el patio de su casa, le cuenta a su nieto la historia del cadáver de un hombre flechado por los barí, que fue trasladado en un bloque de cemento; porque en esos tiempos, la única forma de llegar a Maracaibo era por los ríos y el lago. El viaje duraba dos semanas, con buen tiempo.

El niño lo miró, incrédulo.

Pedro Cañate, el bienaventurado

Largo y en cautiverio fue el obligado camino del primer Cañate que llegó a la América conquistada. ¿Cañate, Kongué o Banguila? Largo desde el Cabo de Buena Esperanza. ¿Buena esperanza?, hasta Buenaventura. ¿Buenaventura? Será por eso que los Cañates no descansan, viajan, ¡huyen! En eso pensaba el negro Pedro Cañate cuando caminaba por los médanos del istmo de Paraguaná, surcados de huellas de bisures y macaureles. Iba buscando un hato de cabras y a un hombre rico. El ventarrón era de pura sal, la arena le castigaba el rostro y el sol se empeñaba en oscurecer aún más su piel. La noche lo alcanzó en las Ánimas de Guasare; hasta ahí le duró el agua. En la madrugada tenía la garganta seca y un viento de agua salada interrumpió su duermevela. Había soñado que regresaba a su pueblo natal, Buenaventura, Colombia. Llegó con una tropa de mejicanos vestidos de blanco que gritaban: «¡Viva Villa, carajo!» y cantaban «Carabina 30-30». Antes de despuntar el día, siguió su camino. Las ánimas del Guasare, sedientas y hambrientas desde el año 12, lo acompañaron hasta que el sol aniquiló las últimas sombras de la noche. A sus espaldas se dibujaban las siluetas azules de la sierra de Falcón.

Venía caminando desde Capatárida. En Zazárida se había separado del grupo de hombres armados de machetes cola e' gallo que siguieron el camino hacia la sierra. Viajó entre los matorrales huyendo de los caseríos por caminos de hambre y sed,

comiendo y bebiendo datos y lefarias, escondiéndose del olfato y los ladridos de los perros delatores, ocultándose para dormir en casas techo de torta abandonadas por los que se fueron a probar suerte en las tierras petroleras del Zulia. En el istmo no encontró ni perros ni caseríos, tampoco datos ni lefarias, solo estaba el médano y la salina ardiente habitada por burros soñolientos.

Caminó sin parar hasta Tacuato, donde consiguió agua y pan en casa de una de las familias más antiguas del poblado: los Naveda. Ahí durmió. Salió de Tacuato en la mañana, a hora de cabra, y a lo lejos, entre la bruma de las arenas voladoras, divisó un rebaño que cruzaba la trocha y se perdía en el cardonal hacia la izquierda, camino del golfete. Siguió al rebaño y a la hora del ordeño llegó al hato El Cayude. Esa noche durmió en una enramada de la casa de «los de abajo», que estaba arriba. La casa de «los de arriba», que estaba abajo, era un caserón de bahareque y teja con un patio central rodeado de corredores, donde señoreaba don Ramón Porfirio Pelayo, dueño y señor de El Cayude, un hombre blanco y alto, escaso de carnes, abundante en tierras y ganados, con revólver al cinto y cara avinagrada. El general Pelayo era enemigo del Benemérito y desde hacía un mes se impacientaba todas las tardes, por la playa, esperando la goleta con las tropas que Rafael Simón Urbina prometió traer desde Méjico. El barco nunca llegó al golfete, había atracado por equivocación en Puerto Gutiérrez, muy cerca de Capatárida, donde los del gobierno los esperaban con sus máuseres preparados. De los 137 mejicanos que traía el barco invasor, 70 quedaron tendidos en la sabana a merced de los zamuros y 40 fueron apresados en Mitare por las tropas del general León Jurado. Urbina huyó a la sierra de Falcón con los pocos hombres que le quedaron. Fue a esconderse entre los alambiques de Pecaya.

La noticia la trajo a El Cayude Pedro Cañate, venía escrita en un papel arrugado, firmado por Urbina y oculto en uno de los bolsillos secretos de su carriel de arriero colombiano.

Pedro se había metido en la conspiración durante una parranda en un bar de Ríohacha. Dos venezolanos y un mejicano que conoció esa noche de tragos, cumbias y rucaneos, lo llevaron hasta Maracaibo, desde allí, cruzaron el lago hasta Los Puertos de Altagracia y siguieron el viaje hasta Capatárida, en un camión cargado de frutas que advertía con letras rojas en su parabrisas, un derrotero incierto en esas sequedades, en esos calorones: «¡Vamos rumbo a Siberia!». Permanecieron tres días escondidos en la quebrada de los pericos esperando la contraseña. Cuando sintieron las detonaciones, salieron, pero ya era tarde, apenas les dio tiempo de huir con lo que quedó de las tropas invasoras. En Zazárida, Pedro fue comisionado por el caudillo Rafael Simón Urbina, para llevar la mala noticia al general Pelayo.

Ese día, en El Cayude, se le empezó a torcer la mala suerte a Pedro Cañate. Él, que toda la vida se había alimentado de desdichas y persecuciones, por fin se sintió bienaventurado. Empezó como peón raso y al poco tiempo era capataz de El Cayude. Con el tiempo se le permitió presenciar y escuchar, a prudente distancia, las lecturas y tertulias que algunas tardes hacía don Pelayo con sus amigos y familiares. Hubo un tiempo en el cual el dueño de El Cayude lo invitaba a participar de las tertulias y lo presentaba como héroe de la última invasión armada contra Juan Vicente Gómez. De ahí le vino la fama de héroe de la resistencia contra el dictador que se propagó por toda la península de Paraguaná y hasta llegó a ser consultado por algunos biógrafos del general Simón Urbina.

Hubo un tiempo en el cual llegó a Paraguaná un míster llamado Lowells. Llegó con su carro de modelo tan extraño que parecía una hormiga, con su propio cocinero, sus perros bien

cuidados y machucando el español. Visitaba algunas tardes El Cayude, conversaba en privado con el general Pelayo y de vez en cuando participaba de las tertulias. El míster era dueño de todas las decisiones en Punta Cardón. Sabía qué piedra se iba a mover, qué cují había que cortar y cuál se quedaría en pie, quién ingresaba a trabajar a la Royal Dutch Shell y cuál sería su salario. Con el míster llegaron las lenguas extrañas y enrevesadas, los aparatos de medición montados sobre caballetes de madera pintada de amarillo. Llegaron máquinas que nunca se habían visto por esas soledades, aplanando y tumbando la anémica vegetación de Punta Cardón y levantando una polvareda que intentaba competir con los médanos. Había llegado el tiempo de los espacios prohibidos, de los portones de hierro, de los sobres engrapados con el salario de la semana y de las fichas que se pegaban al pecho con la foto y el nombre del portador, porque ya nadie conocía a nadie y los paraguaneros empezaron a sentirse forasteros en su tierra. Las cabras ya no marcaban la hora, la marcaba el sonido de las turbinas y las enormes casas de bahareque quedaron a merced del viento cuando los ordeñadores se convirtieron en soldadores y los dueños de hatos se mudaron a las ciudades a disfrutar de la venta de sus heredades convertidas en dólares y libras esterlinas. Las bolsas plásticas empezaron a colgarse de los cardones y a tapizar las cercas metálicas de ciclón. Las soledades de la península se llenaron de torres, tanques y hombres sudorosos con cascos de aluminio, dispuestos a gastar su paga en una sola noche en los bares y mabiles de la naciente ciudad de Punto Fijo. En 1944 el general Isaías Medina Angarita, quizás pensando en su padre Rosendo Medina, paraguanero de Buena Vista, había firmado el permiso para construir las plantas refinadoras de Cardón y Amuay. El petróleo y el gas llegaron a Paraguaná por ríos de tuberías desde el Zulia, surcando los caminos que Pedro Cañate había recorrido en 1931, huyendo de las tropas del general León Jurado.

Una tarde de octubre, don Pedro Cañate, el bienaventurado, el memorioso, el contador de historias, el héroe de la resistencia contra dos dictaduras en Venezuela, a sus setenta y tres años fue nombrado cronista oficial de Tacuato. Esa tarde de 1982, Pedro se sentía el hombre más solo del mundo mientras esperaba su turno. Un frío le recorría la columna vertebral y a lo largo de los diez pasos que lo separaban del pódium hizo un inventario de su vida. Sus manos sudorosas humedecían el discurso. Después de tantos años quería seguir huyendo, pero sus piernas ya no le obedecían. Logró sobreponerse al escuchar las voces que coreaban su nombre y divisó a su hijo, Ramón Cañate Chirino, sentado en primera fila y mostrando en su pecho el carnet de la empresa. Entonces se sintió invicto, cercano a los dioses, merecedor de todos los homenajes y en un arranque de nostalgia por su país de origen, propuso declarar «Hijo Ilustre de Tacuato» a Gabriel García Márquez. La comunicación fue enviada al escritor, que todavía celebraba su premio en Estocolmo bailando la «Cumbia de Buenaventura».

El Tigre

En la angosta y solitaria carretera adelantaron a un viejo camión Fargo negro y con cabeza de hormiga, que arrastrando un maltratado remolque anunciaba con grandes letras rojas: El Gran Circo de los Hermanos Juárez. La vía estaba bordeada de árboles de merey y detrás de ellos los balancines hundían sus picos en la tierra. Muy lejos, entre los matorrales, se divisaba el resplandor de los tanques esféricos de una planta de gas. Los de la camioneta rotulada despedían un fuerte olor a grasa mineral y a sudor de trabajo mecánico y lo dejaron en un edificio de una sola planta que exhibía en su fachada una hilera de pequeños bombillos de colores que, en su intermitencia, dibujaban el pomposo aviso del Gran Hotel Coromoto Suite.

El hambre lo empujó hacia un salón repleto de mesas sin comensales, donde un hombre vestido de blanco aporreaba un piano desafinado, despedazando el «Para Elisa». El mesero lo saludó con su amabilidad profesional y le entregó el menú. El hambre, que es urgencia y no sabe de dietas ni de horarios, escogió el pulpo en su tinta. El mesero se acercó al pianista, este observó la comanda detenidamente, se levantó y miró su reloj de pulsera, encogió los hombros, se puso el gorro de cocinero y se perdió por la puerta del fondo. La espera fue corta a esa hora y a punto de cerrar, era el único cliente.

Esa noche, el pulpo lo envolvió en su tinta y convirtió la cama en un mar negro y tan convulso como el vuelo que lo

había traído hasta ese pueblo del oriente del país. El pulpo, con su tinta y sus tentáculos, se retiró poco a poco y pudo dormir lo que quedaba de la noche.

En la mañana el café le ayudó a entender el mundo y salió para estirar las piernas. El viejo remolcador del Gran Circo de los Hermanos Juárez estaba estacionado en un descampado al lado del hotel. Ya empezaban a armar la carpa. Le sorprendió comprobar que con el circo viajaban gatos, perros y hasta algunas gallinas. Los maromeros hacían su calistenia mañanera.

Había llegado a aquella población petrolera en un avión que se balanceaba, sufría convulsiones y de vez en cuando caía en enormes huecos, como si se precipitara a tierra. El pasajero que viajaba a su lado, pálido y sudoroso, se aferraba al espaldar del asiento delantero como queriendo detener las sacudidas del avión. La voz del altoparlante insistía en el uso del cinturón de seguridad y él, aterrado, se sentía en el territorio de Dios, surcando los cielos a trompicones. Por fin aterrizaron en una pista o corralón cercado de alambre de púas y rodeado de ranchos techados de zinc. Una vez en tierra, recobró su serenidad y regresó a su traicionado ateísmo.

Esa mañana, durante el recorrido hacia la oficina principal, pudo comprobar que la ciudad había crecido al ritmo de la explotación petrolera. Por la urgencia de las cabrias y balancines se improvisaron calles, se amontonaron viviendas y se montaron oficinas para supervisar el petróleo que en los primeros tiempos manaba sin control. Entre los árboles de merey, pudo ver los restos de una pequeña refinería sepultada por el monte. Oleoductos mutilados, zanjas con aceite negro y un aviso que se negaba a desaparecer anunciaba con letras que una vez fueron rojas: Gulf-Peligro no pase. En un baldío había una casa grande y desvencijada que se moría de tedio debajo de una gran ceiba; y entre los matorrales sobrevivían trinitarias todavía floreciendas. Seguro eran los restos de lo que había sido el jardín de

un tal Donald Harrigan o de algún Billy Smith, durante los primeros años del pozo Oficina Nro 1.

En la sede principal de la ahora nacionalizada industria le esperaba el gerente de seguridad industrial en una oficina perfectamente ordenada. Era un hombre alto y demasiado vestido. Lucía un traje gris oscuro y una corbata azul mar con tenues círculos amarillos, en la solapa un botón anunciaba sus años de servicio y más abajo, en el bolsillo del pañuelo, portaba su ficha de identificación perfectamente alineada. A pesar de su cuidada apariencia, sus manos eran grandes y duras, su presencia trasmitía la solidez de una obra de cemento armado y delataba un pasado reciente de obrero encuellador. Después del saludo, consultó el reloj pulsera y anotó en su agenda de escritorio la hora. La entrevista fue corta, solo había que precisar algunos trámites y permisos. Consultó nuevamente su reloj, anotó la hora, le estrechó la mano y dio por terminada la reunión.

Al salir del estacionamiento hacia la planta de gas, se cruzaron nuevamente con el camión Fargo cabeza de hormiga. Esta vez lo acompañaba una voz nasal y chillona que, amplificada por un megáfono, anunciaba la visita del Gran Circo. La gente salía a las puertas de las casas y negocios para ver al viejo y entristecido elefante que trotaba detrás del camión. Media hora después, llegaron al objetivo fotográfico.

INSTRUCTIVO PARA FOTOGRAFÍA INDUSTRIAL

Era un mediodía de enero, luminoso y con un cielo azul sin nubes. Una planta de gas es una estructura industrial de tanques esféricos y tubulares, torres y ramales de gruesas tuberías, pintada de gris claro brillante o blanco. El día era perfecto para las tomas en exteriores, pero llegaron a una hora no muy conveniente. La luz del mediodía no es apropiada para fotografiar instalaciones industriales. Se dedicó a fotografiar las oficinas, la sala de control y a algunos

trabajadores que serían entrevistados. Hizo las fotografías generales de la planta en la tarde, a esa hora mágica cuando la luz cae oblicuamente destacando volúmenes, texturas y produciendo sombras interesantes; siempre cuidándose de incluir en los encuadres a los trabajadores con sus equipos de seguridad. El ocaso le regaló un crepúsculo encendido de rojos y amarillos sobre el intenso azul del cielo y las potentes lámparas de la instalación completaron el cuadro.

Cuando regresó al hotel ya la remendada carpa del circo estaba armada. Niños y adultos esperaban impacientes el espectáculo tomando refrescos y comiendo golosinas. Por los altoparlantes anunciaban al mono cantante, al elefante amaestrado, a la burra bailadora, a los payasos, a los malabaristas, trapecistas y a una mujer que entraba en una estrecha caja de madera y salía de ella convertida en una serpiente hablante. No anunciaban tigres en el espectáculo y las panteras eran gatos domésticos agigantados por el discurso grandilocuente de un *prestidigitador* de la palabra. Algunos jodedores de oficio, que nunca faltan, comentaban que los leones eran perros callejeros con pelucas.

Se conformó con imaginar el espectáculo circense. Tomó una cena liviana y se fue a la cama. Tenía reservación para regresar a su ciudad en el primer vuelo.

Desde su asiento, al lado de la ventanilla, creyó que la turbulencia y el ruido del avión destecharían las casas de zinc que circundaban la pista. A lo lejos pudo divisar la sabana donde crecía silvestre el merey, y cuando el avión giró para tomar su rumbo, observó las instalaciones industriales y la ciudad. Esta vez no hubo mal tiempo, dormitó hasta su destino y soñó que un nuevo campo residencial para personal extranjero se estaba construyendo debajo de un bosque de ceibas y trinitarias.

El miércoles a primera hora, entregó en la Sede de Occidente, las fotografías de la Planta Compresora de Gas de El Tigre.

La línea sísmica

I

Como si fueran pezuñas de animales, la cuadrilla dejaba huellas deformadas por el barro líquido, en aquel sendero que la vanguardia iba abriendo a filo de machete y motosierra. Solo en algunos tramos, donde el sol se colaba entre la maleza, se podía ver una que otra huella clara de las botas montañeras. Paso a paso fueron entrando a la profundidad del pantano. El agua les llegaba a la cintura y los equipos, que cargaban sobre sus hombros y sus cabezas, les pesaban como troncos de madera húmeda. Cuando por fin lograron salir del pantano profundo ya eran las seis y treinta de la tarde y los helicópteros no pudieron bajar a rescatarlos. No había ningún espacio seco y firme. Pernoctaron a la intemperie.

Esa noche quemaron los cascos para espantar los mosquitos, pero a pesar de la pestilente humareda del plástico, los feroces zancudos se convocaron desde todos los rincones de la ciénaga, alborotados y golosos, por la presencia de sangre humana en parajes tan solitarios. Atacaron desde todos los flancos, sin piedad, sin tregua. Pasaron la noche encaramados como gallinas entre las horquetas de los árboles más pequeños, huyendo del agua y la tierra cenagosa habitada por sanguijuelas, serpientes y bichos desconocidos. De vez en cuando, la brisa traía fantasmas de voces inconexas y fragmentos de canciones, como si alguien, muy lejano, intentara sintonizar una radio; eso les daba esperanza. El

viento hacía crujir las ramas de los árboles y se sentían acechados por extrañas criaturas que nunca vieron. Un cambio en la dirección del viento les trajo una mortecina, «Puede ser una res por el tamaño del olor», dijo Juan Contreras. «Mañana veremos la zamurera, ojalá sea una res», comentó Elisaúl Fernández. Rezaron y cantaron en susurros para no alertar a las fieras mayores y para no espantar con sus gritos desesperados a los ángeles y a las ánimas protectoras, a Dios.

Con las primeras luces del día continuaron la marcha. Habían caminado más de tres horas cuando empezaron a escuchar el ladrido de los perros y a percibir el olor a humo de los fogones. Los corazones se alegraron y los estómagos crujieron esperanzados. Llegaron a un caserío sembrado en la margen derecha del río Catatumbo, comieron caliente, descansaron y se comunicaron con el campamento principal. Una lancha de la compañía los recogió a media tarde y fueron trasladados, para su evaluación médica, al campamento principal de Casigua El Cubo. Ahí habían sido contratados todos los integrantes de la cuadrilla exploradora que llegaron de La Fría, Orope, Encontrados, Santa Cruz, Santa Bárbara del Zulia y otros pueblos del Sur del Lago, atraídos por la ventaja del salario petrolero.

II

La nueva exploración geológica le daba a Casigua El Cubo un renovado ritmo minero. Durante el proceso de contratación, los aspirantes a obreros se sentaban en cualquier esquina, comían de las ollas que un enjambre de adolescentes llevaba sobre sus cabezas, anunciando a gritos las frituras, el picante, los guarapos, las arepas y el café. Por la noche dormían entre la chatarra petrolera de un galpón abandonado cuyo patio estaba enmontado e inflamado de los malos olores del cuerpo.

Día tras día, esperaban al empleado de la compañía que con su dedo índice señalaba los nuevos contratados: «Tú, tú, tú y tú también, vengan conmigo». Era como un juego de azar. Los que no tenían la suerte de ser marcados por el dedo del empleador veían marcharse a los seleccionados y se sentaban a esperar desconcertados hasta que la conversa y el chiste oportuno les devolvieran las esperanzas. Tal vez mañana el dedo de la suerte se detendría en algunos de ellos.

La Compañía había instalado un campamento a orillas del río Catatumbo, desde donde empezaron a abrir trochas y a caminar por humedales y pantanos, guiados por mapas que les habían suministrado los geólogos. Cargaban pesados equipos sobre sus hombros; se movían en columnas por los estrechos senderos que la vanguardia abría entre la maleza pantanosa. Las cuadrillas de obreros estaban acompañadas por técnicos, que con equipos sofisticados señalaban los posibles yacimientos que la onda expansiva de las explosiones de dinamita parecía detectar. Durante seis meses caminaron por las pantanosas tierras del suroeste del lago.

III

Un proyector brillaba y se apagaba a intervalos irregulares lanzando imágenes de mapas y fotografías sobre una pantalla blanca. El punto rojo del láser viajaba dentro de las imágenes apoyando la explicación que suministraba el geólogo jefe. Las caras de los asistentes se iluminaban al ritmo de la proyección y todos anotaban en sus agendas. El jefe de geología informó que había que grabar 3.674 kilómetros de línea sísmica en los estados Zulia, Mérida, Trujillo y Táchira. Aseguró que los primeros estudios confirmaban la posibilidad real de nuevos yacimientos de petróleo liviano. Se habían perforado los primeros pozos exploratorios y dos de ellos estaban produciendo gas en abundancia.

Comentó el supervisor del departamento que el único incidente que se había presentado durante la exploración en el Sur del Lago, había sido la negativa de las comunidades barí, que no dieron el permiso para explorar en sus tierras. Argumentaban que detrás del petróleo venía el carbón con sus minas a cielo abierto y las consecuencias, para ellos, era la pérdida de sus territorios de siembra y caza.

La expectativa era enorme. La información de los resultados y los posibles hallazgos no serían del conocimiento público hasta que la junta directiva de la empresa y el gobierno lo autorizaran. Toda información en los medios internos de la empresa tenía que ser revisada minuciosamente antes de su publicación.

Un viernes en la tarde, la gerencia de yacimientos ordenó levantar el campamento del río Catatumbo y trasladar al personal experimentado al piedemonte trujillano.

IV

A tres mil pies de altura el aire era frío. Algunos pueblos y caseríos dormían. A la derecha se divisaban las cabrias en el lago y en la lejanía, sobre la Sierra de Perijá, la intermitencia del relámpago del Catatumbo. Las montañas de Trujillo permanecían todavía en sombras y dibujadas por el contraluz solar. El rugido del rotor y el tableteo de las palas del Ranger producían un sonido monótono y ensordecedor que superaba la protección auditiva. Se comunicaban por señas. Volaban sin las puertas traseras del helicóptero para facilitar el registro fotográfico.

Después de media hora de búsqueda, vieron la columna de hombres que se movían entre la vegetación de un potrero cercano a Sabana de Mendoza. Algunos llevaban rollos de cables amarillos sobre sus hombros. Los que iban en la vanguardia abrían una trocha con machetes y motosierras, otros llevaban un teodolito. El piloto intentó un acercamiento en el momento

en que la columna se introdujo en un pequeño bosque, pero dos explosiones simultáneas, a lo largo de tres kilómetros, los obligó a alejarse del lugar. Cuando la columna de hombres salió del bosque, Carlos hizo las primeras fotografías y se intentó un nuevo acercamiento para aterrizar. El terreno estaba anegado y el helicóptero se mantuvo detenido dos metros sobre la tierra para que Carlos saltara con sus equipos fotográficos. El agua le llegó por debajo de la cintura y sus botas se enterraron en el barro.

Caminó con el grupo de trabajadores hasta un sitio seco donde tres hombres taladraban la tierra con una larga mecha movida por un motor a gasolina, y colocaron un explosivo conectado a un largo cable que llegaba hasta la carpa donde estaba el técnico con el sismógrafo. Dos vacas que curioseaban desde un potrero vecino salieron espantadas por la explosión y los pájaros se alejaron en bandadas.

Desde la punta de la columna, de donde se escuchaba el chischás de los machetes y el rugir de la motosierra abriendo camino, trajeron a un hombre con una mordedura de serpiente. Se le había caído el machete y cuando se inclinó para recuperarlo, una serpiente rabo amarillo lo mordió en su mano derecha. El hombre estaba pálido, tenía el rostro desencajado, el miedo le salía por los ojos; apretaba la mano derecha con la izquierda implorándole a Dios y sudaba copiosamente. El helicóptero aterrizó de emergencia y el hombre fue trasladado al dispensario de Sabana de Mendoza.

Se llamaba Juan Contreras, era uno de los primeros macheteros reportados en Casigua El Cubo. Era hombre de campo y conocía el peligro de una mordedura de ese tipo de serpiente. Elisaúl Fernández lo ayudó a subirse al helicóptero. Eran amigos. Tenían meses compartiendo calamidades metidos en el monte, cargando cables, explosivos y abriendo trochas para completar la investigación geológica y ganarse el pan.

El equipo se repuso del accidente. Los capataces ordenaron continuar el trabajo y Carlos pudo planificar la mejor imagen de su jornada fotográfica. Con un 40 mm montado en una Hasselblad, organizó la fotografía. La parte superior del fotograma estaba enmarcada por la rama de un árbol de la sabana; debajo y en primer plano, la vegetación del potrero; en el centro del encuadre tres hombres abrían un agujero en la tierra con una gran mecha; a la derecha, varios obreros se alejaban cargando rollos de cables amarillos colgados sobre sus hombros y un poco más lejos, los macheteros abrían la trocha y el topógrafo observaba por el teodolito. En el centro de la imagen y en un tercer plano, el helicóptero dejaba caer una red con equipos. Al fondo, en la lejanía, las montañas del piedemonte trujillano. Todo rodeado de una vegetación exuberante y verde.

Dos horas después Carlos dormitaba en el helicóptero de regreso a Lagunillas, el aire ya no era tan frío.

V

Primero fue el lugar de encuentro de dos ríos, el Zulia y el Catatumbo; con el tiempo se transformó en la gran encrucijada entre el puerto de Maracaibo, el Táchira y el Norte de Santander. En esa población de encuentros llamada Encontrados, se vieron por primera vez. Ambos tomaron el mismo transporte que los llevó a Casigua El Cubo y el mismo día fueron reportados para trabajar en la Western Geology Ltda. Era el año 1984.

Juan Contreras venía de Orope y Elisaúl Fernández de Santa Bárbara del Zulia. Juan era un hombre de campo, acostumbrado a jalar machete y garabato. Elisaúl, aunque era fuerte como una ceiba, tenía el aspecto y la amabilidad de un dependiente de bodega. Habían llegado a ese pueblo fronterizo, fundado por el petróleo, en busca de trabajo, de una buena paga. La noticia de que una empresa gringa estaba contratando personal se había regado

por todos los pueblos y caseríos del Sur del Lago de Maracaibo. Los hombres llegaban a Casigua El Cubo y pernoctaban donde podían, y con sus menguados recursos comían cualquier cosa mientras esperaban su turno. En las calles de ese pueblo donde todo huele y sabe a gas, se comentaba que la compañía buscaría petróleo en los pantanales del río Catatumbo.

Elisaúl y Juan fueron asignados a la misma cuadrilla y trasladados al campamento del río Catatumbo. Después de una instrucción básica de dos días, empezaron a trabajar de obreros en la línea sísmica. Juan fue asignado al equipo de macheteros, los responsables de abrir la trocha en el monte y Elisaúl, ayudante de topógrafo. En el monte hicieron amistad; una amistad laboral, pero reforzada por los riesgos de un trabajo duro y peligroso.

En diciembre de 2011 habían pasado veintisiete años desde la primera vez que los dos hombres se encontraron en el terminal de pasajeros de Encontrados y la casualidad quiso que se encontraran nuevamente en el mismo sitio.

—Carajo, amigo —dijo Elisaúl—, nos volvemos a ver, después de tanto tiempo. ¡Ya veo que no pudo contigo la rabo amarillo de Sabana de Mendoza! Mirá, este es mi muchacho, el que me parió la mujer cuando andábamos por aquellos montes buscando petróleo.

—Y en el mismo sitio nos encontramos —dijo Juan— que vaina es la casualidá. ¡Qué días aquellos, compadre! Esos musiúes de la Güester se fueron pa'l carajo hace años y nunca más han vuelto por estos laos... yo voy a veces a Casigua.

—Y vos como que andáis buscando trabajo.

—No, amigo Elisaúl, ya uno no está pa' esa vaina tan brava. Tengo un sitio poraquí cerquita, estoy trabajando en una tumba con dos de mis muchachos, vamos a sembrar maíz... o lo que se dé, pues, pa' esa vaina esta tierra es muy buena; después que me picó esa diabla en los potreros de Sabana de Mendoza, me vine pa' mi monte a trabajar la tierra. Esos musiúes de la Güester no

me dieron ningún arreglo, me dijeron que yo había sido el culpable por quitarme los guantes. ¿y vos, en qué andáis?

—Tengo un negocito, una bodega allá en Santa Bárbara. Vine hoy a Encontrados a consultar una señora curiosa, dicen que sabe mucho. Es que ya tengo males de viejo, mi amigo, pero... sí me puedo tomar una cervecita para celebrar el rencuentro, mi muchacho nos acompaña.

—Eliézer, Eliézer es mi nombre, papá. Mire, señor Juan, tengo toda la vida escuchando a mi padre hablar del día que se quedaron a dormir en la ciénaga y los zancudos se los comieron, los helicópteros no llegaron y todo eso.

Juan se tomó un trago largo de cerveza y miró al muchacho:

—Carajo, ¡esa noche yo estaba como palo e' gallinero!, bien asustao que estaba, por no decir otra cosa... yo rezaba bajito pa' que no me oyeran los demás, porque todos eran unos mamadores de gallo, aunque, quien salió fuñío fue tu padre, dejó los pantalones pegaos a un higuerón que habían cortado con la motosierra, se le pelaron las nalgas y lo llevaron al campamento en una camilla acostado bocabajo. Y usted, amigo Elisaúl, ¡termine esa cerveza carajo! ¿Hasta dónde llegó con la Güester?

—De Sabana de Mendoza, al poquito tiempo que a usted le picó la culebra, nos fuimos a El Vigía; ahí la compañía montó una oficina y nos mandaron a trabajar a un pueblo llamado Chiguará, esa vaina sí que es fría, mi hermano, algunas veces había tanta neblina que uno no veía al compañero que iba adelante, son unos cerros arrechísimos. En ese pueblo tuve un accidente en un carro de la empresa y me pensionaron gracias al sindicato y a mi mujer, que peleó con la empresa.

El muchacho miró a los dos viejos y preguntó por centésima vez en su vida:

—Ajá, ¿y por fin consiguieron petróleo?

—Y que perforaron dos pozos que solo botaron gas —dijo Elisaúl.

—En Colombia están perforando, aquí cerquita, en la frontera —interrumpió Eliézer.

Juan Contreras se tomó el último trago de cerveza y mirando hacia la calle, dijo:

—Esa vaina de si hay o no petróleo, por ahí, por donde anduvimos quebrándonos el lomo, solo lo sabe Dios y los musiúes de la Güester.

Crónica de un viaje

Lo que se recuerda ha sido salvado de la nada.
JOHN BERGER

John Todo empezó con un telegrama. Lo trajo un hombre flaco, descarnado y vestido de kaki que venía montado en una bicicleta, llegó casi al anochecer. La misiva ocasionó un estallido de llanto en mi madre y una cara de preocupación en mi padre. Inmediatamente se empezaron a hacer los preparativos del viaje. En la noche solo se escuchaba el trasiego sollozante de mi madre y el ajetreo de los preparativos. Llegaron algunos vecinos con las condolencias en el rostro. Susurraban palabras de aliento y caminaban como temiendo despertar a alguien. Inútil precaución, nadie dormía.

Apenas amaneció, emprendimos el viaje hacia El Vigía por una carretera asfaltada, circundada de verdes campos divididos por alambres de púas, sembrados de pastos y habitados por vacas que rumiaban satisfechas después del ordeño.

Al llegar a El Vigía, en la gran encrucijada, tomamos el camino de la izquierda, cruzamos el puente sobre el río Chama y con las montañas a nuestra derecha, emprendimos el tortuoso viaje por una carretera en construcción, las piedras saltaban impulsadas por las ruedas del automóvil y golpeaban la carrocería. En algunos tramos de la carretera, grandes máquinas cubiertas de polvo removían la tierra y el granzón que

transportaban una hilera de camiones. Hombres con sombreros y trapos que les cubrían la mitad de la cara, dirigían con pañuelos rojos los pocos carros que se atrevían a transitar. La polvareda se metía por las ventanas cerradas de nuestro automóvil. Solo la exuberante vegetación del piedemonte andino agregaba algo de placer al recorrido.

«Caja Seca», a pesar de su nombre tan árido, fue el primer oasis que calmó nuestra sed.

Ya en esa época, los campesinos comenzaban a bajar de los andes merideños y trujillanos para poblar las márgenes de la carretera Panamericana, seguros de que con el tiempo se convertiría en una importante vía para negociar su producción.

En Agua Viva hicimos una parada obligada por la sed, el combustible y la Guardia Nacional que nos hizo bajar del carro y caminar por un sendero cercado y estrecho, con piso de aserrín húmedo. Tiempo después, supe que se trataba de un método de desinfección para combatir la fiebre aftosa en los bovinos. En Agua Viva comenzamos a alejarnos de las montañas trujillanas, el paisaje empezó a cambiar, la vegetación ya no era tan verde.

Al anochecer llegamos al infierno. Las calles del infierno estaban recubiertas por una capa de asfalto reblandecido por el sol. El infierno estaba iluminado por chorros de candela que salían de la tierra a través de tubos y al lado de estos había grandes y negros zancudos de metal que balanceándose incrustaban sus picos en la tierra. Todo estaba inundado de aceite negro, la tierra, el aire y los hombres que caminaban sudorosos con cascos de metal en sus cabezas. Era un paisaje de máquinas, torres, camiones cargados con materiales, construcciones improvisadas y en desorden. Había bares con extraños nombres luminosos que intentaban competir con los mechurrios, con los fuegos del infierno. Todo hacía pensar que esa gente había llegado ayer y se irían mañana. Todo parecía transitorio.

El radio de nuestro automóvil exhalaba una voz pausada y pastoral que, acompañada de música sacra, anunciaba: «Con toda piedad y reverencia, transmitimos, *El Minuto de Dios*. Oh, María, sin pecado concebida...».

Pero el infierno también tenía su paraíso. Los culpables del caos, los dueños del infierno, vivían separados en casas con jardín, rodeadas de grama y espacios para la diversión iluminados por focos eléctricos. Eran zonas residenciales protegidas con cercas de alambre que impedían el paso y permitían la mirada. Vitrinas para exhibir una forma de vida pulcra, casi escenográfica. Espacios por donde se desplazaban los dueños del infierno en su paraíso privado, con sus niños y sus mujeres rubias vestidas con ropas ligeras y blancas. Eran casas y oficinas de rápida construcción y fáciles de desmontar.

Pasamos la noche en casa de un hermano de mi padre, en Cabimas, con el olor del petróleo pegado a las narices, a las ropas y al cuerpo. Nosotros, que veníamos del perfume de los verdes campos, del rumor del agua del río, de la algarabía de voces en un malecón inundado de frutas, de los samanes cargados de pequeñas flores rojas, del olor a bosta, de las noches oscuras y estrelladas. Éramos los montunos, los zulieros.

El telegrama seguía imponiendo su urgencia y al despuntar el alba fuimos recibidos por dos buchones que miraban con curiosidad el automóvil de nuestro padre, mientras abordábamos el ferry que nos conduciría a nuestro destino. Ahora respirábamos el olor salobre del lago y al acercarnos a la borda, el agua nos mojaba el rostro y las ropas. La gran ciudad se acercaba al ritmo lento de la embarcación. Desembarcamos en un puerto repleto de gente y de gritos.

En la avenida principal de la urbanización Urdaneta, nos esperaba una casa llena de gente triste. Mi corta estatura de niño me hacía sentir entre un bosque de piernas y zapatos. Todos vestían de negro y en la sala había un féretro oscuro donde

reposaban los restos de mi abuela materna: Josefa Sánchez de Fernández. Solo en ese momento entendí la urgencia y la conmoción que produjo la misiva que un hombre enjuto y en bicicleta llevó una tarde a nuestra casa de Santa Bárbara del Zulia.

Nunca vi a mi abuela en vida. La recuerdo con su cara redonda, sus ojos hermosos y tristes, en una fotografía que por siempre conservó mi madre.

Río de Oro

La vida está hecha de retazos.
LEONIA DE SAN PEDRO, MUÑEQUERA

Allá, lejos, una tenue luz amarillenta empezaba a perfilarse entre las montañas todavía en sombras. En pocos minutos las serpentinas amarillas, naranjas y rojas, pintaron de colores el cielo del amanecer. La mañana estaba aclarando, el sol iluminaba el camino, el aire todavía era frío y empezaba el ir y venir de automóviles con vacacionistas. Algunos anunciaban en el parabrisas trasero y pintado con letras blancas, el lugar de salida y su destino.

La radio apaciguaba la tensión de la carretera y yo cambiaba de estación para evitar los cantos gregorianos y la música procesional que me adormecía. Afortunadamente, en estos tiempos que corren no todas las emisoras respetan el rigor religioso. En los tiempos de mis abuelos a nadie se le ocurría el sacrilegio de salir de viaje, se quedaban en el pueblo para asistir a los oficios religiosos, participar en la escenificación del Vía Crucis con túnicas y barbas postizas y el domingo quemaban a Judas. La gente se reunía para comer con la familia y los vecinos. Así hemos sido desde que los europeos nos impusieron su religión y luego trajeron a los africanos con sus dioses. Mezclamos nuestra sangre y nuestras creencias con la de los españoles y los africanos y terminamos convertidos en la contradicción que hoy

somos. En nuestro ser se debaten, permanentemente y según las circunstancias, lo indígena, lo español y lo africano en una guerra sin victorias ni derrotas.

«Música de muertos es lo que ponen en estas fechas», decía mi padre y mi abuela lo miraba con ojos de regaño y le replicaba: «No seas falta de respeto, muchacho».

En eso pensaba conduciendo mi automóvil por una carretera a esa hora ya muy transitada. Cada cierto tramo había un operativo de prevención que le agregaba tensión al recorrido. «Este año hasta los caucheros se fueron de viaje», pensé en voz alta. Miré de reojo a mi compañero de viaje y noté que, por primera vez en todo el recorrido, ensayó una sonrisa que se apagó rápidamente.

Mi abuela decía que durante la Semana Santa al que se bañara en la playa le salían escamas de pescado, y no se debía comer carne roja porque es como si te comieras el cuerpo de Cristo. La recuerdo como si la estuviera oyendo cuando lo decía con voz fuerte para que todos la escucháramos:

—Solo una sola vez que yo recuerde, el arzobispo de Caracas permitió que se comiera carne roja el Viernes Santo y eso fue cuando mandaba Gómez. Vino de visita un petrolero gringo muy importante y para agasajar al musiú, que era carnívoro, monseñor Castro, por orden del general, suspendió la prohibición. Ahora esta vaina es un relajo, ¡todo el mundo hace lo que le da la gana! ¡Hasta se bañan en las playas casi desnudas! ¿Será que Dios se olvidó de nosotros? Hoy a nadie le salen escamas y la gente come toda la carne roja que le da la gana.

Habíamos salido de Valencia antes de que despuntara el sol y a mediodía me percaté, por las señales que me hacían los carros que venían de frente, que todavía llevaba las luces encendidas. Transportaba a un compañero y a unos pertrechos en un falso construido en el maletero del automóvil. No sabía el nombre ni el seudónimo de mi acompañante; lo había

recogido esa madrugada en una esquina de Naguanagua, con la contraseña acordada en la reunión de la noche anterior. Nos saludamos con un apretón de manos y unos buenos días entre dientes. No hubo conversación entre nosotros hasta la entrada de una estación de servicio inundada de mariposas amarillas. Ahí escuché por primera vez la voz de mi compañero de viaje: «¡Carajo!, aquí estuvo Mauricio Babilonia».

Cien Años de Soledad nos acompañó varios kilómetros, pero la novela fue abandonada prudentemente para evitar que la conversa girara en torno a asuntos personales, las normas de seguridad imponían una disciplina rigurosa.

Antes de llegar a San Felipe nos desviamos a la derecha, hacia Yumare y pasamos frente al T.O.5. Siempre que pasaba por ese teatro de operaciones sentía un escalofrío e instintivamente fustigaba el motor. El compañero se bajó con el contenido del falso en un tramo solitario de la carretera, antes de la entrada de Aroa y se internó en el monte. Se alivió el morral, ahora solo quedaba la tensión del *espichao* caucho de repuesto. Seguí en compañía de la radio, hablando solo y pensando en mis abuelos.

Mi abuelo me contó que él había trabajado con las petroleras en los primeros tiempos de Lagunillas. Me decía que eso de salir de viaje los días festivos es una costumbre que trajeron los gringos. Primero se impuso en los campos petroleros y luego se fue extendiendo por todo país, cuando los trabajadores del petróleo, desincorporados o de vacaciones, regresaban a sus lugares de origen y llevaban nuevas y modernas costumbres a sus pueblos. Ellos nos enseñaron a *turistiar*, como decía mi abuela, y nos vendieron con el equipo de turista, la cámara Kodak Instamatic «que libera de ansiedad a los adictos al trabajo y proporciona un suave simulacro de ocupación laboral». Sonreí ante este comentario de Susan Sontag que había leído en unos de sus libros y acaricié la cámara fotográfica que siempre llevaba entre los dos cojines del carro. Ya en ese tiempo yo había

empezado a ser un hombre de mirada inquieta, como si todos los objetos, luces y sombras fueran una novedad interesante.

Pensaba y tarareaba «... noo sé deciirte cómo fuee...» acompañado de la melodiosa voz de Benny Moré y en lo mejor de la canción «... coomo fueee...», en esa parte donde yo aventajo al Benny y lo dejo como un cantante de bar de mala muerte, sentí un fuerte sheeep, plas, pun y casi pierdo el control del automóvil. Otro caucho, ¡carajo!

Seguí avanzando con la esperanza de conseguir ayuda, pero fue inútil, tuve que detenerme, afortunadamente, frente a una casa solitaria a orillas de un río. Me senté en la baranda del puente y una vaca que pastaba a orillas del río me miró con curiosidad como preguntándome: ¿y? Un niño corrió gritando hacia el improvisado rancho construido en una pequeña colina, muy cerca del río y la carretera. Del maizal salió un hombre que dejó la escardilla reclinada en un horcón y se me acercó con pasos desconfiados, al tiempo que su mujer se asomaba a la puerta del rancho llamando al niño.

El campesino miró el caucho desinflado y entrando en confianza me dijo:

—Carajo, pariente, poraquí no hay quien componga cauchos, en Aroa sí, pero ya la dejó atrás y Duaca está muy lejos, le falta mucho pa' Duaca, ¿sabe?

—No tengo repuesto, amigo, hace varios kilómetros que vengo rodando con ese caucho espichao, alguien se parará y me ayudará, estoy seguro, es Viernes Santo. ¿Este río cómo se llama?

—Yo me llamo Ramón, para servirle, señor, sí, Ramón es mi nombre, este es el Río de Oro, así lo mientan. Los viernes santos sale pallá bajo el puente, una culebra de oro, poreso se llama Río de Oro. Esa bicha tiene toíto el cuerpo lleno de escamas de oro, magínese usté, el que le eche mano se vuelve rico, pues. Yo vivo aquí en esta soledá con mi mujer y mi muchacho porque la

estoy cazando, si la llego a agarrá me hago rico pa' toa la vida. La Semana Santa pasá la vide, me le balancé encima y solo le agarré una escama que un turco de Aroa me cambio por un vestido pa' mi mujer y unos pantaloncitos pa' mi carajito. Hoy es Viernes Santo, hoy la voy a coger con el favor de diosito. Cuando el sol se ponga bajito y ese río brille yo la voy agarrá, sí, señor. Sale a la hora que llaman poraquí la hora de los espantos, pero a mí no me espanta naíta esa hora, pariente.

Ramón era un hombre de pocas carnes, como si la piel le apretara los huesos, de edad indefinida, ojos expresivos que brillaban cada vez que hablaba de la culebra de oro, su cuerpo despedía un fuerte olor a monte y a tierra húmeda recién arada. Yo escuchaba su fantástico relato y le hacía señales a los automóviles que pasaban hacia Barquisimeto. Por fin llegó la ayuda esperada, pronto caería la tarde. Una familia de vacacionistas se paró y muy amablemente me prestaron su caucho de repuesto, que para mi suerte era igual al mío. Un joven que viajaba con la familia me acompañó en el siguiente trayecto, hacia Barquisimeto.

Escuchaba la cháchara de mi nuevo acompañante y pensaba en el trayecto recorrido desde Valencia, en el camarada que se internó en el monte y que seguramente todavía no había llegado al campamento, en mis abuelos, en el que Benny seguro estaría cantando a través de alguna emisora que no se sintonizaba por estos caminos y en Ramón, el campesino del Río de Oro.

Después del Eneal entramos a un tramo de la carretera sembrado de sisal de lado a lado. En el horizonte se asomaban las serpentinas encendidas de rojos, amarillos y naranjas sobre un cielo azul intenso y pensé nuevamente en Ramón. Lo imaginaba debajo del puente, pendiente de los reflejos del crepúsculo sobre la corriente del río, acechando detrás de una enorme piedra la mítica presa que representa su futuro y el de su familia,

pendiente, sin pestañear, porque la culebra usa los reflejos del cielo para ocultarse, eso también me había contado.

Cuando llegamos a Barquisimeto se empezaban a desvanecer los colores del cielo.

Caía la noche.

La deuda de sangre

Había comenzado su viaje debajo de un cielo estrellado y una luna llena que iluminaba el camino. El día llegó sin darse cuenta y la luna lo acompañó hasta muy avanzada la mañana. La noche anterior había soñado con una tragedia y un camino que se perdía en la sabana reseca.

Al mediodía se refugió del sol bajo la sombra de un cují y, mientras bebía agua, miró hacia el camino que era como una cicatriz seca, desgastada, circundada de arbustos, tunas y cardones. El sol hacía brillar la tierra caliente y una cabra encaramada sobre la blancura de una de las tres tumbas del pequeño cementerio lo miró con aprensión, como disculpándose por pisar terreno sagrado. El hombre se calzó las alpargatas y se dispuso a continuar el viaje. Había dejado atrás el hito fronterizo y el viento, a ratos, le traía el olor salobre del mar. Supo que nadie había pasado en horas por aquel camino porque las palomas se apartaron en estrepitoso vuelo rasante y los pájaros huyeron hacia el cardonal cercano.

A lo lejos divisó un torbellino que se acercaba a toda velocidad y que poco a poco se convertía en un camión de estacas cargado de envases de gasolina y de paisanos que al pasar a su lado lo saludaron a gritos agitando los sombreros. El camión y los gritos desaparecieron dejando una nube de polvo que cubrió la vegetación agreste y le dejó en la boca un sabor a tierra y a peligro. Por un buen rato siguió viendo el camión de los

traficantes que desaparecía en el horizonte y envuelto en la tolvanera.

Siguió su camino, ahora sabía que estaba muy cerca del ojo de agua. El sendero se hizo arenoso y en su andar vacilante, sin esfuerzo aparente, las alpargatas a cada paso recogían arena en la parte trasera y la levantaban en pequeñas ráfagas. El sudor le bajaba por la espalda y le empapaba la pretina del pantalón, ahí llevaba «la nueve» que ya empezaba a molestarle, la tocó y la dejó en su sitio, sabía que estaban descargando barcos en Portete y los contrabandistas andaban por las trochas y veredas con sus camiones, su polvareda y sus gritos, que más que saludos, eran advertencias para el silencio. Herminio pensaba: «Dentro de poco empezaré a escuchar el tiroteo de mis hermanos de sangre, los hijos de mi madre. Más adelante, el viento me traerá el olor de los fogones, de la carne de chivo asada». Tenía hambre.

Después del mediodía se cruzó con tres mujeres que acarreaban agua en dos burros, venían del jagüey. Sus mantas se agitaban con el viento y sus caras estaban protegidas del sol por un espeso maquillaje. Dos paisanos de su clan lo acompañaron el resto del viaje y llegaron al caserío al final de la tarde, donde amigos, conocidos y familiares comían y bebían para despedir a su sobrino que ya había empezado el viaje sin retorno hacia Jepirra, por el largo camino de los muertos. La madre del difunto comandaba el grupo de mujeres que preparaban comida en la enramada que era el fogón; otras se turnaban para llorar y rodeaban la urna cubriéndose la cara con toallas o pedazos de tela. Muy cerca algunos hombres sacrificaban y destazaban chivos para el asado, otros pelaban cocos y trasegaban el agua en recipientes donde se preparaban las bebidas para calmar la sed de los asistentes. Los únicos condenados a muerte, hasta ese momento, balaban amarrados debajo de un cují cercano al fogón.

Vio al abuelo acostado en su chinchorro, se lamentaba de estar vivo todavía a pesar de su avanzada edad. En estos tiempos, decía: «Los paisanos mueren tiroteados por los alijuna en cualquier camino o esquina». Por cuarta vez habían tomado «prestado» el ataúd que compró hace algunos años para estar preparado cuando por fin su alma abandone el cuerpo cansado. Los niños también se lamentaban, habían perdido uno de sus juguetes preferidos, ahí donde se escondían o jugaban al muerto. «Ya traerán una nueva urna —dijo el mayor—, siempre lo hacen después del velorio».

Por el camino de Los Filúos seguían llegando paisanos. Algunos traían chivos y ovejas, otros, camionetas cargadas de cocos, licores y mujeres convocadas para llorar. Llegó también el palabrero con malas noticias: «El matador se niega a pagar la suma en dinero o en animales que exige la familia».

Todos los asistentes al velorio se voltearon a mirar a los tíos maternos del difunto. Estaban bebiendo *chirrinchi* debajo de una enramada, muy cerca del corral de los animales y a cada rato probaban sus armas disparando al aire. Ante la noticia que trajo el palabrero, abordaron un camión y se alejaron a toda velocidad por el rumbo de Los Filúos. El camión se perdió rápidamente en el horizonte dejando un remolino de polvo y arena. Una mujer, la más vieja, dijo: «Todo comenzará de nuevo».

Había empezado a caer la noche.

La gripe española y otros espantos

La primera vez que sonó la campana a media noche, todo el pueblo dormía. Solo Josefa Sánchez no había pegado un ojo pensando en el viaje que emprenderían muy pronto. La cantina de Balmiro Badell había cerrado y los parroquianos que la frecuentaban se habían ido a sus hogares con pasos vacilantes. Josefa se asomó a la ventana, vio a Balmiro caminando los cincuenta pasos que lo separaban de su casa y vio la sombra cuando apagó la luz de su cuarto. Veintitrés minutos después, sonó el campanazo. A esa hora en la calle no había ni un alma y algunos perros aullaron sorprendidos. Se encendieron luces de miedo en algunas ventanas, pero se fueron apagando poco a poco, en secuencia. El pueblo quedó nuevamente en silencio.

Josefa se quedó esperando otro campanazo, pero no sucedió, esto la asustó aún más y sacudió a su esposo, que despertó rezongando y con voz soñolienta dijo:

—Mañana veremos, Josefa. En la casa del coronel debe estar el policía de punto.

La mujer insistió:

—Los fantasmas y los ladrones no salen de día, Emiliano, hay que espantarlos, o agarrarlos en la noche. Mañana hay mucho que hacer con lo del viaje y el policía solo cuida al coronel Reyes, no a los vecinos, ese gocho es un cobarde con todo y máuser.

Emiliano se incorporó de la cama, sabía que no había manera de convencer a su mujer y con mucha calma, empezó a vestirse.

Josefa insistió:

—A esa velocidad, te saldrá el sol en media calle y solo alcanzarás a espantar las palomas que se cagan en el confesionario.

Cuando llegó a la iglesia solo escuchó el gorjeo de las palomas y pensó que era imposible que estas pudieran mover, en su vuelo, el pesado badajo de la campana. Al salir, alcanzó a ver al policía que lo miraba desde el jardín de la casa del jefe civil y se retiró lo más rápido que pudo a pesar de su cojera. Se le había espantado el sueño y encontró a su mujer sentada en la cama comiéndose las uñas y rezando un Ave María. Cuando lo vio entrar preguntó:

—¿Qué pasó?

—Nada, duérmete, mujer... amanecerá y veremos.

La noche transcurrió en calma y el día amaneció soleado. Todas las conversaciones giraron en torno al campanazo de media noche. Todo el pueblo acudió a la bodega de Emiliano Fernández; fueron hasta los que no tenían nada que comprar. Todos con su versión y sus sospechas. A media mañana llegó el jefe civil con la excusa de comprar cigarrillos. Emiliano dijo con sorna y sin mirar a la primera autoridad:

—No había nadie en la iglesia... y no hay palomas campaneras —y mirando de reojo al jefe civil comentó—. Debe ser el alma de Aquiles, que anda en pena.

El pueblo retomó su rutina. Ya habían llegado las primeras piraguas y lanchas con pescado fresco. Los piragüeros, con su conteo cantarino, apilaban los plátanos en la orilla de la playa. Algunos pasajeros traían noticias de una rara epidemia llamada la gripe española. Dijeron que se había desatado en Maracaibo y en las tierras pantanosas del Sur de Lago. En casa del Ratón y su mujer, la Gata, se estaba exprimiendo el coco rallado para el aceite. Se regaban las barbacoas de cebollas y cilantros. Algunas mujeres conversaban en los fogones mientras otras lavaban ropa en los patios. La Chira, más flaca que nunca,

más peleona que nunca y grosera como siempre, andaba de casa en casa ofreciendo sus cocadas y besitos.

Después del mediodía, libre de clientes averiguadores y brolleros, el cojo Emiliano se dedicaba a improvisar versos y componer décimas para los amigos y no tan amigos, con su humor corrosivo de siempre:

«He visto en este lugar una cosa particular/ una gata y un ratón viviendo en el mismo hogar/ de allí saldrán ratoncitos y gaticos por doquier y el pueblo se llenará de dichos animalitos».

Al final de la tarde llegó a la playa un bongo con varios enfermos. Venían de las tierras pantanosas del Sur del Lago, regresaban al pueblo buscando recursos contra esa desconocida enfermedad llamada gripe española. En la tarde les dieron cristiana sepultura a dos de los recién llegados y sonaron varios campanazos, esta vez, llamando a misa de difuntos.

La gente empezó a asociar los campanazos de media noche, que se hicieron recurrentes, con los enfermos que llegaron del sur y con los nuevos difuntos que reinauguraron el olvidado cementerio, en un pueblo donde hacía mucho tiempo que no se moría nadie. Todos se acordaron del fotógrafo español que llegó un día al pueblo, nadie sabe cómo, y se fue, sin que nadie supiera cuando. Llegó con su cámara minutera y su trípode de madera pintado de rojo retratando a todo el que se dejara y pagara. El español era un hombre mal humorado que deambulaba por el pueblo con sus aparatos procurando su clientela. Tenía el índice y el pulgar de la mano derecha amarillentos a causa de los químicos fotográficos y los de la izquierda, por el cigarrillo que nunca apagaba y que además le servía para marcar el tiempo del revelado. Los niños lo perseguían por todo el pueblo para averiguar por qué aquel hombre que olía a vinagre, metía su brazo hasta el codo en una manga negra y miraba constantemente su cigarrillo, hasta sacar de su caja mágica un pequeño papel con la cara del fotografiado. Vivía solo en un cuartucho

alquilado muy cerca de la playa, por el rumbo donde algunas noches se escuchaba un espanto que en el pueblo llamaban «El Hachero». Por la noche se le escuchaba cantar en un extraño idioma que un viajero reconoció como catalán. Cuando se supo de la gripe española ya se había ido y la mayoría de los que se retrataron quemaron sus retratos por miedo a contagiarse a través de ellos de la mortal enfermedad. El cuartucho donde vivió, el poco tiempo que permaneció en el pueblo, fue derrumbado y quemado y empezaron a escucharse nuevamente los golpes de «El Hachero» tumbando árboles imaginarios.

Entre campanazos, golpes de hacha, gripe española y un jefe civil autoritario, vivían atemorizados los habitantes de San José de Potreritos. Algunos preparaban embarcaciones para marcharse a las prometedoras tierras de Concha, Santa Bárbara y Encontrados, donde fundarían haciendas productoras de caña de azúcar y conucos plataneros.

Una mañana, después de una noche de desvelo, Emiliano le dijo a su mujer:

—Esta noche voy a matar o a espantar al campanero, carajo... sea quien sea y después nos iremos de este pueblo para no verle nunca más la cara a ese gocho de mierda.

A media noche, después del campanazo, sonó un estampido magnificado por el silencio del pueblo y la resonancia de la iglesia. El jefe civil huyó hacia la playa pensando que era la revolución anunciada desde siempre y la gente salió a la calle espantada. Frente a la iglesia, el cojo Emiliano, con un crucifijo en el pecho, gritaba blandiendo su escopeta de cacería:

—¡Se jodió el campanero! ¡Ahí lo tienen, pues!

Y tiró sobre la calle polvorienta un búho de tres kilos de peso y casi una vara de alto.

El adiós

Cuando don Emiliano Lubo llegó, todavía no estaba servido el desayuno. Antes de llegar a la cocina, ya Graciela había escuchado el sonido seco de su bastón sobre el piso encementado y su respiración de fuelle roto. Nunca tocaba la puerta de la calle. Su larga amistad con la familia Barboza le daba el derecho de entrar sin pedir permiso. Con su vozarrón de sordo, dijo:

—Me dijeron que el compadre está enfermo y vine a verlo.

—Pasá, Emiliano, estoy vivo todavía —contestó Vitelio desde la oscuridad de su habitación.

Hacía apenas dos días, Vitelio estaba limpiando de abrojos y malas hierbas la barbacoa de la cebolla y el cilantro. Canturreaba y silbaba viejas canciones de piragüero, miraba hacia el lago tratando de descubrir, inútilmente, una piragua de las tantas que había conocido y navegado en su vida, y hoy, sorpresivamente, vino a la cocina a decir que no le dieran más comida, que estaba cansado de comer y de vivir, que ya tiene tantos años que no quiere seguir contándolos, que muchos amigos lo han abandonado y los recuerdos se le enredan cada vez más en la cabeza y en la lengua. Que desde que dejó de capitanear *La Diáfana* y esta naufragó al chocar con un taladro, se ha estado muriendo a pedacitos y que quiere morirse de una vez por todas. Quiere ser un cadáver sano, apacible, sin el rictus que suelen llevar algunos difuntos, como si con ello pudieran aferrarse a la vida. «Cuando ya no aliente, quiero que la gente

me mire sin sobresaltos, sin miedo, como cosa natural», eso dijo y argumentó el abuelo para convencer a Graciela, su hija mayor, de su última decisión en esta vida, quién sabe si le tocará tomar otra allá donde va. El viejo habló con mucha serenidad, sin amargura, casi con una sonrisa y cuando lo dijo se sintió libre. Llevaba, como siempre, una toalla colgada al cuello para enjugarse el sudor y todo esto lo dijo a pesar de que el fogón estaba inundado del sabroso olor del arroz de maíz, su comida preferida.

Mientras el abuelo argumentaba, llegaron los muchachos corriendo desde la playa. Venían con los pies y los cabellos embarrados de petróleo y al escuchar las palabras del abuelo, se pusieron a girar sus índices alrededor de las orejas y a atragantarse de risas para que el viejo no los oyera, porque nadie en la casa tomaba en serio lo que estaba diciendo. Solamente le creyó la centenaria ma'Carlota que, a pesar de su ceguera, logró encontrar los fósforos para prenderle velas a una fotografía de la última campaña electoral del maestro Prieto, creyendo que se trataba del doctor José Gregorio Hernández. Una de sus hijas, América, casi tan vieja como ella, pero vidente a pesar de su incipiente catarata, y con ese tono de voz alargado de los que habitan a orilla de playa, logró convencerla de que no era al Siervo de Dios a quien le estaba encomendando el alma de su esposo: «Miarma, ma'Carlootaa... ese es el orejón Prieto, ese que nunca llegará a presidente».

A la hora del almuerzo, Adán Chirinos, el telegrafista del pueblo, llevó la noticia a su casa. Conocía desde siempre a Vitelio Barboza, era su vecino y quedó impactado con el mensaje que ese día trasmitió a Santa Bárbara de Zulia: «Papá se echó a morir. Urge presencia».

La noticia de que Vitelio había decidido morirse se regó en todo el pueblo y los caseríos cercanos. Era el hombre más viejo de La Cañada. La gente que acudía a verlo trataba de

convencerlo para que desistiera de su propósito, otros lo hacían por morbosa curiosidad. El incendio de una torre petrolera, que se veía por las noches desde la playa, había dejado de ser noticia y la gente hacía vigilia frente a la casa de los Barboza para ver al hombre que había decidido, en su sano juicio y cuerpo, morirse. Jugaban largas partidas de dominó y barajas, los contadores de chistes tuvieron un buen auditorio para lucir su humor y hubo que cerrar la casa para evitar tantas visitas. Ante esta medida, Vitelio suplicaba: «Déjalos entrar, Anisolina, no importa, he pasado mucho tiempo de mi vida solo y ahora que me voy, quiero verlos a todos». El cura párroco, amigo de la familia desde los tiempos en que las piraguas cruzaban el lago y anclaban en las costas de El Carmelo, intentó disuadirlo de su determinación con oraciones y juicios bíblicos:

—Es un pecado el suicidio, amigo Vitelio.

A lo que este contestó:

—Pecado es seguir vivo después de los cien años, le estoy haciendo el trabajo a Dios, él se olvidó de mí. No sienta pena por mí, ya estoy bastante mayorcito como para saber qué quiero hacer con mi vida o con lo que me queda de ella.

Un telegrama urgente llegó a la casa de los Barboza en Santa Bárbara de Zulia. Lo llevó un hombre flaco, moreno, vestido de kaki y montado en una bicicleta con una pequeña cesta en el volante; era miércoles. En la mañana del siguiente día, los Barboza se desplazaban en automóvil por la recién inaugurada carretera Panamericana. En la tarde ya habían llegado a los campos petroleros. Llegaron a El Carmelo en la noche, a esa hora, casi todo el pueblo hacía vigilia frente a la casa. Vitelio todavía estaba despierto, esperaba.

El viernes amaneció lluvioso y Vitelio permanecía en su cama sin probar alimentos, así había estado toda la semana. En la madrugada del sábado soñó que navegaba en *La Diáfana* por un río circundado por una vegetación brillante y magnífica.

Sentía el agua al desplazarse debajo de la piragua, veía cada uno de los árboles, las nervaduras de las hojas y los insectos posándose sobre ellas, los pájaros, patos, monos, caimanes, los peces, salían a la superficie para verlo pasar y los conuqueros lo saludaban a su paso. Fue un viaje maravilloso que terminó en un puerto solitario y sin piraguas. Desde la orilla opuesta, su amigo, el cojo Emiliano, lo saludaba y le decía adiós, agitando la mano izquierda levantada sobre su cabeza.

El héroe del pueblo

Un hombre de piel negra y cuerpo atlético nadaba a contracorriente, sumergiéndose y emergiendo a distancias imposibles. En pocos minutos, las orillas del río y el puente se llenaron de curiosos que contenían la respiración cada vez que el negro Juan se sumergía, y cuando salía a la superficie, después de un prolongado buceo, respiraban aliviados.

El viajero andino que vendía purgantes y vermífugos en una camioneta ranchera cargada de grandes frascos bocones, llenos de lombrices de todos los tipos y tamaños, comentó: «Ese hombre se ahogó, lleva mucho tiempo bajo el agua».

Justo en el momento en que Chamaquito cruzaba el puente luciendo su uniforme de Boy Scout y marchando a la cabeza de sus niños exploradores, el negro Juan emergió del fondo del río con el cadáver de su compañero de borracheras. El jefe explorador, con mirada, voz y gestos severos, reprendió a algunos niños que intentaron romper filas para participar del espectáculo.

Esa noche, los habitantes de San Carlos y Santa Bárbara del Zulia presenciaron un extraño velorio. En unos escalones que servían de embarcadero, Juan veló al infortunado Luis Becerra, sin cajón y sin cura, rodeado de velas, carteritas de caña y borrachos que le daban largos tragos de ron al difunto y le recordaban viejas parrandas. Algunos intentaron ayudarlo a levantarse para salir a visitar los bares que aún permanecían abiertos. Al día siguiente cuando los funcionarios de la municipalidad

llegaron para encargarse del entierro, los dolientes recitaban un disparatado Padrenuestro con inflexiones de discursivas y liderados por la palabra vacilante del negro Juan.

Nativo de los pueblos costeros del Sur de Lago, desde muy temprana edad se había convertido en un excelente nadador en las playas de Bobures. Huyendo del paludismo y de su destino de bracero en los sembradíos de caña de azúcar, emigró a Santa Bárbara del Zulia donde se desempeñó en múltiples oficios: boxeador por deporte y en búsqueda de la gloria, peón de hacienda, matarife del matadero municipal, pescador, bebedor por el gusto de andar borracho, buzo sin escafandra y rescatador de ahogados.

Antes de que se construyera el desvío del río, Santa Bárbara era paso obligado de los ahogados en tránsito hacia el lago de Maracaibo. Cadáveres sin nombre, desconocidos que viajaban por el río desde caseríos cercanos o montes lejanos. El viaje sin regreso hacia el lago podía ser interrumpido por algún obstáculo en la vía, la mirada delatora de algún pescador de anzuelo, un estibador del puerto, o algún pasajero de una piragua en tránsito hacia Maracaibo. Juan, por encargo de la municipalidad y previa carterita de caña blanca, se encargaba de limpiar la basura y los cadáveres de animales enredados entre los troncos y ramas, que la corriente traía desde tierras lejanas y depositaba en las columnas del puente Simón Bolívar.

Vivía y bebía en las orillas del río, entre los pescadores, piragüeros y caleteros. Comiendo en las fritangas de pescado, esperando el momento para entrar en acción y convertirse en espectáculo y héroe mientras duraba el rescate. Entre sus múltiples hazañas se cuenta la de haber vencido a cinco wayúu en una pelea que duró dos horas y que atrajo a los jugadores de barajas, loterías de animalitos y galleros que apostaban según se iba desarrollando la batalla. La mayoría perdieron sus apuestas, Juan venció a los wayúu que quedaron tendidos en el malecón.

Cuando la borrachera no le hacía perder las piernas y el rumbo, dormía en un cuartucho a orillas del caño de La Carmela. Ahí guardaba los trofeos que rescataba del fondo del río: una dudosa espada de conquistador, herramientas antiguas que apenas se les conseguía forma por el óxido y que seguramente habían pertenecido a la empresa que construyó el viejo puente de madera, un grillo de los usados en tiempos de Gómez para inmovilizar a los presos, una bicicleta de las primeras que llegaron al pueblo, botellas, propelas, piezas del antiguo ferrocarril, cadenas de todos los tamaños, pedazos de hierro de diferentes formas que su imaginación convertía en cañones, arcabuces y armaduras españolas. Apenas quedaba espacio para el destartalado catre cubierto con trapos de dudosos colores y sus ropas colgaban en desorden entre aquel mar de objetos que él consideraba su colección privada. Juan era un hombre feliz, con esa felicidad de la gente sencilla. Era el héroe de los muchachos del pueblo.

La última vez que lo vieron rescatando a un ahogado, sus pulmones ya no tenían la resistencia de otros tiempos, pero su ingenio y determinación eran invencibles. Montado en una canoa rastreaba el fondo del río con una cabilla de seis metros a la que había amarrado anzuelos de pescar separados entre sí veinticinco centímetros. Además de atrapar el cadáver, ese día enriqueció su colección con la cantidad de objetos que sacó.

Las personas que se habían concentrado en la orilla del río a verlo trabajar, lo aplaudieron en silencio y con tristeza para no ofender al difunto rescatado del fondo del río.

Días de radio

La pelota huía del grupo de niños. La perseguían sin tregua ni descanso por el terreno polvoriento y accidentado.

Jugábamos con muy pocas reglas y mucha pasión. Éramos bailarines que danzábamos sin zapatos, detrás de un improvisado balón, sin árbitro, sin tribunas, sin reloj y hasta el cansancio, o hasta que los gritos de nuestras madres exigieran nuestros servicios de mandaderos, el cumplimiento de los deberes escolares, o simplemente ejerciendo su autoridad materna. La cancha era un terreno baldío, sin grama, sembrado de piedras que desviaban la pelota y complicaban las jugadas. En cada extremo, y a manera de porterías, colocábamos dos peñascos con una zancada de separación. La pelota tenía que pasar al ras del suelo para que se considerara gol.

Cuando lográbamos esquivar a dos o tres oponentes y hacer un gol, nos sentíamos herederos de los grandes goleadores como Pelé, y mientras corríamos alrededor del imaginario campo gramado, escuchábamos el griterío del público festejando nuestra hazaña. Conocíamos los campos de fútbol europeos por los afiches, a todo color, que Dante Perrotta tenía pegados en la pared de su barbería, al lado del cine Royal.

Pasábamos las tardes, después del colegio, corriendo detrás de la pelota, exigiendo pases, gritando y protestando las trampas y faltas de nuestros contrarios. En el fútbol, los contrarios, siempre son tramposos.

—¡Eso no es gol, pasó por el aire, eso es trampa!

—Mano, la agarró con la mano, ¡yo lo vi, chico!

—Verga, es que vos te la echáis de Garrincha, ¡coño, pasá la pelota, mijo!

—Patiá la pelota, no a mí, ¿qué te pasa?

Los domingos íbamos al estadio a ver el entrenamiento de los italianos y suizos de la fábrica de leche en polvo. Algunos domingos jugaban contra equipos que venían de pueblos vecinos, todos con sus uniformes impecables, sus balones número cinco, redes en las porterías y árbitros que seguían las jugadas con sus pitos brillantes colgados del cuello. Veíamos el partido desde los bordes de la cancha, no había tribunas. Corríamos detrás de los balones que se salían del cuadro, para patear aquellas bellezas de cuero negro y blanco, devolverlos a la cancha y mostrar nuestras habilidades de futuros goleadores.

Un viernes 22 de noviembre del año 1963, justo en el momento cuando nos zamparon un gol y el goleador festejaba alrededor del campo seguido de sus compañeros, la madre de Alcides, delantero de nuestro equipo, emergió asustada de su casa y desde el umbral grito con todas sus fuerzas y su miedo:

—¡Alcidiitooo, Alcides Alberto!, muchacho, métase pa' la casa, que mataron a Quenedí. Ay, Dios mío, yo no sé qué va a pasar, muchacho. Lo están diciendo ahorita mismo por la radio.

Todos nos miramos sorprendidos y Betulio comentó:

—Parece que los Semprún mataron a otro.

Evaristo, el mayor de todos, el más enterado, dijo:

—Y debe ser familia de Alcides, porque la señora Luisa está muy asustada. Los Semprún andan desatados por ahí matando gente. La semana pasada mataron a un guardia nacional en El Guayabo y ayer tirotearon al portugués que vende arepas en la orilla del río.

Ese día, todos nos fuimos temprano hacia nuestras casas. Alcides se llevó la pelota... era su pelota.

Yo me fui corriendo y saboreando el sudor que me caía de la frente. Pateaba cada pote, cada cartón de leche que conseguía en la calle sin asfalto. Las puertas abiertas de algunas casas expulsaban las voces de enloquecidos locutores que anunciaban el asesinato, a tiros, de un tal Quenedí. Eran voces que parecían llegar desde muy lejos y se animaban con el tintineo de una insistente campanita.

Y yo seguía mi jugada, pateando potes y creyéndome un gran centro delantero.

Antes de llegar a mi casa entré al taller del viejo Jordi. Me gustaba oír sus cuentos de la guerra civil española y todas las peripecias por las que pasó para salir de su país. En su huida había llegado a Nueva York, y en un bar, una noche de tragos, escuchó voces en su lengua y se sentó en una mesa con varios marinos venezolanos que festejaban el regreso a su país. Bebió y cantó con ellos hasta que perdió el conocimiento y cuando lo recobró, navegaba de polizón hacia La Guaira. Tres meses después estaba reparando zapatos en la calle Aurora. Su paisano, Ignacio Aguirre, le alquiló un espacio que le servía de casa y taller, donde vivió muchos años.

El viejo Jordi, al que todos considerábamos un sabio, tenía la radio encendida como todo el mundo en esos tiempos y me aclaró, muerto de risa, que habían matado a Kennedy, al presidente de los Estados Unidos y los Semprún nada tenían que ver con esa muerte. La campanita de la radio se enloquecía y un locutor, impostando la voz, anunciaba:

—Dallas, Texas, hoy a las 12:30, fue baleada la caravana presidencial y el presidente Kennedy recibió dos impactos de bala en la cabeza. El mandatario murió en el hospital Parkland de esa misma ciudad...

Desde ese día me aficioné a escuchar las noticias por la radio y siempre lo hacía en el taller del viejo Jordi, porque él me ayudaba a interpretarlas y me prestaba sus libros. Un día, Jordi

desapareció sin dejar rastro, ni libros, ni dirección y durante mucho tiempo el taller de zapatería permaneció desolado. Con los años se convirtió en una frutería que llamaba a sus clientes con cumbias y vallenatos a todo volumen.

Por las tardes seguíamos jugando futbol y llegamos a formar parte del equipo juvenil patrocinado por los suizos de la fábrica de leche en polvo.

Nunca hice un gol.

El círculo del recuerdo

Era su recuerdo más antiguo, como si hubiese nacido con él y lo llevara pegado a las rodillas, codos y manos, a sus ojos. Algunas veces pensaba que solo era una jugarreta de su imaginación.

Se veía recorriendo un entablado de madera, cada junta, cada poro, cada protuberancia, cada mancha era la figura de algo, de alguien. Una fila de hormigas caminaba en disciplinada y nerviosa formación. El grupo de avanzada llevaba sobre sus cabezas una pequeña cucaracha que intentaban meter por un orificio de la madera. La presa combatía la furia organizada de sus captoras, pero ya era tarde, empezaban a desmembrarla. Una araña se acicalaba y frotaba sus patas delanteras con avidez antes de saltar sobre una mosca que solo tenía ojos para las migajas que caían de la mesa. La araña se movía rápidamente para situarse fuera del alcance visual de los múltiples ojos de su posible víctima. Otra fila de hormigas se perdía entre las juntas de la madera hacia la tierra húmeda, debajo de la casa. Desde su perspectiva, miraba a los adultos que reían, hablaban y comían, sin ocuparse de él, que ya había dejado el tetero en un rincón para gatear y curiosear por aquel extraño piso de madera que resonaba a cada salto de sus hermanos mayores. El piso empezó a vibrar repentinamente y supo reconocer el sonido de una locomotora que, arrastrando sus vagones, avanzaba velozmente cerca de la casa de madera. Sabía de aquel sonido, había nacido en un pueblo con ferrocarril. Habían hecho un largo viaje

en automóvil hasta llegar a esa comarca arbolada y rodeada de cañaverales. A ese maravilloso piso de madera habitado por diminutas criaturas.

El piso de madera desapareció en brazos de su madre, que ahora caminaba por la tierra húmeda. Las frutas maduras caían aquí y allá con un sonido mojado y esparcían sus pulpas tibias por la tierra encharcada. Con los años, ese recuerdo se fue haciendo neblinoso y distante.

Por alguna razón que no llegaba a comprender, el recuerdo lo asaltaba cada vez que su madre evocaba en voz alta su juventud de casada, mientras miraba los pájaros que cruzaban en bandadas el cielo rojizo del atardecer, en dirección a los sembradíos de caña, para quedarse a anidar en el gran pantano de Juan Manuel de Aguas Claras y regresar el día siguiente a sus comederos de siempre; en un ir y venir sin tregua. La memoria de su madre se iba navegando con los pájaros migrantes:

—Salimos del pueblo en un bongo. En la desembocadura del caño Garcitas vimos la huella del gran río Chama apartando las aguas del lago para penetrar en él. Lo vimos bajar desde las montañas merideñas, majestuosas e implacables. En el muelle de Bobures, abordamos un ferrocarril oloroso a papelón y a trabajo, que nos llevó hasta el Central Azucarero del Batey. Por las ventanas del vagón de pasajeros, veíamos pasar los sembradíos de caña, los obreros de torso desnudo y el brillo de los machetes cortando el aire para caer sobre los tallos de la caña quemada. Era el tiempo de la zafra y las cenizas navegaban en el aire. Antonio y yo, recién casados, ocupamos una casa de madera en la colonia Palo de Flores, del Central Azucarero. También eran tiempos de malaria y los obreros morían de paludismo en los barracones. Algunas noches el viento que llegaba del lago traía desde Bobures o Gibraltar, el lejano e intermitente retumbar del chimbangle.

Fue esa nostalgia evocadora de su madre la que lo impulsó, muchos años después, a conocer la colonia Palo de Flores. Desde el camino circundado de cañaverales divisó a lo lejos el espacio cercado. Una isla de árboles dentro del cañaveral. Sus ochenta años todavía no le restaban ligereza y caminó entre las pequeñas casas de madera y entre los vetustos árboles frutales que todavía dejaban caer sobre la tierra húmeda, sus mangos, aguacates y guayabas. Conversó con algunos vecinos, todos descendientes de trabajadores negros que cortaban la caña y que hoy siguen haciéndolo. El viento del sur traía ráfagas de caña quemada. La curiosidad lo hizo empujar la puerta de una casa deshabitada y al entrar se vio gateando en el piso de madera. Había completado el círculo del recuerdo.

El regreso

Para Rubén Darío, mi nieto emigrante

Corría, sudaba jugando al fútbol con mis amigos en la improvisada cancha de siempre, en el terreno baldío. Este recuerdo nunca me ha abandonado desde que salí de mi país, de mi ciudad, de mi barrio, de mi tierra caliente, pero, sobre todo, fue recurrente durante el viaje de diecinueve horas a través de los departamentos de Santander y Boyacá hasta Cundinamarca. Fue una travesía llena de dudas, miedos y certezas.

Hoy, pocos minutos antes de despertarme, soñaba con el sol abrasador de mi tierra. Al sentarme en la cama desapareció el sueño, el intenso frío me enfrentó a la realidad. Ahora vivo en el país vecino, en una ciudad fría, habitada por gente que exhiben una amabilidad reglamentaria y distante; una forma de hablar más para ocultar que para decir. Aquí no existe el acercamiento del tuteo, todo empieza con un usted, que, en mi mundo caribeño, es distancia y en mi hogar, regaño.

Como casi todos los días, en esta neblinosa ciudad, cae una persistente lluvia que ayuda a resaltar los verdes y ataca los bronquios con implacable puntería. Voy envuelto en mi abrigo impermeable y sobre la ciclovía pedaleo hasta llegar a la cafetería, a mi trabajo.

Preparo la cafetera industrial Milano y coloco todo en su sitio para empezar la faena del día. Mientras limpio la barra con

un paño húmedo, miro hacia la calle, observo algunos transeúntes caminando de prisa —de afán, como dicen aquí— y pienso: «Es inútil, aunque corran siempre se mojarán». La mayoría explayan paraguas sobre sus cabezas. Son tantos —los paraguas— que me imagino que pueden enredarse en una maraña de alambres y telas para producir el primer embotellamiento peatonal en el mundo, capaz de paralizar una gran ciudad. Tal vez algún aventajado candidato a la alcaldía —en la próxima campaña electoral— prometerá implementar una ley que regule la distancia permitida para el desplazamiento de los portadores de paraguas y así evitar futuras trancas peatonales. Todo tiene solución en el discurso de los políticos en campaña, como si los pueblos vivieran de promesas.

Los clientes empiezan a entrar a la cafetería. En ese momento —casi siempre— recuerdo uno de mis primeros días en este trabajo: llegó una señora de unos 60 a 65 años y me dijo: «Hola, veci, ¿me regala un café con leche?». A pesar del acento bogotano, supe inmediatamente que era venezolana; en Colombia, tinto es un café, y café, es café con leche. Mientras le preparaba su «café con leche», le pregunté: «¿Quiere el café bien caliente como el sol de Maracaibo?». Me miró sorprendida, se quitó los lentes y preguntó: «¿Eres maracucho?». Me abrazó y con los ojos llorosos dijo: «¡Qué bueno ver a alguien de allá!». Eso pasó hace más de seis meses y no he olvidado el rostro de la señora. Algunos intentamos escapar de la xenofobia ocultándonos en un acento prestado, pero nuestra patria siempre sale a flote hasta por los poros. Todos los días espero a la señora del «café con leche». No ha regresado.

Algunas noches sueño que hago el viaje de regreso y, como un film en reversa, veo pasar por la ventana del autobús hermosos paisajes y gente que desde la orilla de los caminos me sonríe agitando sus brazos. Yo saco la mitad de mi cuerpo para saludarlos. Ya no me atemorizan los retenes policiales, se van

quedando atrás desdibujados por la velocidad del autobús. Ya no me preocupan las diecinueve horas de viaje, el regreso siempre es más corto.

Sueño que voy llegando a mi tierra, a mi hogar.

Los durmientes

La habitación hubiese estado completamente oscura de no ser por la luz de los relámpagos, que como cuchillas entraban por las rendijas de los durmientes del antiguo ferrocarril, ahora convertidos en techo. El calor era agobiante. Le costaba conciliar el sueño. La almohada le sofocaba. Bruscamente, la tiró al piso y se oyó un ruido aplastado. Cuando por fin se durmió, empezó a vivir en un tiempo pasado, en un sueño fragmentado, un inconexo inventario de su vida, de sus andanzas de niño y adulto que se mezclaban en un solo espacio. En el sueño los recuerdos propios y ajenos se desplegaban como un film en reversa, sin conexión. Iban y venían en un tiempo inventado por una imaginación inconsciente...

... durante un viaje que nunca hizo, las imágenes de pueblos y caseríos pasaban velozmente por la ventana del vagón. Los ejes chirriaban y el contacto de las ruedas con los rieles producía un traqueteo metálico, discontinuo y adormecedor. Los durmientes se acercaban y se alejaban velozmente. El aire olía a grasa y a hollín...

... en otro tiempo y espacio, esta vez adolescente, se bajó de un autobús amarillo, cruzó la plaza con sus amigos de siempre y se sentaron a comer helados en La Nacional. Giuseppe Gentile les sirvió las barquillas, mientras su mujer rescataba a su hijo Giovanni, que gateaba entre las mesas. Un italiano recién llegado tocaba un violín de mesa en mesa, con el temblor que le imponía la melodía, al mismo tiempo que una joven robusta y blanca como la leche daba

alaridos interpretando el aria de una ópera tan dramática como incomprensible. Comían helados y se reían hacia adentro sorprendidos por el dramatismo de la pareja y por aquella melodía tan triste, tan desconocida, en un pueblo de rancheras y boleros, cumbias y vallenatos...

En la madrugada lo despertó la urgencia por el baño y pudo comprobar, contra todo pronóstico, que la lluvia no acompañaba a los relámpagos que todavía se colaban, ahora con menos intensidad, por las rendijas de los durmientes. Regresó a la cama. Siguió soñando...

... había un revuelo, una algarabía en el puente, en el malecón de las piraguas, en las orillas del río; alguien gritó: «¡Un ahogado!... falsa alarma». Arrastrado por una lancha rápida, Giovanni, el hijo de los Gentile, flotaba con dos esquíes y pasaba a toda velocidad entre las columnas del puente Bolívar... era como en el cine...

... la vio cruzar el puente sobre el río, era joven y hermosa... comprendió que jamás podría alcanzarla, pero la siguió por calles oscuras y solitarias; al despertarse, en el sueño, la mujer estaba dormida a su lado... y descubrió satisfecho que ya era suya...

Al amanecer soñó con el traqueteo metálico, discontinuo y atormentador, de una locomotora que pasaba por el techo de la habitación. Dos hombres ennegrecidos por el hollín recuperaban los durmientes y los depositaban en un vagón. Se despertó sobresaltado, se sentó en la cama, encendió la luz de la lámpara y miró por la ventana para comprobar que el viejo vagón de ferrocarril todavía estaba hundido en el pajonal del potrero.

Todo había sido una pesadilla.

Juan Mendoza

Algunos domingos llegaba Juan a nuestra casa con un enorme pescado que asomaba la cabeza desde una bolsa plástica y nos miraba de reojo con una mirada desorbitada, como pidiendo perdón. Juan se hacía dueño de la cocina, tasajeaba el pescado con una hachuela y después de un no muy largo ajetreo, lo convertía, gracias a su ingenio y creatividad, en un manjar que degustábamos, o, mejor dicho, nos hartábamos. Escuchando sus aventuras culinarias en otras tierras y mirando sus movimientos en la cocina, pensé que el pescado había salido de uno de sus cuadros y al sentirse fuera del agua, o del cuadro, incómodo y atrapado en una bolsa plástica, tenía los ojos desbordados y el cuerpo inmovilizado del susto.

Uno de esos domingos, dueño de nuestra cocina, empezó a contar: «Un día de 1968, me tropecé en una calle de París con una pancarta, que, en manos tan jóvenes como las mías, anunciaba: "Artistas e intelectuales revolucionarios con los estudiantes"; alrededor de cincuenta mil manifestantes recorrían el trayecto de la estación de Lyon a la Bastilla. La policía les cerró el paso y comenzaron a levantar barricadas donde lucharon hasta el amanecer». Experimenté en París, me dijo, el efecto de los gases lacrimógenos. Habían empezado las manifestaciones del Mayo Francés, la huelga más importante de la historia de Francia y de la Europa Occidental, cuya onda expansiva llegó

a todos los rincones del mundo e influenció los movimientos estudiantiles de Latinoamérica.

Otro día Juan me contó que Woodstock era un hervidero de gente de la más variada pinta y aspecto. «No pude llegar hasta la tarima, había más de cuatrocientas mil personas».

Hoy, leyendo *El Laberinto de la Soledad* de Octavio Paz y con Juan dándome vueltas en la cabeza, recuerdo cuando lo conocí. Estaba llegando de Méjico y dejaba escapar de vez en cuando un «hijo de la chingada» o un «híjole». De él escuché por primera vez la palabra pachuco, que según Octavio Paz es un «vocablo de incierta filiación, que no dice nada y dice todo». Méjico había sido su última parada antes de regresar a Venezuela, después de un largo periplo por Europa y Estados Unidos. Fueron años dedicados a recorrer países y museos, años de amoríos fugaces, de una vida intensa presenciando y participando de los acontecimientos políticos y culturales más importantes de los años sesenta y setenta. Sus zapatos pisaron con ahínco cada calzada, cada rincón, cada museo visitado; sus ojos fijaron cada paisaje urbano; su vida fue un rico deambular por países y salas de exposición rodeado de la solidaridad de nuevos amigos vinculados a la creación artística. En Méjico se reencuentra con su espíritu latinoamericano y adopta algunas expresiones coloquiales que lo acompañaron toda la vida.

Juan Mendoza regresó a Maracaibo a mediados de los años setenta y encuentra El Saladillo convertido en una larga plaza, donde deambulan por las noches los fantasmas de los viejos saladilleros buscando sus hogares destruidos por la piqueta del centralismo, apoyada por la alcahuetería interesada de inversionistas locales y de los gobernantes regionales. Los planificadores urbanos jamás entendieron esa abigarrada fila de casas de múltiples colores y los inversionistas locales solo vieron la tierra desocupada y sus cuentas bancarias.

En Maracaibo, Juan despliega su pasión por la narrativa, por la crónica y comienza una obra donde los frisos, gárgolas, ventanas y calles de El Saladillo toman vida en sus cuadros, que con el tiempo empiezan a llenarse de lago, de su fauna fantástica e imaginaria y de personajes tomados de los pintores regionales y universales. Juan Mendoza se convierte en un cronista de la ciudad y su lago. En un cronista de sí mismo al dejarnos, en una novela inédita, un inventario de su paso por Europa, Estados Unidos y Méjico.

Tuve la suerte de fotografiar su obra durante años, desde las fachadas y frisos de Maracaibo, hasta la obra multicolor del lago y su fauna fantástica. Lo retraté en la placidez de la amistad y comprobé que su rostro estaba detenido en el tiempo. Un día se me ocurrió que podía tener en algún armario clausurado un retrato al óleo pintado por Basilio Hallward.

Un domingo llegó Juan a nuestra casa con un enorme pez rojo navegando en un cielo azul estrellado. Yo, o mi retrato, cámara en mano, miro al pez; mientras, Leonor conversa con una extraña ave que se asoma por la esquina de una casa de colores saladilleros y una gárgola desagua en el lago de Maracaibo; todo rodeado de animales inverosímiles y frutas voladoras.

El pez rojo que nada en el azul estrellado del cuadro, con los ojos saltones, sigue esperando a Juan Mendoza. Nadie le ha dicho que no regresará.

Emerio Darío Lunar

Un hombre de traje negro, corbata a rayas, pelo largo y barba, cara redonda, ojos grandes y mirada triste, posa delante de un enorme basurero que se pierde en un infinito de balancines y torres; a lo lejos está el lago manchado de aceite negro bajo un cielo blanco sin nubes. La imagen fue tomada alrededor de 1969 por Paolo Gasparini. El hombre que posa es Emerio Darío Lunar.

En esos tiempos Cabimas todavía era una ciudad campamento donde hombres con cascos de aluminio acarreaban tubos y se transportaban en camiones cargados de maquinarias por calles encharcadas de agua y aceite negro. En las noches reinaban los burdeles y bares con avisos luminosos que intentaban competir con los mechurrios. Se tomaba mucho aguardiente y se bailaba con mujeres que también habían llegado de otras tierras y eran nombradas con apodos petroleros tales como La Rompe Tuercas, La Cabria, La Remolcadora o La Encuelladora.

Lunar nació y vivió siempre en Cabimas, una ciudad de calles sin aceras, un espacio permanente que nunca ha perdido el carácter provisional.

Fuera de su casa, n.º 109 de Las Cabillas, ardía el sol que Lunar negaba cuando decía: «El sol de Cabimas está en otra parte». Vivía aprisionado en su caverna platónica. Su obra era la negación del desastre urbano que lo rodeaba, cuya transitoriedad de campamento lo hacía aún más cambiante y

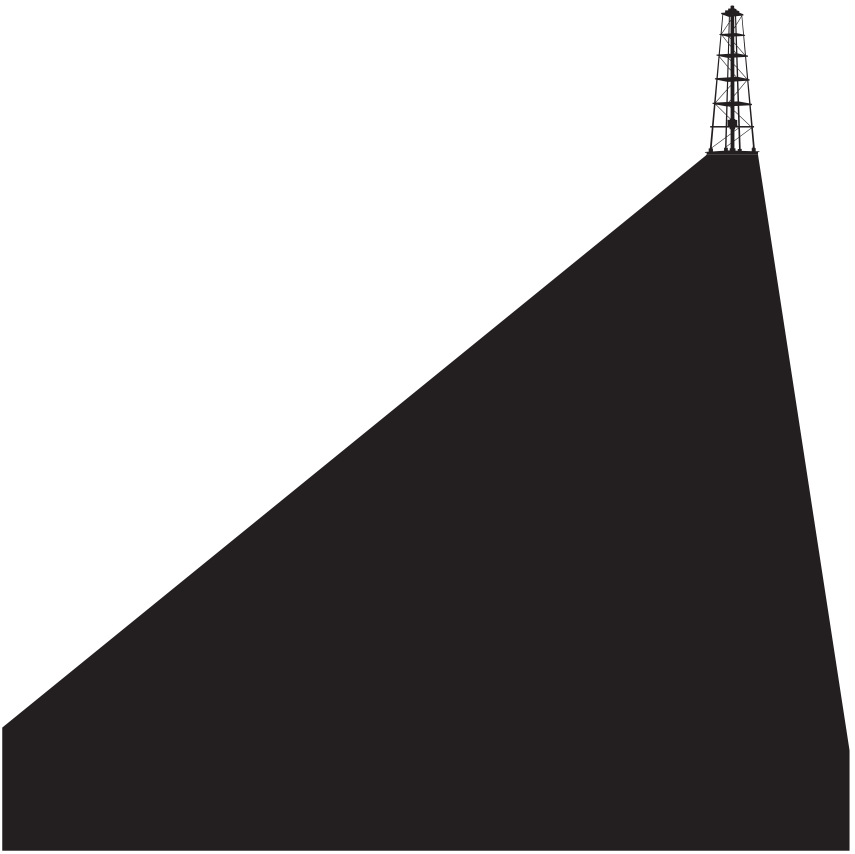
desordenado. En oposición a ese caos, el artista creaba su propio paisaje caracterizado por un orden arquitectónico interior, metódico y suntuoso.

La habitación-taller del pintor era un espacio mal iluminado. En un gran salón donde se respiraba el olor de la pintura industrial y la trementina, el artista pintaba sentado sobre una gavera plástica de refrescos; custodiado siempre por el retrato pictórico de sus padres, vestidos para la ocasión, y por mujeres fantasmales y vaporosas, que parecían posar para una fotografía en paisajes fantásticos o arquitecturas de aires funerarios.

En la casa de ese sector con nombre de patio de materiales –Las Cabillas– visité a Emerio Darío Lunar, un día del año 1983. Tenía el propósito de hacerle unos retratos para ilustrar un reportaje que publicaría un periódico de circulación nacional. Contrariando las advertencias de algunos interesados en monopolizar su amistad, o sus cuadros, Lunar me recibió con gran amabilidad y excelente humor. Previa carcajada me dijo: «Si no me hubieras dicho que sois hermano de Ender Cepeda, ahí estuviera el cadáver muerto tirado en la calle». Era un hombre de mirada triste y manos suaves, tenía la piel de las personas que no se arriesgan nunca bajo el sol. Lo visité muchas veces.

Un día de noviembre de 1990, dormitaba en un taxi de una empresa petrolera, después de una larga travesía fotográfica por algunas plantas de gas en el lago, cuando la voz de un locutor y una campanita, interrumpieron mi duermevela: había muerto el gran pintor de Cabimas.

Relatos



Los que llegaron a pie

I

Un bisure caminaba entre las tunas y los arbustos. Se detiene para mirar a un hombre que descansa de un viaje que apenas ha comenzado. Se desvía nerviosamente, otea el cielo tratando de descubrir nubarrones y, en su urgencia, se deshace de la piel reseca y se aleja con su nuevo atuendo verde azulado. No ha visto la cara del hombre, está oculta bajo un sombrero de cogollo. El hombre tampoco ha visto al bisure.

Sentado sobre un peñasco, protegido por la débil sombra de un arbusto y escuchando el silbido del viento oloroso a mar que viene del norte, José Encarnación piensa: «Nunca me había alejado tanto del caserío donde nací, de la casa de mi abuela Aurora. Solo lo había hecho para buscar datos y lefarias entre las tunas y los cardonales cercanos, pero siempre regresaba a hora de cabra para el ordeño».

Decidió acostarse en la tierra y poner sus manos en la nuca, como un hombre que solo desea pensar o ver la luz de la tarde perdiéndose en la oscuridad. Había recorrido la primera jornada acompañado de sus pensamientos y dudas. A mediodía, entre la reverberación del sol, creyó ver a dos hombres que se perdían en la lejanía de un cardonal; no quiso gastar fuerzas para alcanzarlos, tenía mucho camino que pisar para completar los trescientos kilómetros que lo separaban de aquellas tierras

que nadie le había prometido y que solo conocía a través de los relatos, algunas veces fantásticos, de los que regresaban mostrando ropas nuevas, tintineando el dinero en los bolsillos, pronunciando palabras extrañas, hablando de jefes extranjeros, de bares luminosos y de mujeres hermosas que se venden por horas o noches. Hablaban de tubos por donde escapa fuego desde las entrañas de la tierra y dejan en el ambiente un fuerte olor a aceite quemado. Ahora sentía la llegada del sueño y acomodó su mochila donde antes tenía sus manos.

II

Había nacido en una casa de bahareque y techo de torta desde donde se veía el cielo amarilleado por las arenas voladoras de los médanos. Pisaba las tierras rojizas de Urumaco, donde vio fósiles de reptiles gigantescos que murieron intentando adentrarse al mar, antes de que el enorme río que los cobijaba decidiera retirarse en busca de otro cauce.

Esa primera noche, durmiendo bajo un arbusto, soñó con su abuela, que siempre le aconsejaba: «Mirá, Joseíto, las culebras son enviadas del demonio, con ellas llegó el pecado, hay que matarlas. Por cada culebra que usted mate, pequeña o grande, tendrá cien días de indulgencia que serán descontados cuando tenga que declarar sus pecados en el purgatorio». Él llevaba la cuenta de todas las que había matado y, según su contabilidad, tenía ganado el cielo, aunque su hermano mayor le dijo que en la última convención de Roma, el Papa, reunido con los cardenales, había aumentado la cuota.

Esa y otras vainas las traía su hermano Vitelio cada vez que viajaba a Coro, y no precisamente para ir a misa. Vitelio también le enseñó algunos conjuros para espantar a los ceretones que tanto lo atemorizaron durante su niñez.

Apenas clareó el día, ya estaba despierto y desayunando con la arepa y el papelón que llevaba en la mochila. Empezó a caminar nuevamente por aquella tierra que parecía una costra seca, sedienta de lluvia; por aquel paisaje ralo que parecía repetirse en una sucesión de días que se hacían noches y noches que se hacían días. En aquellos lugares donde algunos árboles crecen tendidos sobre el suelo, dominados por la ventisca, y se convierten en guaridas de los animales pequeños que se esconden de los gavilanes, siempre al acecho.

Antes del mediodía alcanzó a los dos hombres que se habían perdido en el cardonal el día anterior; estaban descansando debajo de un cují que se mantenía erguido. Supo, inmediatamente, por el saludo y la lejanía de sus miradas, que llevaban el mismo destino. Lo invitaron a descansar como a alguien que visita una casa: « Pase adelante, pariente, siéntese por aquí». Como él, eran hombres de tierras sedientas y, a pesar de los sudores del camino, conservaban el olor a corral de cabras y a sembradío de sábilas.

Ahora era un pequeño grupo que caminaba con la certeza de los que saben hacia dónde van, sin saber qué conseguirán. Por las noches descansaban al abrigo de algún árbol o en alguna abandonada casa de bahareque y durante el día iban haciendo escalas en alguna buena sombra para comer lo poco que llevaban o algún animalito que cazaban por aquellos caminos desolados y asoleados. Caminaban por senderos que el tiempo y las cabras habían trazado. Por caminos dibujados por huellas de bisures, palomas, culebras y otros viajeros que buscaron el mismo destino, o gente que se movía desde los pueblos cercanos hasta el mar. Evitaban pasar por los caseríos para no demorarse, tal era su urgencia.

Un mediodía, los tres caminantes, José Encarnación Contreras, Marcelino Chirinos y Amador Graterol, se detuvieron en Dabajuro solo para proveerse de agua. Ahora llevaban

prisa para llegar al próximo pueblo. Habían caminado tantos días juntos, habían dormido tantas noches al abrigo del mismo cují, que ya se consideraban amigos; cada uno sabía bastante de la vida del otro y muy poco de la tarea que realizarían cuando por fin llegaran a aquel lugar desconocido donde nadie los esperaba. En la tarde se incorporó al grupo Elías Villasmil; había salido de Casigua en la mañana e iba por el rumbo de Mene de Mauroa.

Cuando cruzaron el río Matícora, ya se perdían en el cielo los últimos colores de la tarde. Sintieron la algarabía y los olores de la concentración humana: la música, los gritos y el ruido de las maquinarias. Antes de entrar a Mene Mauroa, vieron a tres hombres que descansaban acuclillados en la tierra pelada, iluminados por los últimos rayos del sol. Conversaban en voz alta como la gente que está acostumbrada a trabajar en espacios de hierros retorcidos a golpes de mandarrias, rugidos de tractores y de motores desacompasados; tenían las ropas y el cuerpo sucios de aceite negro y barro. Uno de los hombres levantó la mirada y les dijo: «Si buscan trabajo, preséntense mañana muy temprano al galpón número dos; están reportando corianos buenos para tumbar monte».

III

Aquel hombre mantenía el cigarrillo en un rincón de la boca para que no estorbara el paso de las palabras que pronunciaba con dificultad, en un español aprendido de urgencia. Algunas veces su lengua tardaba en conseguir las palabras adecuadas para comunicarse, sobre todo cuando tenía que resolver situaciones que estaban fuera de su rutina de trabajo. Era alto, flaco y desgarbado; su frente estaba surcada por las arrugas marcadas por un trabajo y una calurosa región que no eran de su agrado. Sus labios eran finos y amoratados, sus ojos no mostraban

inteligencia; vestía un mono limpio, casi nuevo, pero a pesar de esto y de ser inglés, tenía un aspecto descuidado que parecía venirle desde muy adentro, y descargaba su mal humor con el personal criollo que tenía que contratar y anotar en su libreta. Por su mano, armada de un lápiz, habían pasado dos mil quinientos trabajadores que sus ojos no lograban diferenciar después.

Míster Brown mandaba en el galpón número dos y decidía quién sería machetero, cazador, obrero de perforación o constructor de tanques para almacenar crudo. También decidía quiénes formarían parte del grupo de desocupados que se juntaban debajo de un árbol, frente al galpón número dos, en espera de que alguna emergencia los incorporara a la British Controlled Oilfields. Eran los hombres que los descoloridos ojos de Míster Brown consideraron no aptos.

Cada vez que Míster Brown mostraba su cuerpo desgarbado frente al galpón, se producía un revuelo esperanzador debajo del árbol de mango. Los primeros en la fila, esa mañana, fueron los tres amigos que habían caminado juntos por senderos resecos desde las poblaciones de Miraca y Borojó: José Encarnación Contreras fue incorporado a las cuadrillas de macheteros debido a su cuerpo musculoso, su aparente agilidad y sus largos brazos; a Marcelino Chirinos, Míster Brown le vio aspecto dócil y adaptable, y lo incorporó como ayudante de mecánica; Amador Graterol, el más fuerte y corpulento, fue empleado como remachador en la construcción de tanques para almacenar petróleo. Esa mañana, cada uno, junto con otro grupo de reportados, recibió las instrucciones básicas para incorporarse inmediatamente a sus labores.

Elías Villasmil había decidido seguir caminando hasta Cabimas, donde estaban reclutando personal para trabajar, con mejor paga, en un nuevo campo llamado El Cubo, en la peligrosa Sierra de los Motilones, a las orillas del río Tarra. Ya había

trabajado con los ingleses de la British en Mene de Mauroa, contratado como cazador para eliminar los jaguares y pumas que abundaban en los montes y que se habían convertido en una amenaza para las cuadrillas de macheteros y geólogos.

IV

Los ingleses llegaron entre 1918 y 1920. Los primeros venían montados en mulas, con sus aparatos de medición, brújulas, lupas y planos. Examinaron metro a metro el terreno y los rezumaderos. Anotaban números y palabras extrañas en sus libretas de campo. Cuando se instalaron con sus máquinas, con sus galpones y oficinas construidos en pocas horas, le dieron nombre a ese espacio casi despoblado y comenzaron a perforar la tierra con la convicción y la terquedad de los que saben que buscan.

El espacio nombrado Mene Mauroa se convirtió en un polo de atracción para miles de campesinos sin tierra: pastores y ordeñadores de cabras, pescadores y cultivadores de sábila de los caseríos del occidente del estado Falcón, de esas tierras resecas donde la lluvia se festeja. Miles de hombres jóvenes llegaron desde las poblaciones falconianas de Casigua, San Félix, Quisiro, Capatárida, Borojó, Dabajuro, Mitare, Urumaco y Coro. Llegaban a pie por antiguos caminos y senderos de cabras.

No todos conseguían empleo en la empresa inglesa que gobernaba el campo minero de Mauroa; muchos se quedaban trabajando en cualquier oficio mientras esperaban que la suerte o una emergencia industrial los incorporara a la nómina de la British. Un sinfín de negocios de todo tipo prosperaron en el improvisado pueblo. Había que complacer la demanda de servicios de las cuadrillas de obreros que trabajaban entre diez y doce horas diarias, con salarios más altos que en las haciendas y hatos de cabras.

La música en los bares subía de volumen y se animaba con el tintinear de las monedas en los bolsillos de los obreros. Las mujeres de los burdeles lucían sus mejores galas y el aguardiente corría por las calles y garitos. Habían florecido los abastos, las proxenetas y tahúres, los bares, las galleras y los prostíbulos, sin cuidados sanitarios, para complacer a un enjambre de trabajadores jóvenes que dormían en barracones de lona sin paredes y donde colgaban sus hamacas para el regocijo de los zancudos, serpientes, alacranes, ciempiés y toda clase de bichos que salían de los montes para participar del festín.

El Silbón, el Seretón, la Sayona, el Hachero, el Ánima Sola y el Ánima de Agapito, huyendo de aquella concentración humana donde ya nadie los escuchaba o veía, se mudaron a los caseríos silenciosos y se asociaron al silbido del viento para seguir asustando a la gente que todavía tenía tiempo libre y silencio para creer en sus lamentos nocturnos, o en sus fugaces apariciones por las desoladas esquinas.

V

A pesar de que tenía los pies acostumbrados a las alpargatas, José Encarnación Contreras se sintió a gusto con las nuevas botas que le cubrían hasta las rodillas. Fue asignado a las cuadrillas de macheteros y pensó, burlándose de sí mismo: «Ahora podré aumentar la cuota de culebras para ganar el cielo». Delante de las cuadrillas de macheteros iban los cazadores y detrás los geólogos con sus planos, teodolitos y libretas, señalando los espacios donde había que taladrar.

En el campo de Mene Mauroa había enormes depósitos de petróleo al aire libre cercados con alambre de púas. En esa época se empezaban a construir los tanques metálicos para almacenar el petróleo y Amador Graterol fue trasladado, vía ferrocarril, a Los Puertos de Altagracia, a un espacio llamado

La Estacada. Fue incorporado a las cuadrillas que construían tanques metálicos remachados y un oleoducto para llevar el petróleo de Mene hasta las orillas del lago. Desde La Estacada, encaramado en un tanque en construcción, Amador se deslumbraba con la vista de Maracaibo y, de tanto mirarla, un día se fue a la ciudad en una lancha de pescadores. Nunca regresó a La Estacada ni a Mene Mauroa: la ciudad se lo tragó.

Marcelino Chirinos no aguantó los rigores y la disciplina de trabajo en el taller de reparaciones mecánicas. Se hundió en la noche de bares y prostíbulos. Dicen que tenía relaciones sentimentales y de negocios con una prostituta del burdel «El Purgatorio». Se fue sepultando en el mundo nocturno del campo hasta que desapareció. Los que lo conocieron durante las noches de tragos, bailes y pendencias, dicen que regresó a Borojó. Otros aseguraban que lo habían visto a bordo de la lancha de pescadores donde se fue Amador a Maracaibo.

Un año después de haber llegado a Mene de Mauroa, José Encarnación se unió a un grupo de caminantes que había salido de Urumaco rumbo a los campos petroleros de Cabimas. Rápidamente se distanció del grupo y continuó caminando solo, alejándose cada día más de su familia y de Mitare. Ahora caminaba por una vegetación más amable, sintiendo la brisa suave que llegaba desde el Lago.

VI

Un conejo cruzó rápidamente el camino y se internó en los matorrales. No había gavilanes acechando en el cielo despejado, pero la presencia humana y el instinto lo impulsaron a alejarse con esa agilidad nerviosa que los caracteriza. José Encarnación caminaba por senderos marcados por las huellas de miles de falconianos que los transitaron en pos del trabajo al pie de las cabrias y los taladros. Caminaba sintiéndose un trabajador

petrolero con experiencia. El año que había pasado con la British le garantizaba una entrada fácil a las compañías que explotaban los nuevos campos de la Costa Oriental del Lago; ese pensamiento se apoderaba de sus piernas y lo impulsaba a seguir caminando.

Cuando empezó a oscurecer, vio a lo lejos el resplandor de los mechurrios y decidió acampar debajo de un árbol de copaiba. La tierra le sirvió nuevamente de cama y el penetrante olor de la savia del árbol lo sumergió en un sopor reparador. Estaba otra vez solo en aquellas soledades y, antes de dormir, sintió nostalgia por las bendiciones nocturnas de su abuela Aurora. En la madrugada lo despertó una ráfaga de viento que había perdido el rumbo, y con ella viajaban el tufillo fecal de la periferia del campo, el olor a gas quemado por los mechurrios y el del petróleo almacenado en fosas a cielo abierto. El calor mezcló los tres olores y el resultado fue el olor característico de un enorme campo petrolero en ebullición.

Comió su arepa con queso, se calzó las botas y se escondió entre los matorrales cercanos para aliviar el cuerpo. Satisfecho, siguió su camino. La suave brisa removía la tierra en pequeños remolinos que se alejaban por el rumbo del lago para convertirse en potentes mangueras de agua y peces desconcertados que se encontraban en el aire mirándose con ojos de asombro. A mediodía empezó a escuchar el ajetreo del campo y el sonido de las calderas expulsando la presión para anunciar el fin de una jornada y el comienzo de otra. A media tarde llegó a La Rosa Vieja. En el caserío todavía se veían los estragos producidos por aquel chorro de petróleo que se elevó sesenta metros durante nueve días y cubrió los árboles, las calles y las casas. En el ajetreo del campo se concentraban hombres que seguían llegando desde diferentes regiones del país y del exterior. Cada cual traía en su cuerpo el olor característico de su región, pero en poco

tiempo todos tendrían el mismo aroma: el del petróleo. Fueron aprendiendo las nuevas palabras que les imponía el trabajo.

La noticia del reventón todavía corría de boca en boca o a través de los radios. Los locutores se desgañitaban anunciando el fin de la existencia rural venezolana: «Ha llegado la civilización y una industria moderna que le traerá beneficios económicos al país». Los trabajadores rasos no necesitaban saber leer, escribir o recitar de memoria la tabla de multiplicar. Llegaban con lo indispensable: una camisa remendada, un calzoncillo para cambios esporádicos y unas alpargatas de repuesto para cuando las que les sirvieron para completar el viaje a pie, por caminos embarrialados o resecos, tuvieran que ser desechadas. No necesitaban tarjetas de recomendación; solo importaba una apariencia física sana y músculos para talar, limpiar y mover la maquinaria. Los que no eran reportados se quedaban en la periferia del campo y se convertían en la «reserva humana» que amenazaba a los trabajadores activos.

José Encarnación Contreras se presentó a la Oficina de Empleo y fue asignado a las cuadrillas de perforación. Se sumergió en el rebaño humano que era el campo y buscó ubicación en las enramadas donde pernoctaban sus paisanos. Esa primera noche soñó que su abuela Aurora había muerto y la casa de bahareque, al verse sola, se fue con la ventisca. Cabimas había dejado de ser una aldea olvidada en las orillas del lago. Un espacio habitado por pescadores, recolectores de bálsamo de cabima y cazadores de conejos y lapas. Después del reventón del Barroso, millares de personas llegaron en busca de trabajo y el paisaje se fue transformando a causa de la intervención industrial. Casas de arquitectura desconocida aparecían de la noche a la mañana, habitadas por el personal extranjero. Grandes enramadas techadas con palmas se improvisaban para que miles de trabajadores criollos colgaran sus hamacas.

Bares, garitos y prostíbulos crecían al compás del martillear de los taladros. Los geólogos marcaban los espacios y las cuadrillas empezaban a taladrar la tierra día y noche con grandes martillos de percusión. Los obreros maracuchos, con su ingenioso humor, decían que por cada cuatro golpes que daban los taladros, desembarcaban de los vapores diez nuevas putas.

En el Expendio de Medicinas La Rosa Vieja no faltaban las inyecciones uretrales para el dolor de orina o blenorragia, el regenerador Cachiquel para la impotencia, el antipalúdico Chiquinquirá y la esencia Sígueme Joven para recuperar amores perdidos. Llegaron hechiceras que ofrecían conjuros contra los maleficios, adivinas que ofrecían recuperar objetos perdidos, predecían el futuro y descalificaban los cálculos adivinatorios de los geólogos.

En los clubes exclusivos se organizaban fiestas para agasajar al personal gerencial y a las autoridades gubernamentales; en los bares se juntaba el personal criollo para emborracharse con cocuy mal destilado, hablar de malos tratos, bajos sueldos, peores condiciones de trabajo, venganza, huelga y para competir por la nueva adquisición femenina de un burdel. Eran memorables las peleas, sobre todo cuando estaba involucrado personal extranjero. Una mañana de diciembre del año 36, José Encarnación, obrero experimentado, veía bajar de un vapor de la empresa a un grupo de esquiroles contratados en Maracaibo. Entre las caras, algunas con sonrisas nerviosas y otras muy serias, vio a los dos hombres que lo acompañaron durante veinticinco jornadas por las desérticas tierras de Falcón. Marcelino Chirinos y Amador Graterol, junto a treinta hombres más, abordaron un camión de la empresa que partió por el rumbo de Mene Grande para tratar de reemplazar a los obreros en huelga.

VII

Treinta años después de su larga caminata por las tierras resecas del occidente de Falcón, José Encarnación, recostado en los restos de una pared de bahareque de lo que fue la casa de su abuela Aurora, intentaba ordenar los recuerdos. Ya no pertenecía a aquel lugar; su tránsito por los campos de producción petrolera lo había alejado de su vida pasada, ya no se reconocía en aquel espacio polvoriento; se sintió vacío y sin raíces.

Ahora vivía en un sector de casas compactas que parecían hechas con un molde, en un urbanismo perfectamente diseñado donde no había sorpresas. Esta vez hizo el viaje en su automóvil por una carretera asfaltada y no pudo reconocer ninguno de los espacios de su recorrido a pie por aquel desierto; solo la tierra rojiza de Urumaco lo acercó a ese recuerdo. Nunca había sentido la necesidad de regresar y encontrarse con su pasado; fue un impulso que le vino desde muy adentro, algo parecido a la nostalgia, tal vez a consecuencia del tedio de la jubilación.

En aquel terreno pelado y ruinoso de lo que fue la casa de su abuela Aurora no consiguió a nadie que se interesara por su presencia; solo dos bisures que jugueteaban en los escombros lo miraron con curiosidad nerviosa y corrieron a esconderse en un matorral cercano, huyendo de la repentina ventisca amarillenta que llegaba del norte.

El camino polvoriento se desdibujó bajo los últimos fuegos de la tarde.

Sin tanqueros La Solita

Telémaco atendía la caña del timón con la mano izquierda, mientras que con la derecha mantenía el sombrero sobre su cabeza; el viento doblaba el alerón delantero hacia arriba, como queriendo escaparse de la lancha. Salieron desde el patio de tanques de La Solita a las seis de la tarde. Renato llevaba su equipo fotográfico protegido por una bolsa plástica y apretado entre sus piernas. A esa hora todavía escrutaba el cielo, esperando el apoyo aéreo prometido. Su mirada insistía esperanzada, pero él sabía que tendría que recorrer setenta y cinco kilómetros, río arriba, por ese cauce turbio de corriente serena y circundado de pantanos, hasta la población más cercana.

La noche los alcanzó rápidamente y, en algún recodo, lograban ver la lumbre de algún fogón de conuqueros asentados en las orillas del Escalante; ahora sabían que navegaban por orillas de tierra firme. Algunas veces, las plantas acuáticas se enredaban en la propela y el marino se lanzaba al agua para desenredarla; esto era aprovechado por los zancudos, que esperaban atrincherados en las riberas del río y los atacaban sin piedad.

—Mirá, Telémaco, el pasajero se nos durmió —dijo el marino.

—No te preocupéis, que va bien agarrao, cuando se enrede la propela, los zancudos lo van a despertar.

Transitando por aquellos humedales, el continuo ruido del motor lo fue adormeciendo y, en su duermevela, recordó a su abuelo sentado a la sombra del viejo tamarindo del patio de su casa, contándole viejas historias del campo petrolero de Casigua el Cubo. Lo vio joven, con el barro a media pierna, movilizando una gran tubería... se vio a sí mismo, niño, lanzándole piedras a una máquina con vida propia que succionaba la tierra con su enorme pico de zancudo metálico... campos iluminados por llamaradas de candela que salían de la tierra por un tubo... aquello era un infierno de sonidos metálicos y un olor fuerte y acre. En el sueño se veía niño, joven y adulto en diferentes situaciones, algunas veces como en una película en reversa, otras veces jugando entre una chatarra petrolera en un patio abandonado.

Se despertó de su duermevela cuando el motor de la lancha se trancó nuevamente con las plantas acuáticas, y se dijo para sí: «En tres minutos de sueño uno puede transitar por toda una vida pasada».

El lanchero, en el silencio del motor, la soledad y el zumbido constante del pantano, escuchó el susurro de Renato y dijo:

—Se durmió como veinte minutos, pariente, y hablaba mucho en el sueño; era como un rezo. No se preocupe, no se entendía nada... bueno, sí, dijo Casigua, clarito.

—Siempre pienso en Casigua, ahí viví cuando era niño. Mi abuelo trabajó en los primeros tiempos del campo, en 1935 o algo así. Formó parte de las cuadrillas que tendieron el oleoducto hasta La Solita —cómo sería esto de solo que le pusieron ese nombre—, un poco más de cien kilómetros casi siempre metidos en el pantano, peleando con la malaria y esquivando las flechas de los motilones. La vida da muchas vueltas, amigo Telémaco y en este país nadie puede ser ajeno al petróleo; hoy, después de sesenta años de la construcción de este patio de tanque, vine

aquí a fotografiarlo para ilustrar un reportaje en la revista de la industria petrolera.

Había llegado al patio de tanques de La Solita en helicóptero; el piloto había prometido recogerlo a las tres de la tarde. Tenía el encargo de hacer un reportaje fotográfico y registrar el llenado del último tanquero petrolero que se abastecería con el petróleo liviano de los campos de Casigua. En adelante, el crudo viajaría desde este terminal por una tubería de 80 kilómetros de longitud y 14 pulgadas de diámetro hasta el terminal de Punta de Palmas.

–¡Eyyy! Telémaco, viene una lancha río abajo, oríllate un poco –dijo Tomás, el marino que iba sentado en la proa.

–Prendé la linterna cuando sientáis que se acerca, aunque seguramente ya nos oyeron – contestó Telémaco.

La lancha que venía río abajo apareció de pronto y Renato entendió que el río no tenía un cauce recto. Estos hombres pueden navegarlo en plena noche, sin luz, guiados por la experiencia de una vida de lancheros; tenían memorizada toda la fisonomía del río.

En un recodo la lancha se orilló y el marino hizo señas con la linterna; una mujer y dos niños se acercaron a la orilla y movieron sus manos sobre sus cabezas, saludando. Media hora después, a las nueve de la noche, llegaron al mercado de pescadores de Puerto Zulia. A esa hora algunas lanchas desembarcaban y pesaban el pescado que traían de los pueblos palafíticos de la desembocadura de los ríos del sur del lago. A cien metros se veía el malecón de las piraguas.

En Maracaibo supo que los helicópteros de la compañía estuvieron todo el día y parte de la noche trasladando trabajadores quemados por el incendio de una enorme planta de gas en el lago. Entregó el reportaje fotográfico que fue publicado en la revista de la empresa, con el texto técnico y el título Sin tanqueros La Solita.

Atilio el bellaco

...Eso que estáis diciendo me recuerda —digo yo— a Atilio. Lo vi anteayer; ¿te acordáis de él? Era el muchacho más bellaco del barrio, algunos lo llamaban Atila y, como era mal estudiante, le decían «El Rey de los Unos». Me dijo que trabaja en una empresa petrolera en Casigua El Cubo.

¿Te acordáis de que la bellaquería le duró hasta el día en que la maestra lo llamó por su nombre?

Atilio se escondía debajo de las gradas de madera de la gallera El León del Bosque. Sí, en esa gallera donde el muy serio y sereno señor Rigoberto, aquel que tenía una cuerda de gallos en La Carmela, saltó al ruedo y bailó de alegría con el ganador entre sus brazos, sin importarle que la guayabera de lino blanco se salpicara de sangre. ¡Qué contento estaba el señor Rigoberto!

Bueno... como te venía diciendo, Atilio se metía debajo de las gradas para hacerle maldades a los apostadores que gritaban y «tiraban el resto» cuando la pelea se inclinaba hacia alguno de los contendores. ¿Te acordáis del negro Pedro Mogollón, aquel que no apostaba porque nunca tenía dinero? ¿Qué iba a tener, si pasaba todo el día con una piedra en cada mano correteando a los muchachos que le gritaban: ¡Mogollón, ¿y la burra?! ¡mogollooónylaburra! ¡mogollooonn! ¡Mogollón, donde tenéis la banqueta pa' la burra!?

Bien, como vos sabéis, a Mogollón le gustaban las peleas de gallos y siempre iba al ganador. Cuando el malatobo estaba

ganando, él gritaba: ¡Al malatobo voy, no joda! Y si el malatobo trastabillaba o cacareaba, la gallera se venía abajo y Mogollón gritaba emocionado: ¡Voy al pinto, carajo! De tanta emoción no se percataba de las maldades que le hacían. Atilio, escondido debajo de las gradas, jodiendo a todo el mundo, un día pegó con teipe un cigarrillo prendido a un zapato de Mogollón, que gritaba y zapateaba: ¡Voy al cenizo, y en esta verga sí hay calor, se me están quemando los pies!, y se le quemó el zapato.

Desde ese día hubo portero en la gallera El León del Bosque y nunca más dejaron entrar a Atilio, que era el muchacho más bellaco del pueblo, al que todos saludábamos cuando pasaba haciendo malabarismos con su bicicleta con tal destreza que podía recoger un «medio» de plata de la calle polvorienta sin detenerse. Y siguió siendo el más bellaco hasta que un día la maestra, cansada de sus travesuras, le llamó por su apellido:

—¡Gando, venga acá!

—¡Venga acá, Gando!

Después de ese grito, los sufridos y perseverantes hermanos Angulo descansaron y pudieron terminar el cuarto grado.

Atilio Gando fue la burla de todos, lo cogieron de mojiganga:

—¡VENGACAGANDO! ¡VENGAACAA GANDOO!
¡VENGAGANDOACA!

Se acabaron las travesuras de Atilio el bellaco, que se convirtió en un muchacho triste y llorón por culpa de un apellido que le había tocado en herencia. No terminó la escuela, pero nunca se fue del pueblo. Nunca peleó con nadie, solo estaba triste. ¿Recordáis que cuando creció vendía navajitas, cortaúñas, polvo sonrisa, pilas del gatico, mentol chino y otras baratijas en un kiosco frente al malecón? Para esa fecha ya nadie se acordaba de la malvada escuela.

Yo lo recuerdo cuando iba a beber cerveza en el abasto de Eutropio D'Vicente:

La rockola se asomaba a la calle por una ventana enrejada. Atilio estaba enamorado de la gochita de la esquina. Dulce María se llamaba la gochita. Nunca le dijo nada, solo la miraba cada vez que ella se asomaba. Atilio empezaba su vigilia de enamorado todas las tardes y marcaba en la rockola las teclas A-9, «Rondando tu esquina». Cuando Julio Jaramillo empezaba a cantar, él apretaba la cerveza en su mano derecha, la traía hacia su cuerpo como si hiciera un gran esfuerzo o quisiera romper la botella, y luego la bebía con placer. A medida que avanzaba la tarde —y las cervezas—, ya no miraba el teclado de la rockola; metía la mano por la reja y marcaba al azar. Su mirada estaba fija en la puerta de Dulce María. Nunca le dijo nada —que yo sepa—, pero una noche desapareció Dulce María, y él también.

Si te cuento esto, es porque lo vi hace algunos días. Llegó manejando un forcito azul, bien paraíto el carrito. Con él venía Dulce María y dos muchachos en edad escolar. Me dijo que había empezó como obrero raso en una empresa petrolera —La Colon Develop... algo así, él lo decía hasta en inglés— en Casigua El Cubo, y ahora es aforador en la misma empresa. ¿Qué será aforador? Debe ser muy buen trabajo, porque se le ve próspero; llevaba en el pecho, colgado de la camisa, un carnet con su foto y su nombre.

Viaje hacia la infancia

Durante los veinte kilómetros que separan a los dos pueblos, Nicolás dormitaba en la parte trasera del automóvil y recordaba los momentos más importantes de su infancia, transcurrida en aquel pueblo reseco hacia donde se dirigía con sus tres amigos. Su mirada soñolienta comprobó que por esas sequedades no había caído ni una sola gota de lluvia desde hacía muchos meses —tal vez años—, y la ardentía del ambiente reclamaba inviernos. Miraba por la ventana del automóvil la tierra reseca, cuarteada y surcada de senderos de cabras que se adentraban en los cardonales enflaquecidos por la sed.

Un gavilán pasó volando frente al parabrisas del automóvil y fue a pararse en la rama más alta de un cují. Un grupo de cabras caminaba entre las espinas comiendo cualquier cosa, algunas con tunas pegadas en sus cuerpos. Uno de los compañeros —sentado delante— ladeó la cabeza y dijo en tono burlón: «Epa, "profe", dicen que Capatárida fue capital del Zulia, ¿no?». Nicolás asintió con la cabeza y respondió: «Sí, eso fue cuando mandaba Guzmán».

El pueblo empezó a asomarse en la lejanía, como un espejismo, entre la polvareda, y Nicolás recordó el día en que su padre lo llevó a conocer la ciudad de Coro. Cuando salieron al terraplén —que hoy es la carretera Falcón-Zulia—, un bólido, que ostentaba como salvoconducto el rótulo de la British Controlled Oilfields, los adelantó y entre la polvareda casi lossaca del

camino. Su padre le dio alcance y le cerró el paso. Se bajó con su .38 montado, le puso el cañón en la frente al rubio y corpulento conductor y le dijo: «¡Gringo de mierda, vaya usted a joder a su país, este es el mío!». Y comentó para sí: «Este debe ser uno de los musiués que jurungan la tierra en Mene Mauroa». El hombre palideció, intentó una disculpa en su atropellado español y se quedó a la orilla del camino tragándose nuestra polvareda mientras nos alejábamos. Ese sentimiento nacionalista había permanecido en él toda la vida.

Recordó también el día en que su padre, caminando por la playa de Miramar y mirando el horizonte marino, le habló de la invasión de los mexicanos: «Por estas costas llegaron unos mexicanos comandados por el general Rafael Simón Urbina; venían a tumbar a Gómez. Yo los vi cuando pasaron frente a mi casa, llevaban máuseres de repetición, iban cantando rancheras; después sentí la plomazón. Urbina y sus hombres huyeron hacia la sierra y dejaron a muchos de sus combatientes tendidos en la sabana a merced de los zamuros. Eso fue en el año 31; yo ya era un hombre hecho y derecho». Su padre, mirando la sabana reseca, le dijo que su abuelo aseguraba que en estas tierras se había librado la última batalla de la Guerra Federal.

A media mañana el sol era implacable y ya habían entrado en las solitarias calles de Capatárida. Una mujer vieja y vestida de negro apuró el paso cuando vio el automóvil y se perdió por la puerta de una casa de bahareque. Nicolás sintió en su estómago los trajines del almuerzo en los calurosos fogones de barro. Hacía mucho tiempo que había emigrado del pueblo con toda su familia; ya no tenía a quién visitar.

Antes de llegar al camino de la playa, pararon en una venta de cerveza. Un aviso colgando de un tubo que salía de la pared anunciaba el expendio de licores «La Tuna de Oro». Cuando entraron, solamente había cuatro hombres en torno a una pequeña mesa. Podía creerse, sin exagerar, que la partida de

dominó que los mantenía absortos —con los ojos clavados en las fichas y en el diagrama de la mesa— había comenzado varios años atrás. Las fichas y la mesa estaban desgastadas por el uso. Cuando los cuatro amigos entraron, uno de los jugadores giraba sobre su cabeza, con la mano derecha, una ficha presa por el pulgar; estaba tenso como un arco de flecha, sin perder de vista a su contrario, que pensaba la jugada. Cuando por fin el otro, sin mucho entusiasmo, puso su ficha, el hombre estrelló la suya sobre la mesa y cerró la partida con un «¡Se jodieron!». Luego, mirando al jugador de su derecha, le dijo en tono de burla: «Te ahorcamos la cochina, Vicente».

En ese instante, los amigos entraron y pidieron cervezas. Uno de los jugadores, el más viejo, ladeó la cabeza y dijo: «Sírvanse ustedes mismos, yo llevo la cuenta». Antes de que empezaran la siguiente partida, Nicolás, reconfortado por las cervezas, les pidió a los hombres un chance para jugar; los cuatro jugadores accedieron, sabían que después de todo podían continuar jugando lo que les restaba de vida. Uno de los hombres —el más flaco— recostó su cuerpo en el marco de la puerta de la calle; miraba el paisaje reseco y a cada rato giraba la cabeza para observar la partida que habían empezado los cuatro visitantes, pues en su mente no había dejado de jugar. Cuando la partida se cerró y uno de los jugadores tomó las fichas para contarlas, el hombre sentenció: «Quedan 33 pintas». El dueño del negocio, acodado en el mostrador, con el cigarrillo preso en un rincón de la boca para darle paso a las palabras, comentó mirando a Nicolás: «No hay que ser ingeniero, pariente». Los amigos continuaron su camino.

Antes de llegar a Miramar, el aire marino hizo dormitar por un instante a Nicolás, quien se vio de niño jugando con sus amigos en la Quebrada de los Pericos.

Y continuó soñando con su infancia.

Roberto

La ventisca de abril traía, entre la polvareda, el aullido desesperante de una sirena que venía rebotando en las paredes de las casas, metiéndose por las puertas entreabiertas, espantando las palomas y asustando a los vecinos de la Urbanización San Francisco, quienes apenas se atrevían a mirar por las rendijas de las ventanas entrecerradas. Solo los zamuros, planeando en las alturas, se sentían seguros.

Roberto, nervioso y alerta, permanecía sentado y expectante en la pequeña plaza frente al colegio. Acariciaba a un perro flaco y pulgoso cuando la sirena se asomó, aullando como un demonio, por la esquina de la calle 160. Roberto lanzó «la moña», que cayó en un pajonal, soltó al animal y se escondió entre las bancas de cemento de la plaza para ver sin ser visto. El perro, asustado por el aullido, se escapó de sus manos y fue a parar a las ruedas de la enloquecida sirena, que llevaba en el techo una luz roja giratoria y, en su interior, a hombres malencarados y bien armados que no se inmutaron con el atropellamiento. Buscaban a Roberto; lo acusaban del delito de fumar marihuana.

Se alejó la sirena con su desesperante aullido y, cuando desapareció, Roberto, con la boca reseca y los ojos encendidos, salió de su escondite para socorrer al animal, que tenía una pata trasera fracturada. Con mucho cuidado lo tomó entre sus brazos y le entablilló la extremidad. Ese día lo conocí: le ayudé a

inmovilizar al perro, que lloraba lastimosamente, mientras él lo consolaba con palabras de afecto, como a un niño. Me dijo que era un perro de nadie, pero que no podía dejarlo sufrir desamparado en medio de la calle.

Después de ese día, me lo encontré muchas veces sentado en la placita al lado de mi casa, en otras plazas que habían sembrado por todo el urbanismo, o caminando sin rumbo y distraído por las calles y veredas de la segunda etapa. Tal vez antes ya lo había visto, pero nada en él me había llamado la atención hasta ese día, en el que comprobé que era un hombre de corazón tierno. Era flaco y desgarbado, llevaba el pelo largo y reflejaba amabilidad en sus gestos y palabras. Su figura tenía algo de vaquero, seguramente por su anterior afición a la lectura de Marcial Lafuente Estefanía. Una tarde me contó que él había nacido en el campo petrolero de Casigua El Cubo; su abuelo había llegado desde Falcón en 1915, cuando la Shell abrió los campos del sur del lago de Maracaibo en los ríos Oro, Tarra y Los Manueles. Su abuelo murió de malaria; su padre también trabajó en la industria petrolera antes de venirse a Maracaibo.

Cuando no fumaba marihuana, trabajaba como mecánico o buhonero; siempre se escondía de la policía y esquivaba a los vecinos que lo consideraban un mal ejemplo, a pesar de que muchos de ellos hacían trabajos deshonestos o cargaban con una dudosa reputación. Un día de diciembre, Roberto fue sorprendido por el carro de la sirena. Los hombres malencarados y bien armados le consiguieron un gramo de marihuana en el calzoncillo, lo molieron a palos y lo metieron a la cárcel acusándolo de narcotraficante, aunque solo cargaba con su consumo, la «fuma», como él decía.

Los pocos amigos que lo visitaron en Sabaneta conocieron la miseria de su vida como presidiario; cuentan que había muchos reclusos hacinados en la celda donde pagaba su condena. Dicen que se quedaba largo rato mirando al vacío, a la nada, con

un miedo que le venía de adentro. Solo lo exaltaba el oxidado gemido de las rejas, que en la cárcel siempre presagia desgracias mayores o anuncia la furia desmedida de los guardias. Estaba más flaco de lo normal; su piel le quedaba holgada, como si fuera ajena. En la cárcel dejó la marihuana porque le producía un adormecimiento inconveniente para ese medio; no le gustó la excesiva hiperactividad de la cocaína y, al final, cayó en la profunda desesperanza de la heroína. Las drogas, el hambre y el miedo le habían dado una rara transparencia.

Había pasado cinco años en aquel infierno cuando empezó el fuego. En su celda de hacinamiento comenzó el gran incendio de la Cárcel Nacional de Maracaibo en 1994. Murieron quemados 104 presidiarios. Roberto fue el último en morir; agonizó durante tres días en la emergencia de un hospital, hasta donde fue trasladado en un carro con sirena y luz roja. Nadie fue a visitarlo.

Hoy lo recuerdo distraído y caminando por las calles de la Urbanización San Francisco.

Las palomas ya no le temen a las sirenas.

Índice

Por la ruta del café 7
La Diáfana 29
El Infierno 35
Pedro Cañate, el bienaventurado 51
El Tigre 57
La línea sísmica 61
Crónica de un viaje 71
Río de Oro 75
La deuda de sangre 81
La gripe española y otros espantos 85
El adiós 89
El héroe del pueblo 93
Días de radio 97
El círculo del recuerdo 101
El regreso 105
Los durmientes 109
Juan Mendoza 111
Emerio Darío Lunar 115

RELATOS

Los que llegaron a pie 119
Sin tanqueros La Solita 131
Atilio el bellaco 135
Viaje hacia la Infancia 139
Roberto 143



Crónicas de las puertas del infierno y otras historias
se imprimió en el mes de noviembre de 2026
en Editorial Arte
Caracas ,Venezuela
son 1000 ejemplares

OTROS TÍTULOS

PETRÓLEO Y PODER
Rolando Graterol Guzmán

PIEDRA DE ACEITE
Ramón Ordaz

CASANDRA
Ramón Díaz Sánchez

QUÉ MOLLEJA DE HUELGA
Domingo Alberto Rangel



AUDIO CEPEDA FERNÁNDEZ

Crónicas de las puertas del infierno y otras historias

Audio Cepeda, oficioso de la imagen y retratista de la memoria, cuenta en este libro una barranca de la que brotaba un aceite negro, capaz de inundar la selva y atrapar animales en sus charcos malolientes de azufre. Los colectores de bálsamos medicinales llamaron a esa barranca «las puertas del infierno». Cepeda escribe donde el obturador resulta insuficiente. Sus breves crónicas trazan la memoria de las migraciones hacia el espejismo del petróleo: éxodos que en la década de 1920 arrastraron familias enteras para poblar los campos de extracción, al pie de balancines, mechurrios y cabrias. La pluma fija, así, lo que el lente yerra: la huella indeleble de un país que se refundaba al calor del mene.

Audio Cepeda Fernández (1949)

Es fotógrafo y escritor de amplia trayectoria. Como fotógrafo acumula diversos galardones, publicaciones y exposiciones a nivel nacional. En el año 2012, el Gobierno Bolivariano de Venezuela le otorgó el Premio Nacional de Cultura, mención Fotografía. En el 2006, el Centro Nacional de Fotografía publicó su libro *Retratos de vida*. En 2014 fue incluido en el libro *Maestros de la fotografía en Venezuela*, editado por la empresa Total Oil and Gas Venezuela B.V. Como escritor, ha publicado *La nostalgia heredada y otros cuentos* (2009) y *Memorias de una región fluvial* (2019). En 2023, ganó la VI Bienal Nacional de Literatura Antonio Crespo Meléndez con *Crónicas de las puertas del infierno y otras historias*, obra que se amplía para esta segunda edición.

9 789800 127155

Ministerio del Poder Popular para la CULTURA

www.minacultura.gob.ve | @minacultura_ve